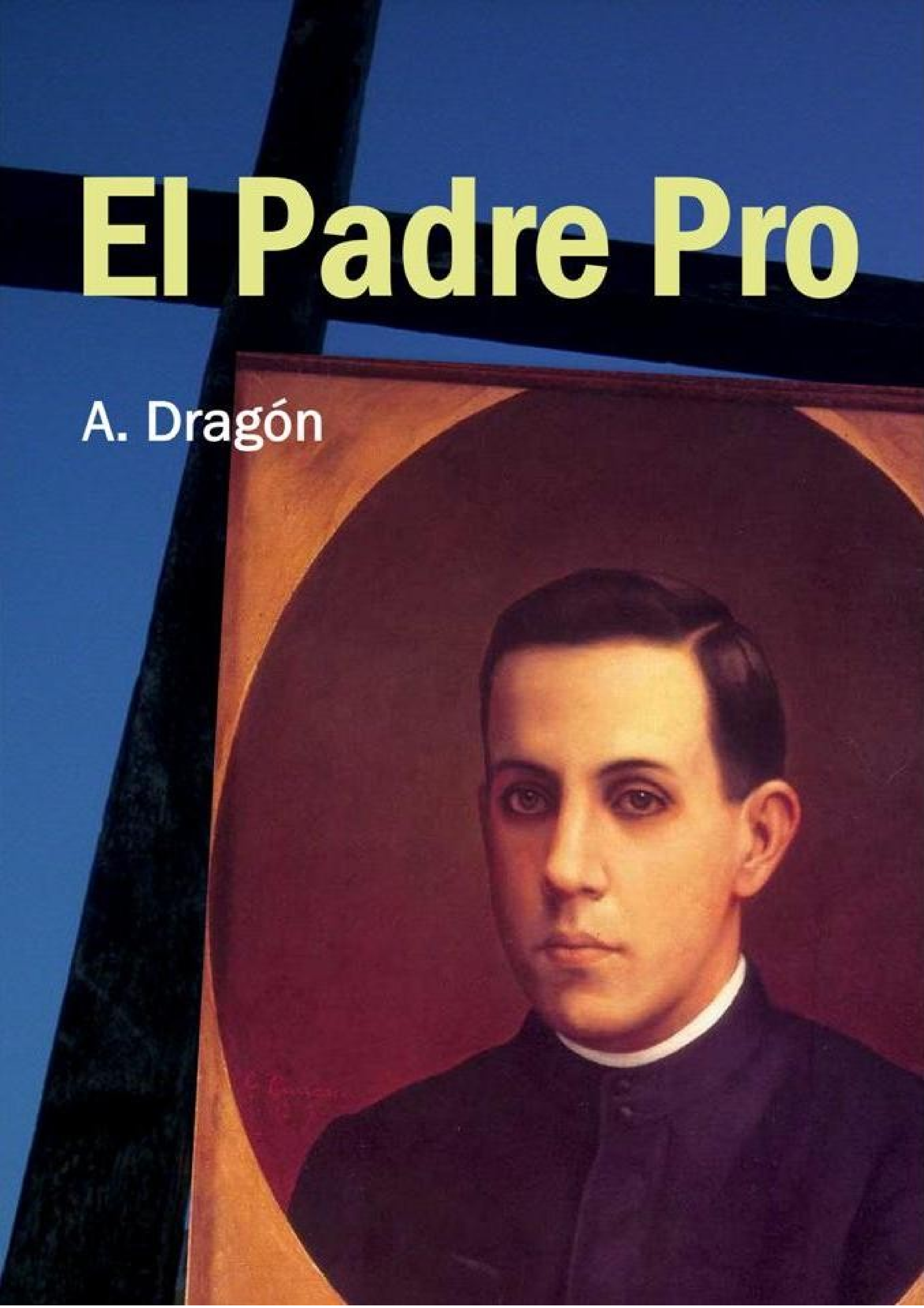

El Padre Pro
A. Dragón

ANTONIO DRAGÓN, S. J.

POR CRISTO REY

EL PADRE PRO

De la compañía de Jesús

Fusilado en Méjico el 23 de Noviembre 1927

«¿Mi vida?... Pero ¿qué es ella? ¿no sería ganarla si la perdiera por mis hermanos?»

(Carta del P. Pro, 19 febrero 1927)

1934

IMPRIMI POTEST:

RUFUS MENDIZABAL, S.J.

Praep. Prov. Cast.

NIHIL OBSTAT:

REMIGIUS VILARIÑO, S. J.

IMPRIMATUR:

† MATTHAEUS, EPISCOPUS VICTORIENSIS

5 Aprilia, 1934

AL SUMO PONTÍFICE PÍO XI

«....El Santo Padre ha prometido canonizar a nuestros mártires...»

«Muestras tan paternales del Romano Pontífice han hecho honda impresión en nuestro pueblo».

(Carta del P. Pro, 13 de noviembre 1926)

SECRETARÍA DE ESTADO

DE SU SANTIDAD

Vaticano, 19 diciembre 1926.

Reverendo Padre:

Su Santidad ha aceptado, conmovido, la delicadeza que usted ha tenido para con Él enviándole la bibliografía del P. Miguel Agustín Pro, de vuestra Compañía, ejecutado en Méjico el 23 de noviembre de 1927, en odio a su celo por el Divino Rey Jesús.

El Santo Padre os agradece de todo corazón esta prueba de filial veneración, que es al mismo tiempo un homenaje a la memoria de este héroe de Cristo Rey, y como prenda de su particular benevolencia os envía muy de corazón una particular Bendición Apostólica.

Recibid, Reverendo Padre, la expresión de mi religioso afecto.

P. Cardenal Gasparri.

Al Reverendo Padre A. Dragón, S. J.



El P. Pro fue beatificado por
Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988
(Nota del editor)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.. 8

EN FAMILIA.. 16

SOLDADO DE IGNACIO.. 26

CAMINO DEL DESTIERRO.. 36

POR TIERRAS GRANADINAS.. 48

HACIA EL ALTAR.. 68

PRIMICIAS DE APOSTOL.. 84

EN LA TORMENTA.. 111

EL PADRE DE LOS POBRES... 145

EL APÓSTOL DE LOS NECESITADOS...155

POR LOS CAMINOS DE DIOS..172

«DONDE HE APRENDIDO EL AMOR
A LAS ALMAS…».. 193

ANTE LOS FUSILES CALLISTAS.. 204

EL TRIUNFO DEL MÁRTIR.. 233

«...PREPAREN SUS PETICIONES
PARA EL CIELO».. 243

APÉNDICE.. 258

INTRODUCCIÓN

BREVE RESEÑA DE LA HISTORIA DE MÉJICO

En tres capítulos puede dividirse la Historia de Méjico.

El primero apenas nos es conocido,

Con frecuencia quedase uno admirado al contemplar los restos de una civilización material bastante adelantada; se ven aún enormes construcciones de piedra comparables a los trabajos dejados por los Faraones. Desde el siglo XIV, las manos poderosas de los Aztecas, que acababan de someter a cuatro o cinco tribus, empiezan a construir la ciudad de Méjico; un siglo más tarde, caminos y carreteras en abundancia cruzan el país en todas direcciones, y en innumerables sitios se levantan palacios y templos.

Pero esas razas hábiles e ingeniosas honraban sus grotescas divinidades sacrificándoles víctimas humanas; antiguas tradiciones nos hablan de las 20.000 víctimas sacrificadas en la inauguración de Teocalli, el gran templo de los Aztecas.

En el año 1521, con la entrega de Méjico a la corona de España por Hernán Cortés, empieza el segundo capítulo de su historia. Este caudillo, con solos 500 hombres, emprendió y llevo a

cabo la conquista del Grande Imperio Azteca, tan valientemente narrada por Antonio Solís.

A medida que los Archivos de España y de América son estudiados con diligente paciencia por los amantes de la Historia hispanoamericana, y nuevos documentos (hasta ahora ocultos a los más curiosos historiógrafos) van viendo la luz en diversas publicaciones monumentales de allende y aquende el Océano, se va elaborando lentamente la verdadera historia de la conquista y colonización de la América Española, historia que se aleja cada vez más de las calumniosas detracciones achacadas al Imperialismo español por muchos escritores apasionados del siglo XIX, que tan sólo utilizaron fuentes de segunda mano, y confirma a todas luces la aseveración de Chateaubriand de que en la historia de los tiempos tan sólo las Cruzadas y la colonización de América, son temas dignos de una epopeya.

Se presentaba en América un problema ¿qué sería mejor, retener a los indígenas en sus posesiones y costumbres, o ensayar el doblegarlos a las costumbres europeas? Otros colonizadores, llegados al Nuevo Mundo después de los españoles, adoptaron estos planes por cálculo o por patriotismo. Los españoles, por el contrario, trataron más bien de conservar a los indios mejicanos cristianizándolos y dándoles una legislación que aun hoy día es la admiración de los historiadores.

Esta política española, que respetó los caracteres raciales de los diversos pueblos indígenas de América, perfeccionándolos por medio de una civilización cristiana, fue la madre de los actuales, estados americanos, cuya gran diversidad étnica y psicológica es la mejor apología de la colonización hispánica, como bien lo

reconocen los norteamericanos al comparar la obra de España en América con la de los otros estados Europeos.

Por lo que a Méjico más especialmente atañe, afirma Raúl Bigol (*Le Mexique moderne,* pág. 10). «Es indudable que es España la que supo, agrupando a todos los diversos elementos étnicos de este país bajo una misma y única autoridad y lengua, darles cohesión, forjando lo que podríamos llamar el neto pueblo mejicano».

Méjico actual cuenta con quince millones de habitantes. Los blancos forman una pequeña minoría: cinco millones son todavía de pura sangre india; los mestizos, en cambio, constituyen la mayoría.

La religión católica es la única que practican los mejicanos.

Se comprende fácilmente que los enemigos de la Iglesia dirijan todas sus baterías contra los sacerdotes y contra su acción poderosa y secular; y por más que acusen a la Iglesia de haber hecho traición a su misión, los centenares de templos robados, los millares de conventos y escuelas clausurados son, por sí solos, una prueba fehaciente de lo contrario. El número desconcertante de los analfabetos ha aumentado de una manera alarmante en Méjico desde hace sólo cien años, es decir, desde que los Gobiernos de la República paralizaron la obra de la Iglesia.

«A principios del siglo XIX había proporcionalmente más escuelas y estudiantes en Méjico que en la Gran Bretaña». (*The Month,* octubre de 1926).

Cien años antes de Harward, en la Universidad de Méjico ya se cursaba la Medicina, la Filosofía, el Derecho y las Ciencias Naturales.

Desde 1544, el franciscano Zumárraga, primer Obispo de Méjico, establecía la primera imprenta del Nuevo Mundo, publicando libros clásicos, catecismos; pues decía: «¡son tantos los que saben leer!»

Las órdenes religiosas esparcen por todo el país sus misioneros; las tribus son agrupadas y cristianizadas. La industria y las artes se desarrollan; los poetas y los pintores indígenas rivalizaron con los de la metrópoli.

Gloriosa parte tuvo en tal empresa de religión y de cultura la Compañía de Jesús. Durante el generalato de San Francisco de Borja aportaron a América los primeros jesuitas que habían de cooperar con los muchos religiosos que habían ido a aquellos extensos territorios, a los mismos conquistadores en la obra de cristianización que tanto deseaba la Casa de Austria. Fracasados los primeros intentos de fundar una misión en la Florida, estableciéronse los Padres de la Compañía en la capital de Nueva España, que pronto lo fue también de la provincia jesuítica de Méjico, cuyos trabajos en la defensa de la fe y en su propagación entre los indios, no difiere de los narrados por la historia general de las misiones de la Compañía en otras partes del Nuevo Continente.

Su expulsión en 1767 en gran manera debilitó la acción de la Iglesia en Méjico. La Revolución francesa divulgaba poco después sus ideas, y los naturales creyeron que había llegado la hora de declararse independientes.

No se hablaba entonces de un levantamiento antirreligioso: nada tenían que reprochar a la Iglesia, y prueba de ello es que el primer revolucionario mejicano fue un sacerdote.

En 1810, Hidalgo y Costilla, cura párroco de Dolores, indignado de ver a los naturales del país excluidos de los cargos

públicos, se pone al frente de los insurrectos; toma como bandera el estandarte de la Virgen de Guadalupe, y ayudado por los indios, que hacen causa común con él, se encuentra bien pronto al frente de 80.000 hombres. Derrotado, cae en manos de los españoles, que lo pasan por las armas.

Su discípulo, J. M. Morelos, sacerdote como él, enarbola de nuevo la bandera, y en 1815 sufre la misma suerte y muere a manos de los españoles.

No cejan, sin embargo, en la lucha, y en 1820 Vicente Guerrero, uno de los jefes supervivientes del movimiento suscitado por Hidalgo, resiste en el Sur. Mandaron entonces para someterlo al general Iturbide; pero persuadido como estaba que la separación entre Méjico y España era inevitable, en vez de hacer correr inútilmente la sangre de sus compatriotas, entra en tratos con Guerrero, y de común acuerdo proclaman la independencia (1821).

Iturbide consiguió pacificar los diversos partidos; pero habiendo surgido nuevas divisiones políticas, el fundador de tan efímero imperio tuvo que abdicar, y fue proclamada la República.

En 1824 se elabora una Constitución en la que se prescinde por completo de las promesas de paz religiosa hechas por Iturblde, y se da comienzo a la era de sangrientas revoluciones que, exceptuando los años felices de la presidencia de Porfirio Díaz, han ido sucediéndose hasta nuestros días.

En medio de estas crisis políticas, la Iglesia procura, aun durante este último siglo, agrupar sus mejores elementos; pero una vez declarada la independencia, muchos obispos y sacerdotes españoles habían vuelto a su patria; y la masonería que Joël Ponsett, primer cónsul americano, había importado de los Estados Unidos, hacía sentir su pernicioso influjo y contaminaba a la clase

directora. La Iglesia, vocifera ésta, es el más peligroso enemigo del Estado; ¡hay que destruir su influencia!

Sin embargo, los diversos partidos malgastan sus fuerzas destruyéndose mutuamente, hasta que después de varios años de guerra contra los Estados Unidos, sumido Méjico en una general anarquía, se ve obligado en 1848 a ceder la mitad de su territorio; pero ni este descalabro logra hacer entrar en razón a los gobernantes.

Las luchas intestinas continúan; se presentan halagadores programas políticos; los que prometen dar al pueblo los bienes de la Iglesia son los que triunfan. En 1857 las izquierdas suben al Poder y renuevan contra el clero y las instituciones católicas los tiránicos procederes de la Revolución francesa; en realidad de verdad, el Poder está en manos de sólo unos cuantos intrigantes, desecho del pueblo. Entre los que por aquel entonces se disputaban el Poder, conviene hacer especial mención del después presidente Benito Juárez, pobre indio educado caritativamente por un buen cura párroco.

A la manera de sus predecesores, se apodera del Gobierno a mano armada, y su timbre de gloria es la lucha contra la religión; por sus famosas leyes, llamadas «leyes de reforma», en las que proclama la separación de la Iglesia y del Estado, confisca los bienes de las Órdenes religiosas y establece el matrimonio civil.

Su celo era, a la verdad, digno de mejor causa: el país se empobreció hasta tal extremo, que no pudo satisfacer las deudas contraídas con las naciones extranjeras. Maximiliano, enviado por Napoleón III con la misión de salvar los intereses de las razas latinas en América, destituye a Juárez y funda un imperio, pero una

vez pasados los aires de tempestad, Juárez sube de nuevo al Poder, renovando la draconiana persecución contra la Iglesia.

Su sucesor, Lerdo de Tejada, da valor constitucional a las «leyes de reforma» redactadas por Juárez. Intenta borrar hasta el recuerdo de Dios; decreta la abolición de las fiestas establecidas por la Iglesia; prohíbe la enseñanza a los religiosos y el uso de hábitos eclesiásticos. Los monasterios son transformados en cuarteles y asilos. Los religiosos, que habían sido repatriados durante el efímero gobierno de Maximiliano, son expulsados de nuevo, incluso las Hermanas de la Caridad.

Pero en ese país, en que siempre triunfa la ley del más fuerte, Porfirio Díaz logra, por medio de las armas, apoderarse definitivamente del Poder, desde 1877 hasta 1911. A los 84 años entra en la lucha y a los 30 luce ya los entorchados de general. Cuando la malhadada intervención francesa, en 1862, da pruebas de un valor y de una habilidad extraordinaria. Hecho prisionero en repetidas ocasiones por las tropas imperiales de Maximiliano, siempre logra evadirse, hasta que en 1867 se apodera primero de Puebla y luego de Méjico. El emperador, cercado en Querétaro, es fusilado.

Los católicos mejicanos guardan de este buen «tirano» un simpático recuerdo. Mano de hierro a lo «Mussolini», reorganiza el país. Aleja a los «indeseables», se rodea de hombres competentes y hace múltiples y benéficas reformas. Desde el punto de vista material, Díaz es un gran organizador.

Parece sepultar en la noche del olvido la cuestión religiosa, y la Iglesia puede, a lo menos, respirar. Las inicuas leyes de Juárez subsisten, pero son aplicadas suavemente. Los católicos no tienen derechos, pero se los toman; los religiosos entran de nuevo en su

país a pesar de las leyes contrarias, y las escuelas particulares se organizan frente a frente de las del Estado.

En poco tiempo el clero recobra sus seminarios; se abren de nuevo colegios y hospitales bajo el vital impulso de las Congregaciones religiosas.

La masonería, sin embargo, conserva toda su omnímoda libertad de acción, y la emplea hábilmente en la elección de los diversos funcionarios de Estado, al mismo tiempo que aleja de ellos a los católicos, los cuales se resignan a ello con excesiva facilidad.

El actual Méjico ha surgido de estas dos influencias, que se han desarrollado simultáneamente. Las escuelas impías han amamantado esa raza de ambiciosos o de malvados que asesinan, ya por odio, ya por ignorancia. Las buenas forman, a su vez, esa pléyade de héroes, que mueren mártires de su santa fe.

EN FAMILIA

Tenía veinte años el P. Miguel Agustín Pro cuando tocaba a su fin este periodo de paz religiosa. Pero antes de relatar los últimos 17 años de su azarosa vida, conviene detenerse para contemplar los apacibles años de su infancia.

Méjico, cuyo territorio cubriría tres veces al de Francia, es uno de los países más bellos del mundo. Goza de todos los climas; los cielos, de un azul Intenso, comunican a las llanuras una riqueza de matices variadísimos; las elevadas montañas, coronadas de nieves perpetuas, derraman la frescura con sus refrigerantes aguas a los hombres y a los campos. En todas las épocas del año hay algún rincón del país donde se producen todos los frutos y todas las flores.

Pero esta pródiga naturaleza, que algunas veces llega a enervar, no ejerció influencia alguna en la formación del P. Pro, ya que pasó los 20 primeros años de su juventud en los centros mineros, donde su padre estaba al frente de un próspero negocio.

Vino a la vida el P. Pro en Guadalupe, pueblecito del Estado de Zacatecas, en el centro mismo de Méjico, el 13 de enero de 1891, y recibió en el bautismo los nombres de José, Ramón, Miguel, Agustín.

Tuvo cinco hermanos y cinco hermanas cuatro murieron siendo muy niños todavía. ([1]) Dos hijas vieron la luz de este mundo antes que Miguel: María de la Concepción y María Luz, en 1897 nace Ana María. Siguen tres hermanos: Edmundo, que se casó en 1922; Humberto, que murió fusilado con Miguel cuando frisaba los 24 años, y Roberto, hecho prisionero con sus hermanos (a los 23 años) y poco después desterrado por Calles.

Sus padres eran profundamente cristianos. Dos hechos bastarán para probar este aserto. Cuando el cuerpo del P. Pro, acribillado por las balas, fue entregado a su padre, ni una lágrima surcó sus mejillas; besó respetuosamente la frente de su hijo; la gloria de haberlo dado a Cristo dominaba su dolor; su alma se hallaba dispuesta para el glorioso sacrificio; ¿no lo había en cierto sentido preparado él mismo con el ejemplo de una vida toda abnegación? En 1914, cuando la caterva de soldados revolucionarios de Carranza devastaron el país, fue despojado de todos sus bienes, perseguido y obligado a huir para poder conservar la vida.

Miguel creció rodeado de una atmósfera saturada de mortificación y vencimiento. Su madre, Josefa Juárez, demostró el temple de su alma el día en que la persecución, echándola de su propia casa, en la que gozaba de una posición más que desahogada, tuvo que huir enferma y sin recursos con cuatro de sus hijos, pequeños todavía, a Guadalajara, y buscar allí un asilo más seguro. Aceptó sin quejas ni murmuraciones el lugar que entre

---

[1] He aquí la lista completa da los once hijos del matrimonio Pro-Juárez: María de la Concepción, María de la Luz, José Ramón Miguel Agustín, Josefina (murió a los 13 años), Ana María, Edmundo, Amelia y Amalia, gemelas que murieron pequeñas; Alfredo, que murió a los dos años y medio, Humberto y Roberto.

los pobres le destinaba por entonces la Divina Providencia, y ella misma sostenía a su familia con el trabajo de sus manos.

La prueba no hace ni los caracteres ni las virtudes: los patentiza poniéndolos en evidencia a todas luces cuando ya existen. En la actitud heroica del P. Pro, en su última hora, comprendemos todo el caudal de fervor acumulado en sus primeros años.

Los padres de Miguel permanecieron poco tiempo en Guadalupe, donde nacieron sus primeros hijos, y después de pasar algunos meses en Méjico y luego algunos años en Monterrey, fijaron por fin su residencia en 1906 en Concepción del Oro, de donde la revolución los arrojó en 1914.

Recibió nuestro Miguel por vez primera el pan eucarístico de manos del activo sacerdote don Mateo Correa, por aquel entonces párroco de Concepción, quien ocho meses antes que Miguel, fue encontrado digno a los ojos del Altísimo de derramar su sangre en aras de su santo ministerio, mártir del sigilo sacramental.

Pues el 5 de febrero de 1927, durante la noche, tras los acervos y prolijos malos tratamientos de los siete días de prisión, fue asesinado inicuamente con horribles torturas en Durango, por los sicarios del general Eulogio Ortiz. Su cuerpo se halló dos días después insepulto.

En Concepción mismo le fue administrado a Miguel el Sacramento de la Confirmación, por el Excmo. señor Obispo de Zacatecas, Fr. José Guadalupe Alva.

Recibió Miguel la primera instrucción de su mismo padre, el cual consagraba con gusto los ratos libres que le dejaban sus quehaceres a la educación de sus hijos; algunos otros maestros, en diversas circunstancias, le dieron también clases particulares.



No parece que la piedad de Miguel en sus primeros años tuviera algo de extraordinario. No era más que un niño bueno, que a pesar de su aptitud para el estudio prefería cualquier cosa antes que la clase, y aun se veían apuntar en él algunos defectos que podrán servir de consuelo a los niños de su misma edad; pero tuvo la suerte de tener un padre y una madre que le ayudaron a corregirlos. Cuenta él mismo que más de una vez sintió en sus primeros años los correctivos efectos del castigo. Un día que no tenía dinero y deseaba, no obstante, comprar unos bombones, los obtuvo diciéndole al vendedor: «no tema usted, ya se los pagaré sin falta otro día».

De este modo obtuvo Miguel varias veces diversas golosinas, no pagando más que con promesas. Pero cuando la cuenta subió a una suma considerable, el mercader se dirigió a la madre de Miguel, la cual pagó lo indicado en la cuenta sin hacer objeción alguna, pero el niño conservó largo tiempo el recuerdo sensible de lo que aquella tarde tuvo que pagar...

De su madre fue de quien Miguel aprendió las primeras lecciones de fortaleza y bondad, de las que debía dar más tarde

tantas pruebas; con frecuencia iban a visitar a los pobres y a llevarles alimentos; en el hospital que la señora Pro fundó en Concepción del Oro para los mineros enfermos, es donde se forjó aquella exquisita e incansable caridad, que debía ser más tarde la virtud dominante de su vida.



Miguel Agustín tocando la guitarra

A los 13 años frecuentó Miguel, durante algunos meses, el colegio «Miguel Acuña», de Saltillo, pero habiéndose trasladado a vivir a Méjico, a casa de su tío materno, Florentino Juárez, asistió en calidad de externo a las clases del colegio de San José.

No pudo terminar sus estudios, pero dotado de una inteligencia clara y penetrante consiguió durante estos cortos años de ejercicio un fruto no despreciable; su prodigiosa memoria, su exquisito gusto y el desarrollo alcanzado por medio de múltiples lecturas, fueron preparación adecuada para la nueva vida que desde la edad de 15 años iba a emprender.

Su padre, propietario y director de minas, vio con buenos ojos la poderosa ayuda que su primogénito le brindaba. Miguel daba, en

efecto, pruebas de notables aptitudes para los negocios. Dotado de una feliz memoria despachaba el trabajo de la oficina con una rapidez extraordinaria, de manera que, rayando en dos mil los expedientes, tan presentes los tenía, que cuando era necesario buscar alguno inmediatamente decía: *es el número tantos*. Así, pues, no es de maravillar que llegase a ser tan útil su cooperación que cuando en 1908 se trasladó a Saltillo con su familia, cada semana se mandaban a Miguel los expedientes, que pasaba luego a recoger su padre, una vez estudiados y ordenados debidamente.

Pero en cuanto podía disponer de un momento libre, bajaba a las minas a pasar el rato charlando con los obreros, de modo que pronto aprendió su vocabulario; y así, cuando años más tarde, ordenado ya de sacerdote, daba una de sus primeras tandas de ejercicios a los mineros, quedó gratamente sorprendido al ver la facilidad con que le brotaban las palabras apropiadas para ponerse al alcance de esas gentes. Así, en abril del año 27, escribía:

> «Con gran admiración mía comprobé que hablando a esta gente me fluían las palabras gruesas y sonoras... yo pensaba que después de tantos años ya se me habían olvidado, pues hace la nonada de dieciséis años que dejé las minas; pero ¡córcholis! si parece que ayer las había aprendido».

Miguel pasó algo más de cinco años junto a su padre, con el que compartía el trabajo del despacho: según los recuerdos facilitados por diferentes miembros de su familia, era bastante travieso y vivo, pero un dechado de obediencia; como sentía gran afición a la música, aprendió pronto a tañer la guitarra y la mandolina y a cantar con gusto y afinación una multitud de coplas populares, con todo lo cual él sólo se bastaba para divertir en las largas reuniones de familia a todo el mundo, pues siempre

encontraba en su repertorio «el libro de las injurias», como él le llamaba, nuevos cuentos, fábulas, anécdotas y canciones.

En el seno de su familia, en un ambiente de apacible tranquilidad, pasó los mejores años de su juventud; sin darse demasiado al mundo salía, con todo, algunas veces con sus hermanas para ir a solazarse en casa de personas amigas, y rudo golpe fue para la alegre vida que llevaba, la entrada de su hermana María Luz en el convento del Oasis, de Aguascalientes, el 6 de agosto de 1910.

Seis meses más tarde, el mismo día en que toda la familia asistía a la ceremonia de toma de hábito de María Luz, la hermana mayor, María de la Concepción, ingresaba como postulante en el mismo convento.

En las familias numerosas y verdaderamente cristianas, el ejemplo del sacrificio es contagioso, y cuando la bondad de Dios logra que le abran una vez la puerta, vuelve con frecuencia y con gusto a llamar a ella. Miguel, pues, estaba ya preparado para oír la voz del Maestro.

Un día, en Granada, mientras enseñaba el catecismo a la gente sencilla de un pueblecito de la vega, él mismo narró cómo había recibido la gracia de la vocación religiosa. Dijo que antes de hacerse religioso había sido un tuno muy malo, pero que se convirtió y entró en la Compañía de Jesús después del siguiente suceso. Oigamos cómo nos lo cuenta el Padre Marcelino Moreno, entonces su compañero, al hablar de los indelebles recuerdos que conservaban del P. Pro los habitantes de la vega granadina; dice así:

> «Una de las cosas que recordaban fue que en cierta ocasión se hallaba el P. Miguel en la puerta de la Iglesia rodeado de un

grupo numeroso de mujeres que le oían con mucho interés, a las cuales dijo que él, de muchacho, había sido muy malo, y que luego se convirtió, y que la ocasión de haber entrado en la Compañía fue ésta: que una vez entró en la iglesia, donde un religioso estaba predicando sobre la pasión del Señor, y oyó que el predicador decía: «Todo esto hizo y sufrió Jesucristo por nosotros, y nosotros ¿qué hacemos por Jesucristo?» Estas palabras le hicieron mucha impresión, y reflexionando en ellas se preguntaba: y yo ¿qué he hecho por Jesucristo? Le hizo tal mella esta frase, que al fin se decidió a seguir a su divino Capitán, e ingresó pocos días después en el noviciado de los jesuitas».

Y en efecto, comunicó Miguel su proyecto a los Padres de Saltillo, donde vivía con su madre durante el año escolar, mientras su padre atendía a sus negocios en Concepción del Oro.

Por este tiempo hizo unos ejercicios cerrados, y si hasta entonces había deseado consagrar su vida a los obreros, ahora sus ideales se elevaron más y más, ansiando darse para siempre a las almas, y sobre todo a las almas de los obreros. Contaba solamente 20 años cuando supo sacrificar sus dos amores: la familia y las minas.



Antes de entrar en la Compañía de Jesús (1910)

Se hallaba del todo decidido, pero le faltaba valor para comunicar su proyecto, en aquellas circunstancias, a sus padres; ¿cuál no hubiera sido, en verdad, su sorpresa, al saber que su querido Miguel los dejaba en los momentos en que más lo necesitaban?... La guerra civil, encendida por Madero contra Porfirio Díaz, tomaba alarmantes dimensiones, y con ellas un cúmulo de males amenazaba a la mayoría de las familias católicas. Miguel escribió al entonces Padre Provincial de Méjico, Padre Tomás Ipiña, y sin decirle que su proyecto era sólo por él conocido, demandó el favor de ser admitido en la Compañía de Jesús.

Tres Padres del colegio de Saltillo lo examinaron, según costumbre, y no les quedó duda alguna sobre la veracidad de la vocación de Miguel; los tres, sin embargo, fueron del mismo parecer: que para ser admitido debía obtener el consentimiento de sus padres.

Miguel no se decidía a dirigirles tan dolorosa súplica, pero Dios mismo se encargó de ello. Al poco tiempo cayó enfermo. Una

fiebre altísima le retenía en cama; sus padres no se apartaban de su cabecera ni de día ni de noche, y he aquí que un día empezó Miguel en el delirio de la fiebre a pronunciar palabras inconscientes, y como de la abundancia del corazón habla la boca, dejó escapar el secreto. Fácilmente se adivina el terrible golpe que sintió el corazón de sus padres, pero llegado el momento, gustosísimos dieron a Miguel el permiso de ir a donde Dios le llamaba, de seguir su santa vocación, de cambiar su hogar por el claustro, sus padres y hermanos carnales por los Padres y Hermanos espirituales de la Compañía de Jesús.

SOLDADO DE IGNACIO

Al atardecer de un claro día, cuando el sol ecuatorial ocultaba sus postreros rayos tras la sierra, guareciese nuestro Miguel huyendo de los falsos resplandores mundanales, en la casa del Señor, en el noviciado que en El Llano tenía la Compañía. Era el 10 de agosto de 1911.

Cuantos han tenido la dicha de convivir con nuestro Hermano Pro y quieren hablar de él, empiezan por sonreír, y luego narran alguna de sus características bromas.

El recuerdo que campea en su memoria es el de un compañero siempre alegre, en sumo grado caritativo y dotado del don de regocijar a todo el mundo sin herir jamás a nadie.

Ya desde los primeros días del noviciado, se muestra tal cual es. Oigamos cómo nos cuenta el P. Adolfo Pulido sus impresiones de aquel tiempo:

> «Desde la primera vez que le hablé en el noviciado me llamó la atención su buen humor y más aún la facundia chistosa de su ingenio, que no he visto en grado semejante en ninguna otra persona de las que yo he tratado; pero no era el chiste burdo, sino la ocurrencia inteligente acompañada de una mímica inimitable, la que bullía ordinariamente en sus labios y hacía de él un compañero insustituible para recreos divertidos, y un actor obligado para los asuetos de Navidad, academias y festejos con que solemos amenizar la vida de nuestras casas de formación.

»Mas pronto podía notar el que le tratara de cerca, que había dos Pro en una misma pieza: el del recreo y el de la oración; el de las bromas, risas y cantos, y el de la abnegación delicada y el sufrimiento silencioso. No fui yo el único en notar cómo el H. Pro chistoso se volvía cartujo en los ocho días de ejercicios anuales y pasaba en la Capilla tal vez más ratos que ninguno y cómo era escrupulosamente exacto en todos sus ejercicios de piedad empezando por la meditación matutina.

»Recuerdo que una vez que habíamos comido en segunda mesa, siendo novicios, le invité a quedarse en recreación, y entre veras y bromas me contestó:

—«No puedo, porque voy a perder la vocación».

—«No entiendo, le contesté, y él repuso:

—«Si no duermo siesta voy a tener mucho sueño en la oración, y si no hago bien mi oración llegaré hasta a salir de la Compañía».

«Esto, que aquí no pasaba de broma, era un principio muy clavado en el alma del Hermano Pro. Él, que se reía de todo el mundo, empezando por sí mismo, las cosas de Dios las tomaba más en serio de lo que algunos pudieran sospechar.

«Solamente la persuasión de que Dios le quería santo, le hizo abandonar sus ilusiones mundanas de apuesto joven, a quien el porvenir sonreía, para encerrarse en una casa religiosa. Esta convicción y voluntad férreas, mantenidas vivas en el trato con su Divina Majestad, le hicieron adquirir las virtudes más sólidas y sublimes; un profundo desprecio de su humanidad *beluina*[2], como solía llamarla; una caridad abnegada hasta los mayores sacrificios; un amor santo al desvalido y abandonado

[2] Del latín *belua*: bruto, animal feroz, monstruo.

del mundo; un celo ardiente de salvar almas y, sobre todo, esas sus almas desechadas de que hablaba tan tiernamente».

Para tener una idea clara de la fisonomía del H. Pro, es preciso tener en cuenta que dos hombres Vivian simultáneamente en él, uno a la vera del otro: el amigo alegre, gracioso y lleno de agudeza y que hubiera podido hacer creer a un observador superficial que no había más que esto en él, y el hombre profundamente piadoso en el que la caridad y el espíritu sobrenatural eran la admiración de sus Superiores y de sus más íntimos compañeros. El P. Manuel Santiago, su maestro de novicios, lo tenía en tan alto concepto, que le envió no pocas pruebas, pues tenía certeza de hasta dónde llegaba la virtud de su novicio. Le reprendía severamente sus más insignificantes faltas. La humildad del H. Pro le edificaba sobremanera. Contaba, con no poca emoción, que una vez que tuvo que hacerle duras observaciones, vino pocos instantes después el H. Pro a llamar a su puerta para pedirle humildemente perdón.

Por lo demás, las humillaciones no parecían ni sorprenderlo ni abatirlo, y a fe que la causa no era otra que la que él mismo solía repetir con frecuencia: «Ya he hecho el sacrificio de mi honra a Dios al entrar en la Compañía». El Padre Maestro de novicios pudo darse cuenta cabal, desde los primeros días, en qué fecunda naturaleza tenía que trabajar, y se resolvió a perfeccionarla sin destruirla. Era el primero en reírse de las ocurrencias del H. Pro, mas no por eso perdía ocasión de ejercitarle en la virtud.

A los dos meses escasos de su entrada en el noviciado, jugaba el H. Pro, un día de vacación, a la pelota con sus connovicios, y mientras esperaba el turno para entrar en juego no pudo permanecer inactivo y trepa por una alambrada de hierro

colocada en el extremo del campo de juego. Una vez en estas alturas le viene la idea de dirigir la palabra a sus Hermanos. La buena acogida que le tributó el improvisado auditorio le da ánimos para continuar, y sus ardientes palabras cautivan de tal modo a sus oyentes, que se interrumpe el juego, y todos los novicios, agrupados a sus pies, le escuchan atentamente.

Acertó a pasar entonces por allí el Padre Maestro, pero precisamente en aquellos momentos había llegado a su fin el discurso.

—¿Qué sucede? —pregunta el Padre.

—Es un... sermón que nos predicaba el H. Pro, responde un novicio.

—Muy bien, muy bien, dice el Padre, lástima que yo haya llegado tarde, pero espero que el H. Pro no me rehusará una repetición. Y el azorado novicio tuvo que empezar de nuevo.

Como los Superiores habían depositado toda su confianza en el H. Pro, éste tuvo que desempeñar casi siempre algún cargo entre sus compañeros, pues no era sólo la jovialidad y gracejo natural lo que en él sobresalía, sino que una vez terminado el recreo se perdía entre los demás, observando con espíritu de fe hasta las mínimas prescripciones del noviciado.

Los primeros años de su vida religiosa se deslizaron tranquilos: la tempestad, que ya rugía amenazadora en el país, asolaba principalmente las provincias del Norte. Con todo, las noticias que llegaban eran cada día menos tranquilizadoras.

Una atmósfera pesada se dejaba sentir en torno del presidente Porfirio Díaz: los socialistas hallaban aliados en los descontentos de un régimen que tenía muchos puntos de contacto con una monarquía absoluta. Los pobres y los indios se dejaban

fácilmente ganar por los alborotadores demagogos que desprestigiaban al «tirano». Logró por fin un exaltado discurso precipitar la crisis, y Díaz, poco después, cayó del Poder.

Francisco Madero, a los 38 años, es elegido presidente, el 6 de noviembre de 1911, después de siete u ocho meses de revueltas y desórdenes continuos. El 7 de junio hizo su entrada triunfal en Méjico. Pero el nuevo jefe no disponía de las energías necesarias para contener las turbas que él mismo había amotinado. Surgen de todas partes los exaltados, encendidos por la ambición; los poderosos, que por él mismo han sido desterrados, se sublevan; reina una general anarquía, y el presidente se ve anegado en aquel mar sin fondo ni orillas. En febrero de 1913, la ciudad de Méjico es teatro de una verdadera batalla campal, en la que sus jefes perecen allí mismo.

Huerta, el hombre más influyente de entonces, derriba a Madero y se alza con el Poder.

Su gobierno fue de corta duración, pero fecundo en medidas sabia y vigorosamente tomadas. Bajo el gobierno de Madero se había ya permitido a los católicos una cierta tolerancia para organizarse. Contaban con influyentes revistas; los programas basados en ideas católicas adquirían cada día mayor crédito. Se hablaba de un resurgimiento de la vida católica, y se esperaba en las próximas elecciones hacer triunfar la candidatura de Federico Gamboa, hombre dotado de excelentes cualidades. El mismo Huerta Invocaba el nombre de Dios en pleno Congreso. Pero se dejó llevar de la ambición, y a fin de conservar la dictadura anuló las elecciones, en las que tantas esperanzas tenían puestas los católicos:

Surgió entonces un nuevo hombre, que debía desempeñar en lo sucesivo un papel importante. Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, político hipócrita, en otro tiempo al servido de Porfirio Díaz, y que fue en lo sucesivo uno de los más funestos revolucionarios de su país.

Con el ejército que él mismo se había formado, tenía el proyecto de hacer triunfar la revolución, pero como Huerta se le adelantó, cambiando entonces de máscara, fingió gran respeto por las leyes del país; se proclamó el vengador de Madero, y con el subterfugio de restablecer el orden y castigar los revoltosos, suscitó un sinnúmero de disturbios por toda le nación.

El 26 de marzo de 1913 redactó un manifiesto, en el que negaba la obediencia al presidente Huerta.

Pronto consiguió por lugarteniente al bandido Villa, el cual tenía a sus órdenes un ejército que había reunido en el Norte, y por apoyo a Wilson, presidente de los Estados Unidos, que le proveía de armas.

La táctica seguida por las dos revoluciones es bárbara: parten del Norte saqueando todo cuanto encuentran a su paso, y en enero, Durango cae en sus manos.

El 8 de julio de 1914, Guadalajara se le rinde. Desde un principio ha trazado su programa apoderarse a viva fuerza del Poder y menoscabar la influencia de los católicos, a los que acusa de apoyar a Huerta. Se tortura a las víctimas, se entrega al pillaje las propiedades, se encarcela a los ricos y asesina vilmente a los jefes que caen prisioneros en el campo de batalla.

Por fin, el 20 de agosto Carranza logra entrar en Méjico; Huerta acababa de abdicar el 15 de julio. La época del terror iba a comenzar. Las tropas invadieron la capital enarbolando banderas

en las que se leía: «El clero es el obscurantismo; la libertad es la luz».

¡La libertad! ¡qué cara tenía que costarle al desgraciado pueblo mejicano! Sesenta mil genízaros armados de punta en blanco son los encargados de hacerla triunfar. Es disuelta inmediatamente la policía cívica; se suprimen todos los tribunales; los culpables, es decir, los ricos, son arrestados y fusilados sin miramiento alguno.

El programa antirreligioso se lleva a cabo con sacrílega desvergüenza. Penetran los soldados en las iglesias, echan por los suelos las sagradas formas y organizan en ellas descocados bailes; otras veces acribillan de balas los crucifijos, los sagrarios, e incluso una vez, con odio satánico, a la custodia misma durante una Exposición del Santísimo Sacramento. Villa se vanagloriaba más tarde de haber enterrado vivo, con sus propias manos, a un pobre sacerdote en un ataúd, el que después de haberlo claveteado abandonó y dejó morir de hambre.

Los muros de la ciudad se tapizan de un sinnúmero de decretos, en su mayor parte concernientes a los sacerdotes, los cuales se ven obligados a cerrar las escuelas católicas. Treinta sacerdotes que no quieren someterse a tan inicuas leyes son hechos prisioneros. Se expulsa a los religiosos, se suprimen los periódicos católicos, y la iglesia de Santa Brígida es convertida en cuadra.

El movimiento revolucionario se propaga a las provincias, gracias a los nuevos funcionarios nombrados por Carranza. En estos días, apellidados por el déspota «período preconstitucional», todos los vejámenes y todos los crímenes quedaron impunes.

Lejos de este tumulto, el noviciado del H. Pro llegaba a su fin, y así, el 15 de agosto de 1913, se ofrecía al Señor con la oblación de los primeros votos de religión. La fiesta fue del todo íntima.

La pérdida total de los apuntes espirituales del H. Pro nos oculta, a la manera de tupido velo, todos sus sentimientos y afectos.

Mas por providencia especial hemos dado con una poesía compuesta por él mismo, hasta el día de hoy inédita, que al rasgar felizmente este velo nos permite entrever los sentimientos que este fausto día se agolparían en el corazón del fervoroso joven.

MI TESORO
(En mis votos)

Mentira es el placer y la alegría,
que nos brindan un día
los goces de este mundo envenenado;
el único consuelo que él encierra
es morir en la tierra
por vivir con Jesús crucificado.

Busquen los hombres sin descanso el oro,
aumenten su tesoro
allegando a la vez pena y cuidado,
que yo ya tengo la inmortal riqueza
en la santa pobreza,
en la cruz de Jesús crucificado.

La angélica virtud, lirio escondido,

que en el jardín florido
del claustro crece puro y perfumado,
la frente inunda en célicos matices,
pues tienen raíces
en la cruz de Jesús crucificado.

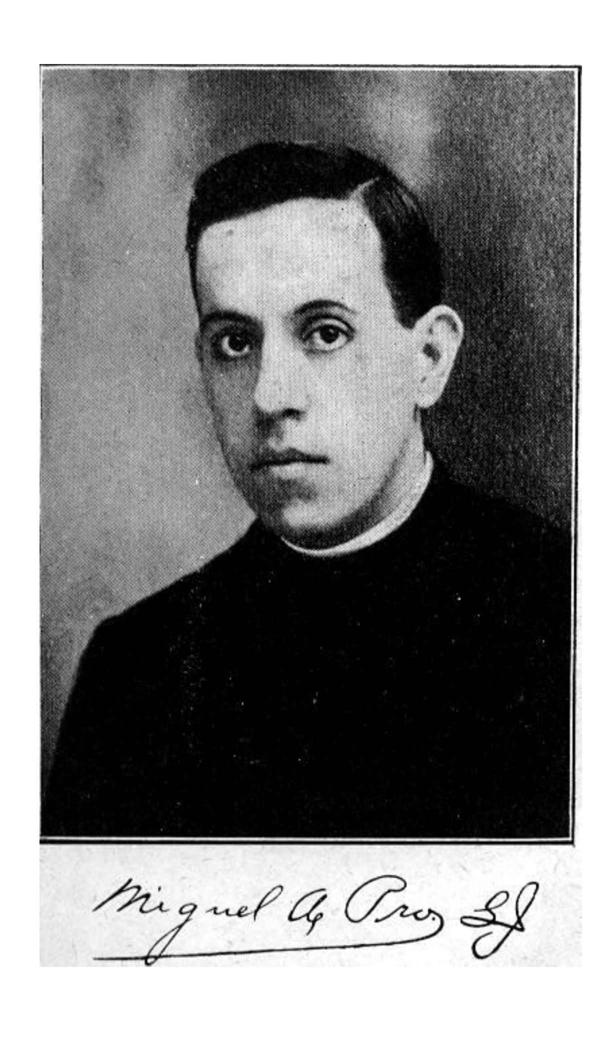
Otra corona más, timbre de gloria
con que alcanzó victoria
el cordero obediente inmaculado,
consuma mi oblación, que la obediencia,
es la segura ciencia
de vivir con Jesús crucificado.

Ya con este tesoro, ml esperanza
a traspasar alcanza
el límite fugaz el hombre dado,
viviendo pobre en este bajo suelo
y rico para el cielo
unido con Jesús crucificado.

El H. Pro dio comienzo enseguida a los estudios de literatura. No descolló, ciertamente, ni en los de griego ni en los de latín, que tan tarde había empezado a estudiar; pero, por el contrario, estaba dotado de una facilidad no vulgar en componer en castellano, tanto en prosa como en verso.

Penoso, sin embargo, se le hace de vez en cuando el trabajo por las alarmantes noticias que le llegan de su familia. Una tras otra recibe las tristes nuevas de que su padre, despojado de todos sus bienes, ha tenido que huir para salvar a lo menos la vida, y que su madre, a pesar de hallarse enferma y sin recursos, se había visto en la necesidad de ponerse en camino hacia Guadalajara.

Con todo, lleno de confianza en Dios, se entrega sin reserva a la ardua tarea de estudiante. A los tres meses recibe el encargo de reemplazar al único profesor de la casa, que ha caído enfermo, y por lo menos debe procurar dar ocupación y materia de estudio a los alumnos. A pesar de tantos contratiempos y de una enfermedad de estómago que ya deja sentir sus primeros síntomas, su ingénita jovialidad no disminuye ni en un ápice.



CAMINO DEL DESTIERRO

En mayo de 1914, un Padre jesuita que los sicarios de Carranza habían expulsado de la Villa de Durango, llevaba al apacible rinconcito de El Llano las primeras nuevas de la nefasta revolución.

Los Padres de Durango habían tenido que huir; los de Saltillo se habían visto conducidos a la frontera, custodiados por una soldadesca ebria.

En la región de Zamora merodeaban, desde principio de año, revolucionarios alistados bajo diversas banderas. En mayo se acrecentó de tal modo el número de esbirros, que asolaban totalmente aquellos contornos. A últimos de julio se convirtió la ciudad de Zamora en escenario de luchas sangrientas entre los partidarios de Carranza y los soldados federados; y por más que todo esto sucedía a pocos kilómetros del noviciado, no se perturbó, con todo, la paz interior de la casa: sólo los Superiores estaban al corriente del inminente peligro que les amenazaba; y aunque preveían que les sería forzosa la dispersión de los jóvenes religiosos, trataban de conservar la tranquilidad hasta el último momento, siguiendo con toda regularidad el orden de vida establecido en una casa religiosa. Con relativa tranquilidad se dio cima a los exámenes de fin de curso, que tenían ocupados a profesores y alumnos.

Hacia fines de julio se preparaba una gran fiesta de familia el centenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús por el

Papa Pio VII; y como si los revolucionarios hubieran estado a cien leguas del noviciado, reinó, varios días antes en toda la casa, gran actividad y alegría; al H. Pro se le encomendó la dirección de los Hermanos encargados de la preparación y adorno de la casa, reservándose para sí la ejecución de los dibujos más delicados y las inscripciones alusivas a glorias de la Compañía, con las que se habían de engalanar las paredes y columnas del patio central.

El programa del gran día se realizó puntualmente: Misa solemne en la iglesia; procesión de la comunidad, que recorre toda la casa; entronización de una hermosa imagen del Sagrado Corazón en el patio de la portería.

Por la tarde, velada literaria musical, en la que el H. Pro declamó una poesía del Reverendo P. Luis Martín, sobre la Compañía de Jesús.

Algunas poesías escritas exprofeso para el acto, entre las que figuraban: «A Cristo Rey», el «Adiós del Misionero el partir para el destierro» y «María, madre de los desterrados», a causa de las criticas circunstancias por que atravesaban los jesuitas mejicanos, hacían vibrar de una manera sumamente emocionante los corazones de los oyentes.

En efecto, los jóvenes religiosos debían a los pocos días abandonar para siempre la casa donde habían pasado años tan felices.

En la noche del 4 al 5 de agosto, veintidós mercenarios del ejército de Carranza se presentaron, bien armados, ante el noviciado. Dos de ellos, haciendo uso de los revólveres, penetraron en casa de un propietario, contigua al noviciado, y destruyeron los muebles, quemaron los libros de cuentas, inutilizaron el teléfono y devastaron cuanto encontraron a su paso.

Al oír el primer disparo, el P. Rector y el Padre Ministro, acompañados del H. Poza, veterano de la guerra imperial, descendieron a la iglesia; felizmente, no se les ocurrió a los soldados el forzar la parte lateral, junto a la cual cometían toda clase de excesos y latrocinios.

Al día siguiente al ir el H. Pro a ayudar a Misa, halló una de las balas que habían atravesado la pared de la sacristía. Otra había ido a parar al cuarto del P. Ministro.

Como, en vista de esto, le dispersión de los miembros de la comunidad era urgente, se fijó para el día 15 de agosto. El 12, movimiento general en toda la casa; se llenan algunos cajones con los libros más valiosos; en los sótanos de la lejana carpintería se esconden los ornamentos y vasos sagrados. Algunos otros objetos de valor son enviados a las casas de personas amigas.

Uno tras otro, los religiosos se proveen de trajes de seglar. El 14 por la noche ya está todo en disposición de poder dejar la casa. El P. Maestro congrega a todos los novicios, les dirige una breve exhortación y bendice a todos los que van a partir hacia un desconocido destino. La mayor parte de la comunidad está compuesta por jóvenes novicios.

Por fin, el día de la Asunción de la Santísima Virgen, al despuntar el alba, comienza la salida; en grupos de dos, tres o cuatro, se dispersan por entre diversos caseríos, donde deben esperar nuevas órdenes. El H. Pro y sus tres compañeros, hacia las tres de la tarde, tomaron el camino de Zamora, donde uno de ellos tenía su familia; recorrieron unos veinte kilómetros a pie, sin incidente alguno desagradable.

La estancia del H. Pro en esa ciudad, que se hallaba en poder de los revolucionarios, fue como su bautismo de fuego. Continuos

ataques a la propiedad particular, profanaciones casi diarias en las iglesias, molestias y dificultades de todas clases, hacían a sus habitantes la vida sumamente difícil. Cada día el cabecilla de los revolucionarios enviaba algunos de sus satélites a los pueblos y caseríos de los alrededores para sembrar en ellos el llanto y le desolación.

El 20 de agosto, Amaro, uno de los Jefes revolucionarios, publica un decreto en el que intima a todos los curas párrocos la orden de presentarse en el Palacio Episcopal, donde él había establecido su cuartel general. Los que se presentan o se ven forzados a hacerlo, son sencillamente reducidos a prisión. Hieren a culatazos en la cabeza al cura párroco de la iglesia del Sagrario, y a otros venerables eclesiásticos se les condena a barrer las calles.

Algunos sacerdotes, sin embargo, pudieron huir y esconderse en los montes vecinos. El H. Pro es testigo de todos estos horrores, mas el peligro eminente no es bastante para paralizar su caridad: el 24 de agosto va con un compañero a llevar un poco de alimento a dos sacerdotes refugiados en la colina de la Beatilla; mas apenas acaban de dejar la mísera cabaña donde se esconden los pobres fugitivos, cuando aparece por el mismo camino una patrulla de soldados de Carranza; se tienden boca abajo en el suelo, entre los matojos de un campo de maíz, y sólo al cabo de una hora de tan incómoda postura pueden proseguir su camino sin gran peligro.

En vista de tales escenas, la permanencia en Zamora ya no podía prolongarse más, y así el H. Pro recibió orden de partir para Guadalajara con tres de sus compañeros.

Pero salir de la ciudad no era cosa fácil: los soldados que custodiaban los caminos exigían a todos los transeúntes un pasaporte despachado por el mismo jefe Amaro en persona.

En la madrugada del 29 de agosto, a eso de las cuatro, nuestros viajeros, disfrazados de aldeanos, atraviesan los primeros puestos de guardia sin despertar la menor sospecha. Mas cerca de la estación se encuentran con un grupo de soldados; el H. Pro, a quien el peligro hace elocuente, lleva a sus compañeros a un café, les invita a sentarse, y con aire desenvuelto pide un buen desayuno. Los soldados, que, ciertamente, habían olfateado que los tales aldeanos no eran muy auténticos, al verlos desayunar tranquilamente, y sobre todo al oír al H. Pro, que para mayor seguridad no daba tiempo a sus compañeros de meter baza en la conversación, renuncian a seguir adelante en sus arteras pesquisas.

Al salir de la ciudad toman los fugitivos, atravesando campos y bosques, la dirección del noviciado, y desde un sitio bien conocido a todos los moradores de la casa, envía el H. Pro un recado a uno de los Padres que todavía quedan en El Llano, diciéndole que él y sus compañeros desean verle. El P. Maina, ayudante del P. Maestro de novicios, acude presuroso a su llamamiento con un cesto de provisiones. Los encuentra sonrientes, tranquilamente sentados en la verde hierba y comentando los sucesos. ¡Qué de recuerdos y qué momentos más felices! Los cuatro viajeros hacen la oración en común, se confiesan con el Padre, se despiden de su caritativo visitador, y bajo un cielo de gris plomizo empiezan de nuevo el camino. Al poco rato empieza a llover de tal modo, que harto les dificulta la marcha, pues los caminos se ponen, a causa del barro, intransitables; calados hasta la médula de los huesos llegan al anochecer a la primera etapa del viaje: a un pueblecito aislado y tranquilo.

Al día siguiente, muy de mañana, prosiguen de nuevo la marcha montando por turno en una vieja borrica que la providencia les ha deparado. Al entrar en un pueblo notan que todo el mundo está de gran fiesta, se ven y se oyen por todos lados banderas, músicas, gritos y alegres cantos. Sin embargo, a la inesperada llegada de los cuatro forasteros, que tienen todas las trazas de malhechores disfrazados, se paraliza como por ensalmo la fiesta, pues los buenos aldeanos, prevenidos de antemano de la manera con que habitualmente se presentan los temidos revolucionarios, huyen en todas direcciones llenos de espanto y gritando: «Ya están aquí». Se precisó de todo el aire campechano del H. Pro para calmarlos.

Este mismo día caminaban tranquilamente, cuando de pronto ven avanzar hacia ellos unos destacamentos de las hordas carrancistas. Seguir adelante era entregarse, y retroceder era ya imposible: adoptaron abandonar el camino y esconderse entre unos zarzales en los que tuvieron que permanecer hasta que sobrevino la noche.

Por fin llegaron a la estación de Negrete. Durante el trayecto de tren hacia Guadalajara el H. Pro desempeñó el papel de criado, cargando con el equipaje de sus compañeros: estaba también disfrazado bajo un enorme sombrero y con un traje de típico charro mejicano, que aun a sus mismos compañeros les costaba trabajo reconocerle.

Con tan extraña indumentaria entraba el H. Pro en Guadalajara el 2 de septiembre. Ya se hallaban en esta ciudad catorce de sus compañeros de El Llano, repartidos en diversas casas de familias amigas y dos Padres que habían logrado burlar las truculentas pesquisas de los sabuesos revolucionarios.

El aspecto que ofrecía la ciudad no era muy tranquilizador. Obregón hacía dos meses que había entrado en ella sin necesidad de disparar un solo tiro; pero bien pronto se habían cometido toda clase de atropellos y excesos. Los colegios, los seminarios, jardines particulares, conventos y varias iglesias fueron invadidos por las desenfrenadas tropas del cabecilla; el mismo Obregón entro montado a caballo en la catedral e hizo alojar en ella a sus soldados, reservándose para sí y para su estado mayor el Palacio Arzobispal.

Se profanaron los sepulcros de los Prelados; se veían por las calles los caballos de los sacrílegos enjaezados con los más ricos ornamentos sacerdotales; día y noche multitud de ebrios soldados vagaba por la calle divirtiéndose en insultar descaradamente a los transeúntes; los sacerdotes que no habían podido huir fueron encarcelados en la Penitenciaría, y ven la luz pública dos nuevos periódicos, *Méjico Libre* y el *Boletín Militar,* editados en las prensas robadas a los periódicos de tendencias católicas, que vomitan sin cesar toda clase de calumnias e injurias contra la religión de Cristo y sus ministros.

Continuas extorsiones, multas, asesinatos, robos de objetos de valor que los oficiales del ejército de Obregón enviaban a sus familias y molestias de todas clases, eran los beneficios aportados a la ciudad con la llegada del ejército libertador!!!

En cuanto al H. Pro, nuevas angustias abruman su ánimo, además de las comunes a todos, pues halla a su madre con tres hermanos, de los que el mayor sólo cuenta 13 años, y a su hermanita Ana María, sumidos en la mayor indigencia. Viven en un mezquino tugurio en el que todo el mobiliario consiste en dos camas, algunas sillas y en la pared una pobre imagen del Sagrado

Corazón, único recuerdo que la señora Pro ha podido llevarse de Saltillo.

Estoy contenta —decía ella a un Padre mejicano, compañero del H. Pro—, estoy contenta de haberlo dejado todo por la causa de Cristo, ahora no me queda más que esta imagen del Sagrado Corazón, que bendecirá mi casa y mis hijos.

Mas ni la pobreza ni la miseria abaten a esta mujer fuerte; a pesar de sus canas, se entrega, sin exhalar una queja, al trabajo manual, para sustentar con él a sus hijos.

Fácil es imaginarse la angustia del H. Pro a la vista de su madre, a la que no puede en nada aliviar; sin saber qué ha sido de su padre, cuyo paradero aún ignoraban; viendo a su patria, su católica patria, profanada por la conquista de unos advenedizos bandidos, y a sí mismo, próximo a dejarla en calidad de desterrado, camino del extranjero.

Mientras esperan las nuevas órdenes de sus superiores, los catorce compañeros del Hermano Pro observan cuanto les es posible la distribución ordinaria del noviciado. Todas las mañanas oyen misa en una casa particular o en alguna pequeña capilla en los suburbios de la ciudad.

Durante el día se reúnen para orar y comunicarse las últimas noticias e impresiones; todos y cada uno de ellos sale de estas reuniones prohibidas, como en otros tiempos los cristianos de las catacumbas, más decididos que nunca a ser fieles a Jesucristo y a su santa vocación.

El H. Pro se muestra, como siempre, alegre y expansivo, dando de mano a sus propias penas para regocijar a sus Hermanos. Los acompaña a paseo, y aun en circunstancias tan críticas y ante tan inminentes peligros, les ofrece momentos de

solaz y descanso: ya improvisa chispeantes coplas, que canta él mismo acompañándose con la guitarra, ya remeda, con una mímica perfecta, diversas escenas de la vida del noviciado. Aun los más tristes recobran su alegría, y gracias al H. Pro, la unión y el entusiasmo, notas predominantes de aquellos aciagos días, reinan entre los jóvenes religiosos, que hoy día guardan de aquellos malhadados tiempos el mejor recuerdo.

¡Cuánto hubiera deseado el H. Pro ser entonces sacerdote! Hace, sin embargo, cuanto puede para consolar a los que sufren. Se entera de que una pobre anciana se halla en sus últimos momentos abandonada de todos. Inmediatamente se presenta en el aposento de la pobre vieja, y pasa 24 horas a la cabecera de su cama para prestarle sus servicios; en la agonía le sugiere actos de contrición y de confianza en la misericordia de Dios, y alcanza que muera besando, entre lágrimas de contrición, el crucifijo de sus primeros votos.

Hacia últimos de septiembre la situación parece mejorarse un poco, y llegan a restablecerse las comunicaciones con el Norte de la República, de modo que el camino de Laredo queda expedito.

El H. Pro y sus compañeros reciben la orden de pasar la frontera; se ha fijado como día de partida el día 2 de octubre, primer viernes de mes. Este día se celebra una misa solemne en gracia de los futuros desterrados voluntarios. Se rehacen los grupos, y el Hermano Pro forma parte del primero. Se comprende fácilmente la emoción de la madre y del hijo, que se ven, tal vez por postrera vez, en el andén de la estación; sin derramar una lágrima abraza el H. Pro a su madre, a su hermana pequeña Ana y a sus tres hermanos. Luego, el tren parte hacia el desconocido destierro.

Este trayecto de ferrocarril no está exento de peligros, ya que los partidarios de Carranza y de Villa, que temporalmente han cesado en sus empeños sanguinarios, se muestran siempre amenazadores; acá y acullá los soldados merodean en busca de botín, y a uno y otro lado de la vía se ven vagones destrozados, casas quemadas, puentes destruidos y asolados campos.

Los catorce desterrados llegan, no obstante, sin dificultad, a San Antonio, donde reciben la confortante hospitalidad de los Padres Oblatos, y poco después, el 9 de octubre, al delicioso pueblecito de Los Gatos, en el que los Padres Jesuitas de la provincia de California tienen una casa de formación.

El H. Pro y sus compañeros de estudio entran a formar parte de la casa, que rebosa ya con los novicios americanos; los novicios mejicanos se instalan en dos pequeñas casas de madera que se hallan a poca distancia del noviciado.

A principios de octubre, el aspecto de California es magnífico. El clima es suave, el cielo purísimo. Los Gatos, en particular, es renombrado por sus hermosos panoramas; sus colinas tapizadas de viñedos y sus praderas se extienden hasta perderse de vista en los llanos de Santa Clara.

Los jóvenes mejicanos quedan extáticos contemplando todas esas bellezas, al mismo tiempo que sus almas se templan en los ejercicios espirituales de San Ignacio durante ocho días. Luego, sin más tardar, reorganizan los novicios su vida común, y los estudiantes cogen de nuevo sus libros. ¡Los libros! ¡oh! desgraciadamente son cosa difícil de encontrar, y sobre todo de libros en castellano, la carestía era casi absoluta; se reúnen los alumnos en derredor de una mesa y aprenden el latín y el griego repitiendo oralmente las lecciones del profesor. Lentos, por tanto,

son los progresos, mas con todo, reina una general alegría. La única estufa de petróleo puesta para calentar la sala despide más humo que calor. Después de algunos días de este régimen establecen sus habitaciones en el cuarto piso, en el que un mismo local debe servir de clase y dormitorio.

El carácter llano y sencillo del H. Pro se acomoda sin dificultad a esta vida tan accidentada y llena de aventuras, y todas las contrariedades no son suficientes para aminorarle el buen humor.

Las incomodidades del destierro, entre las que descuellan las molestias de un clima tan diferente del nativo, y el continuo esfuerzo que se ve obligado a realizar dada la penuria de libros de estudios, quebrantan un tanto su ya enfermiza salud.

Mas a pesar de todo esto y del cúmulo de infaustas noticias que de la patria llegan sin cesar, en especial las concernientes a los infortunios que se ciernen sobre su perseguida familia, no malogra ocasión alguna de alegrar a sus compañeros.

Durante los paseos enseña el catecismo a los niños pobres en un inglés casi ininteligible.

Cierto día topó con una numerosa familia de bohemios. Se para con los niños y empieza por contarles algunas historias; luego les habla de Dios, y una vez le han escuchado atentamente, les distribuye unas golosinas como recompensa; mas deseando comunicarse con cada uno en particular, pasa él mismo entre estos sus pequeños amigos, dejándoles junto con el caramelo palabras que van derechas al corazón.

Los novicios americanos que cohabitaron con los desterrados de Méjico conservan de este año de convivencia un recuerdo imperecedero, y cuando se encuentran, el tema favorito de sus conversaciones es el H. Pro, pues todos han experimentado su

exquisita caridad y le han oído narrar en un inglés, mescolanza de latín y castellano, las más cómicas historias, y le han visto remedar, con usa mímica inimitable, los usos y costumbres de los aldeanos mejicanos.

De su estancia en California y de la delicada caridad de sus hospedadores guardan también los jóvenes mejicanos indelebles recuerdos, y no pueden tampoco olvidar las pintorescas aventuras de este año famoso. Cuando años más tarde, el H. Pro quería divertir a sus compañeros de Filosofía o Teología, no tenía más que reconstruir con su mímica, tan propia como perfecta, y con su vigorosa imaginación, alguna de las escenas de la vida de destierro en Los Gatos.

POR TIERRAS GRANADINAS

Al tocar a su fin el año escolar, en junio de 1915, la situación de Méjico no daba esperanza alguna de un próximo regreso de los desterrados a su patria.

En efecto; Méjico, desde el mes de septiembre de 1914, se convierte en escenario de una lucha sin igual entre los dictadores; alternativamente, toman y devastan uno tras otro la capital.

La amistad entre Carranza y Villa se había quebrantado bien pronto, ya que Villa, que en resumidas cuentas había conseguido que su aliado escalara el Poder, no lo encontraba ahora tan sumiso como deseaba a sus mandatos.

En el Sur de la desventurada República, otro general, Zapata, reclamaba la repartición de tierras entre los desgraciados peones que él mismo había soliviantado.

La ruptura entre los tres pretendientes era pública desde el 25 de septiembre.

Villa se dirige entonces hacia el Norte, apoderándose a su paso de todas las riquezas que encuentra, y en la frontera las conmuta por armas americanas. Bien pronto se ve a la cabeza de 30.000 hombres.

Carranza, al ver que Villa se dirige hacia Méjico, se retira a Veracruz, a la que carga de impuestos y entrega al pillaje. En enero de 1915 se juzga ya bastante fuerte para emprender de nuevo la lucha. Con Obregón, famoso general que pone al frente de todo su

ejército, derrota a Zapata en Puebla, obliga a Villa a retroceder hasta Guadalajara y hace de nuevo su entrada en Méjico, donde instala sus reales con intención de dar comienzo a su obra. Se presenta como radical socialista. Ante todo se trata de perseguir a los sacerdotes, y como se hubiesen reunido los católicos en son de protesta, Obregón los dispersa a descarga cerrada.

Carranza se mantiene en Méjico hasta el 19 de octubre, día en que los Estados Unidos lo reconocen como dictador legítimo de todo el Estado Mejicano. Wilson protege a este salteador, en tanto que mantiene cautivo, en El Paso, a Huerta, que muere el 13 de enero de 1916, perdonando a aquél, que considera como el mayor enemigo de su patria.

Poco a poco Carranza consigue dominar el país gracias a los cien mil fusiles y a los cincuenta millones de cartuchos que Wilson le facilita a escondidas.

En diciembre de 1916 es ya el único dueño del país. Impone una nueva Constitución, que redactan sus amigos, hombres todos ellos sin cultura y elevados al Poder por la triunfante Revolución. El 5 de febrero de 1917 el texto está terminado, y Carranza se proclama Presidente de la República.

Esta famosa Constitución, llamada de Querétaro, es una gama de insultos a todo derecho divino y humano. Entre otras cosas se estipula que la enseñanza sea libre; pero, mal que pese a esta libertad, ninguna corporación religiosa, ningún ministro, sea cual fuere el culto al que pertenezca, puede establecer o dirigir ninguna escuela primaria.

Espiguemos sus principales artículos

«Art. 5. La ley no permite el establecimiento de órdenes monásticas, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse.»

«Art. 24. Todo acto religioso de culto público deberá celebrarse precisamente dentro de los templos, los cuales estarán siempre bajo la vigilancia de la autoridad.»

«Art. 27. Las asociaciones religiosas denominadas iglesias, cualquiera que sea su credo, no podrán en ningún caso tener capacidad para adquirir, poseer o administrar bienes raíces ni capitales impuestos sobre ellos.»

«Art. 130. Las legislaturas de los Estados únicamente tendrán facultad de determinar, según las necesidades locales, el número máximo de ministros de los cultos.

»Para ejercer en los Estados Unidos Mejicanos el ministerio de cualquier culto, se necesita ser mejicano de nacimiento.

»Los ministros de los cultos nunca podrán, en reunión pública o privada constituida en junta, ni en actos del culto o de propaganda religiosa, hacer crítica de las leyes fundamentales del país, de las autoridades en particular o, en general, del Gobierno; no tendrán voto activo ni pasivo, ni derecho para asociarse con fines políticos.»

Estas draconianas leyes se ponen en vigor sin demora y sin miramiento alguno. Once Arzobispos y Obispos son deportados a Estados Unidos, dos a Cuba y varios a Europa. Centenares de religiosos y sacerdotes son expulsados. Dos mil escuelas católicas clausuradas.

No era éste, por consiguiente, el tiempo ni momento indicado para restablecer en Méjico una casa de estudios, y así los Superiores del H. Pro decidieron destinar sus súbditos a España.

Salieron, pues, los jóvenes estudiantes de California el 21 de junio de 1915; eran diez y seis. Uno de ellos nos ha facilitado los diversos pormenores del viaje.

La primera etapa los conduce a El Paso; luego, desde aquí, a Nueva Orleans, donde descansan un día. En el tren hace un calor asfixiante y no disponen de otras provisiones que pan y queso. Ataviados de la manera más extravagante, se atraen las miradas y las burlas de los viajeros; pero ¿qué importa?, ahí está el H. Pro, que de todo saca partido para regocijar a sus compañeros. Las siguientes etapas se suceden rápidamente: La Florida, Key West. Pero en la Habana sufren una detención desagradable. El que lleva los documentos y el dinero pasa el primero inadvertidamente la aduana sin pensar en los demás. Los pobres viajeros, tímidos aún como novicios, son aprehendidos y cercados en un rincón de la sala de aduanas, donde esperan durante cuatro horas. Se ven enseguida rodeados de periodistas, a quienes los jóvenes religiosos explican lo mejor que saben lo sucedido; al día siguiente la aventura, embellecida y, naturalmente, corregida y aumentada de manera maravillosa, corría de boca en boca por toda la ciudad.

Aquí se embarcan en el *Buenos Aires* para Nueva York, de donde salen directamente para Cádiz.

A últimos de julio llegan, por fin, a Granada, ciudad en la que el H. Pro debía permanecer cinco años: dos aplicado a los estudios de Retórica y tres a los de Filosofía.

La vida en el extranjero, aun en compañía de huéspedes simpáticos, es siempre penosa. ¡Pero si al menos las cartas trajeran alguna buena nueva o algún motivo de gozo y júbilo de la patria! Mas de Méjico no llegan sino noticias cada día más y más alarmantes.

El H. Pro, que sufre más que ninguno por los desastres de su familia, da al olvido su propia pena para consolar a sus compatriotas. Cuando adivina que la carga se hace sumamente pesada para alguno de ellos, va a visitarle, le hace reír durante una media hora y luego se retira, pidiéndole mil perdones por la molestia que haya podido causarle.

Había adoptado como regla de conducta ser entre sus hermanos como el alegre rayo de sol que regocija y consuela.

Sus coplas, a las que acomodaba en el momento improvisados versos, tenían el don de hacer reír a todo el mundo. Contribuía también a ello, en gran manera, lo inimitable de sus gestos y la vivida expresión de su fisonomía.

Su P. Rector solía decir que él solo valía por todas unas vacaciones.

En 1917, los estudiantes de Filosofía, de Granada, fundaron una Academia de Misiones. Se apresuró el H. Pro a dar su nombre. Su ingenioso espíritu debía contribuir ya desde la sesión inaugural con algo inesperado. Esta sesión, dedicada a las misiones de la China, comprendía poesías, proyecciones, cantos, etc. Hablando del canto, les vino a los organizadores la idea de la oportunidad de cantar en esta ocasión el himno nacional chino; mas no había ningún chino en la casa para enseñarlo.

«Buscadme la música, les dijo el H. Pro, que yo me encargo de buscar la letra».

En la Enciclopedia «Espasa» consiguieron, por fin, encontrar un canto chino. El H. Pro se impuso enseguida el trabajo de adaptar e ella «su» letra. Colocó uno junto a otro un gran número de Ching, Fu, Chang, etc., y al cabo de una hora daba por terminada su poesía, que, por lo menos en el comentario castellano que de ella hizo, parecía magnífica.

La ejecución de la pieza fue un éxito para el H. Pro, que, impertérrito, desempeñó su papel de poeta chino con tanta serenidad y aplomo, que recibió incluso felicitaciones de sus mismos Superiores. El R. P. Provincial, que asistía al acto, fue al principio víctima, como los demás, del engaño del H. Pro, pues precisamente al día siguiente recibió una carta, en la que el autor no daba su dirección más que en chino, y como la contestación era urgente, nada se le ocurrió más sencillo que, teniendo en casa una persona que conocía tan perfectamente el chino, encargarle la traducción. Un estudiante recibió el encargo de llevar al H. Pro el enigmático sobre, suplicándole tuviera a bien el hacer uso de su dominio de la lengua china, traduciéndolo. ¿Qué hacer? Ciertamente que el H Pro sabía alguna que otra palabra china que tiempo atrás había aprendido en su trato con los mineros de Méjico; pero no eran, en verdad, las más usuales... Ayudado, pues, de algunos de sus pícaros condiscípulos, de diccionarios y del vocabulario de los mapas geográficos, consiguió al cabo descifrar la dichosa dirección, con gran contento del R. P. Provincial. Algunas de sus inocentes bromas se han hecho célebres entre sus Hermanos.



En un sainete, vestido de chino

No hemos podido hallar los apuntes espirituales del H. Pro; ellos nos hubieran patentizado lo que él pensaba de sí mismo; los recuerdos enviados por algunos de sus condiscípulos nos dejarán entrever, a lo menos, lo que ellos pensaban de él. El R. P. Rafael Ríos, S. J., nos dice:

> «Sabíamos todos cuándo había recibido malas noticias de su casa, porque en esas ocasiones se mostraba más alegre que nunca, por virtud, para disimular su pena.
>
> »Otras veces no se le echaba de ver que sufría, aunque constaba que tenía malas noticias de trastornos sufridos por sus padres.»

Otro de sus amigos escribe:

> «¡Cuántas veces creíamos todos que sus chistes eran desahogos espontáneos del carácter, y sólo algún gesto súbito de dolor, que alguna vez le traicionaba, descubría a los más observadores que sufría entonces mismo un fuerte dolor de estómago, mientras sólo unos cuantos podían sondear algo de

las heridas con que hacían sangrar su corazón las prolongadas desgracias de su familia, parte vistas con sus ojos, parte sabidas, mes a mes, por la correspondencia!

»Estoy del todo persuadido de que muchísimos actos muy hermosos de su virtud los ocultaba él bajo las bromas, de modo que no parecían sino espontaneidades suyas. Así disimulaba ofensas, hacía mil favores y servicios, divertía a sus Hermanos estando él con sus dolores de estómago o sus aflicciones de familia; hubo vacaciones mayores que se las pasó casi sin divertirse, preparando festejos con que divertirnos; esto tal vez no todos lo apreciaban por considerarlo natural, sobre todo en aquellos tiempos de amargura por la suerte de sus padres, pobreza de su familia, etcétera».

El temperamento ardiente del H. Pro le llevaba algunas veces, bien a pesar suyo, a incurrir en faltas que, aunque casi imperceptibles, sus Superiores se veían con frecuencia obligados a corregir, a pesar de la elevada estima en que lo tenían. Con estas amonestaciones, que recibía con profunda humildad, llegó a conseguir un verdadero desprecio de sí mismo, y lejos de abatirse y desanimarse, adquirió el hábito de tomar únicamente a su *Padre Dios* por testigo y juez de sus acciones.

«Realmente, al H. Pro, nos dice uno de sus compañeros, le importaba muy poco la opinión de los hombres, y esta alta posición espiritual ayudaba a maravilla a su carácter arrojado y flexible para salir airoso de los trances más apurados.»

Ni aun las mismas humillaciones recibidos en público enfriaban ni en una tilde su alegría y fervor.

«Siempre se mostró, nos afirma el susodicho compañero, superior a esta miseria de la honra humana.»

Dignas de especial mención son las actividades catequísticas del H. Pro en los pueblos vecinos de la hermosa vega Granadina.

Su celo incansable, su particular talento en adaptar las más sublimes verdades de nuestra religión a las inteligencias menos desarrolladas, y su habilidad en echar mano de cien mil recursos para conservar la atención en sus heterogéneos auditorios, mostraban a ojos vistas los dones con que le había adornado la providencia, y que después habían de constituirle el apóstol modelo de nuestros tiempos,

Para subsanar en un tanto las deficiencias de la instrucción religiosa de los gitanillos de Albaicín, fundó él mismo una catequesis, que puso bajo la advocación de nuestra Señora de Lourdes, y que sostuvo y dirigió con general satisfacción hasta su partida hacia Nicaragua.

Años más tarde, cuando los Hermanos catequistas, sus sucesores, contaron en dicho catecismo de Lourdes el martirio del Padre Miguel, como solían llamarle, era de ver no sólo las lágrimas de todos los que le habían conocido, sino principalmente cómo se recordaban mutuamente muchas escenas de su valor apostólico, como si hiciera poco tiempo que había estado entre ellos y no hubieran transcurrido ya once años.

Desplegó también su celo en otros varios catecismos, ya como mero catequista, como por ejemplo en los pueblecitos de Fargue el Alto, de Lanjarón, de Huétor Santillán, de Alfacar, ya como Superior, como por ejemplo en la catequesis de Albolote; durante una temporada enseñó también el catecismo en el hospital

de los Reyes Católicos de Granada. Mas dejemos la palabra a un compañero de correrías apostólicas, al P. Marcelino Moreno, que nos retrata al P. Pro en medio de sus catequizados.

«Fui compañero suyo de 1915 a 1920. Los Superiores nos pusieron juntos casi siempre en los grupos de Hermanos que se señalaban para enseñar el catecismo.

»Recuerdo con mucho cariño estos nuestros primeros ensayos apostólicos, en que el P. Miguel demostraba ya con claridad lo que había de ser luego, un varón consagrado por entero al bien y salvación de las almas hasta sacrificarse todo por ellas.

»Pude observar en él, en los catecismos a donde íbamos juntos, un celo incansable por el bien de las almas, una habilidad y variedad de recursos asombrosa para enseñar al pueblo los rudimentos de nuestra fe, y como a esto se añadía el buen humor y aquel gracejo que nunca le abandonaban, de ahí que dondequiera que iba se llevaba de calle a la gente; grandes y chicos le rodeaban para oírle, y durante horas enteras le escuchaban con atención, y él de cuando en cuando los entretenía a todos con bromas muy discretas y oportunas que excitaban la hilaridad de su auditorio.

»En la catequesis de Albolote, en la cual fue Superior de los Hermanos catequistas, hizo muchísimo fruto; acudían centenares de niños y niñas a ella, con un orden y organización admirables. Yo mismo vi cómo llegaban a la iglesia las escuelas enteras de niñas con sus maestras a la cabeza, y se iban colocando por orden en los bancos de la iglesia. El H. Pro enseñaba él solo el catecismo a dos escuelas y tenía atentísimas a todas las niñas.

»Se hizo popularísimo en todos los alrededores de nuestro colegio. En Sanjarrón iba yo con él al barrio de Santa Ana, y lo

mismo era llegar allá el *P. Miguel* que salir de sus casas las familias enteras, que cerraban con llave la puerta de su casa y le rodeaban enseguida, formando una muchedumbre de personas mayores.

»Realmente, el H. Pro tenía la cualidad de hacer lo que quería de la gente; todos, buenos y malos, se rendían a él».

Hasta aquí el P. Moreno. En confirmación de todo lo cual, vaya por vía de ejemplo este elocuente episodio:

El jueves de la Ascensión, día en que se celebraba con toda solemnidad la comunión general de los niños de cierto catecismo, observó el H. Pro que en la plaza pululaba una multitud de hombres que se entretenían en ir pasando buenamente el tiempo. Iba a comenzar la misa. Entonces, la maestra, por particular coincidencia, le indica a nuestro Hermano catequista que de todos aquellos hombres ni siquiera uno acostumbraba a traspasar los umbrales de la iglesia. Oído que la hubo el H. Pro, se adelanta resuelto hacia ellos, y con aquel ingénito buen humor y amabilidad que le caracterizan, les invita a la función y a cumplir además con el Precepto. Se miran unos a otros llenos de estupor por tal invitación, para ellos tan desacostumbrada, mas pronto, impulsados por un como resorte común, no pudieron resistir a la amable invitación del joven jesuita y le siguieron todos a la iglesia.

Durante su estancia en Granada tampoco se desmintió jamás su caridad. En la epidemia de gripe de 1919, la mitad de la comunidad, que se componía de más de 150 personas, tuvo que guardar cama. Los que cuidaban los enfermos se ponían en peligro inminente de contagio, mas a pesar de todo, el H. Pro fue uno de los primeros en ofrecerse. Su delicada salud hizo que el Superior se limitara a agradecerle su ofrecimiento, mas su natural

elocuencia acabó por convencerle. Día y noche, durante quince días, se entregó sin reserva a los enfermos hasta agotarse; retirado en una sala aparte del edificio, vive separado de la comunidad a fin de evitar nuevos contagios; cuando ve pasar a sus Hermanos por debajo de la ventana, los invita con signos de alegría a que vengan a unirse a él; hace como quien tañe la mandolina, cosa que para él significa lo supremo del gozo... Los atacados de la enfermedad recuerdan aún sus visitas; es que poseía, en verdad, un talento peculiar para levantar los ánimos. Actor de primera clase, comunicaba una fuerza de expresión tal a sus más sencillas historias, que aun los más abatidos no se resistían.

Por fin cayó él mismo enfermo y tuvo que acostarse. Pero el buen humor y la alegría los conservó igualmente. Con todo, uno de sus Superiores, que le conocía a fondo, nos asegura que su animada viveza obedecía únicamente a la más meritoria caridad. Le ocurría con frecuencia divertir a sus compañeros en medio de agudísimos dolores de estómago, y mientras los otros seguían aún riendo, debía él retirarse a su cuarto y echarse en la cama quebrantado por el dolor.

Bajo la dirección espiritual del P. Topete iba con frecuencia el H. Pro, con algunos otros estudiantes de la casa, a pasar varias horas al hospicio, del que cuidaban las Hermanitas de los pobres, para ayudarlas en los más humildes quehaceres. Hacían las camas, barrían las salas, vestían y lavaban a los ancianos, y ponían fin a sus tareas con una sencilla lección de catecismo.

Entre otros múltiples actos de acendrada caridad que se conservan frescos en la memoria de sus compañeros, uno nos permite vislumbrar cómo no se había menguado en este tiempo su amor a los pobres. Oigamos al ya citado P. Marcelino Moreno:

> «En aquellas vacaciones se distinguió también por su caridad en visitar y socorrer a algunos enfermos pobres; recuerdo todavía que muchas tardes fue a visitar a un pobre enfermo que vivía en una mísera casucha cerca de Gayumbar, y solía llevarle huevos y frutas que pedía al despensero después de haber obtenido licencia del Padre Superior. Estas limosnas solía siempre acompañarlas con palabras de consuelo, exhortando al enfermo a la resignación y a ponerse en manos de Dios y a recibir los Sacramentos».

De dónde sacaba arrestos para llevar a la práctica virtudes tan heroicas, me parece entreverlo en esta frase de un testigo ocular: «Recuerdo que varios decían que parecía otro en tiempos de ejercicios espirituales; casi todos los tiempos libres se los pasaba hincado de rodillas en la capilla,

Mas lo acendrado de su caridad se manifestó en particular en multitud de delicadezas con sus Hermanos en religión. En todos los sitios por donde pasó, durante su accidentada vida, ha dejado un recuerdo inolvidable de su caridad. Sus compañeros conservan como verdaderas reliquias los billetes de felicitación que no dejaba nunca de mandarles con ocasión de su santo o de su primera misa; a veces se contentaba con dibujar caricaturas referentes a acontecimientos de la vida religiosa, pero con más frecuencia algún sabroso epigrama acompañaba el esquema, en el que se reconocían fácilmente los rasgos característicos de su espíritu fino y jovial.

El H. Pro poseía, en efecto, un talento extraordinario para hacer caricaturas, y así desde sus primeros años de vida religiosa le fue confiado el dibujar los programas para las fiestas íntimas, pues estaba dotado por la naturaleza del don de coger con suma

rapidez el lado cómico de las personas y de las cosas, con la particularidad de que en un abrir y cerrar de ojos lo trasladaba al papel.

No empleó, sin embargo, su talento de artista únicamente en cosas de diversión o de poca monta, pues durante un curso entero en todas las clases de biología dibujó las figuras que el profesor necesitaba para la mayor inteligencia de sus explicaciones, pintándolas con yeso en la pizarra, donde la vanagloria se borraba con la misma rapidez que la obra maestra.

En lo tocante a los estudios nos ha facilitado el P. Pulido estos pormenores: «Para la Metafísica no tenía grandes cualidades; su talento era eminentemente práctico; le costó sin duda haber caído en el examen de segundo año de Filosofía, del curso mayor, pero llevó el fracaso con su paz y guasa acostumbradas. En cambio, en Sarriá hizo muy buen curso de Teología moral; el Derecho Canónico le encantaba; la sociología era su fuerte; en la teoría y práctica de ella hizo grandes progresos en muy breve tiempo».

Su cabeza, por consiguiente, no le permitía vacar con excesivo interés al estudio de los preceptos de Retórica, así como tampoco permanecer abismado por largo tiempo en las profundidades de la Metafísica; se trataba, sin embargo, de organizar una fiesta de familia o de prestar algún servicio, y siempre, infaliblemente, se le veía llegar el primero.

Otro de sus compañeros nos corrobora esta aserción con las siguientes palabras:

> «De las cosas edificantes que más llamaron la atención de todos, una fue lo pronto que era para servir en cuanto se ofrecía; ocurría, por ejemplo, alguna vez que faltaban sirvientes para la

mesa, que no había quien hiciera la lectura en el comedor, etc., y ya estaba allí el H. Pro para suplir la falta.

»Era también notable el tino que tenla para darse cuenta enseguida de lo que faltaba a los demás en la mesa y para proveerlos de ello».

Coronemos estos apuntes de la estancia del H. Pro en Granada con el testimonio del que entonces fue su Rector, el P. Valentín Sánchez. La autoridad de sus palabras avaloran en más quilates los elogios que le tributa.

«El talento del H. Pro para las estudios especulativos o abstractos, escribe, no traspasaba lo ordinario, pero sobresalía en las cosas de la vida práctica y en la manera de tratar con el prójimo. Espíritu naturalmente alegre, nada dejaba traslucir al exterior de las penosísimas emociones que le producían las noticias de la persecución de su patria y de sus padres, despojados en gran parte de sus bienes por la revolución.

»Su caridad para con sus Hermanos en religión era exquisita, y no se desmintió jamás, siempre por el contrario, estaba pronto a prestarles los más humildes servicios, a consolarlos en sus pruebas y a solazados con sus inocentes bromas y sus gestos inimitables.

»Era un religioso fidelísimo a sus ejercicios de piedad, lo cual me hacía ver claramente que su habitual jovialidad no tenía nada de común con la disipación de su espíritu.

»Tuvo que sostener con frecuencia luchas contra el demonio para ser fiel a sus propósitos, y lo hacía con tanto vigor y fuerza, que siempre triunfaba».

Fue el H. Pro en Granada, como lo había sido en Méjico y en los Gatos, un agradable compañero, que bien pronto se hizo popular y se captó general simpatía. Alegre, siempre afable, y sobre todo sinceramente caritativo, se ganó desde los primeros días los corazones de todos. Su recuerdo perdurará indeleble en la casa de Granada, donde vivió cinco años. Por singular coincidencia, el cuarto habitado por él durante los años de Filosofía pasó ya, antes de su muerte, a formar parte de una nueva capilla.

En uno de sus muros se ve una fotografía del H. Pro, con una inscripción, que recuerda a los que allí van a orar la memoria de nuestro mártir.

En 1920 terminó sus estudios de Filosofía, y ¿qué hacer? ¿entrar de nuevo en Méjico? Cierto que el Poder no se hallaba ya en las mismas manos, pero había ido a parar a otras todavía peores.

Carranza, en verdad, a principios de 1919 había cambiado algún tanto de táctica; los católicos habían concebido halagüeñas esperanzas; uno tras otro, los obispos volvían del destierro. Desde el 27 de diciembre de 1918, cierto periódico anunciaba que los católicos recobrarían su aniquilada libertad. El mismo Carranza confesaba que los párrafos de la Constitución relativos a la religión habían traspasado la medida.

Esta fue, sin duda, una de las causas de su caída, pero el fin rápido, trágico, que tuvo, fue en realidad de verdad preparado por Obregón, puesto que no aprobaba la elección que Carranza había hecho del embajador Bonillas para candidato a la Presidencia; Obregón se juzgaba sólo él digno de tal honor. Hace alianza con el antiguo gobernador del Estado de Sonora, Calles, y declara la

guerra al Presidente, que justamente por aquel entonces acababa de anunciar las elecciones. Carranza, con todo, traicionado por su propio ejército, tuvo que huir a las sierras, y después de la total derrota en Aljibes de los soldados que le habían permanecido fieles, tuvo que refugiarse en una miserable cabaña en Tlax-calantongo, hasta que un día, cuando disimuladamente descansaba entre unas cañaverales, sus enemigos, a boca de jarro, descargaron sobre él sus armas.

Durante el verano de 1920, Obregón prepara las elecciones anunciadas para el otoño. El porvenir, sin embargo, era sumamente incierto para aventurarse a abrir colegios en Méjico. Así, pues, el H. Pro empezó su vida de apostolado en la América Central. Le destinaron a Granada, de Nicaragua, donde los jesuitas mejicanos dirigían un internado.

El clima de esta ciudad, como el de casi toda esta República, es excesivamente caluroso. El colegio está situado en las riberas de un lago, en pleno campo; a la llegada del H. Pro, sin embargo, las bellezas de la naturaleza no compensaban las incomodidades de una casa a medio construir; con frecuencia, las víboras, abandonando el abrigo de los vecinos matorrales, se deslizaban en los cuartos de los Padres y sobre las camas de los alumnos.

Estos dos años que el H. Pro residió en Granada fueron, a buena fe, los más difíciles de toda su vida religiosa; tuvo que sufrir el carácter algo avieso de ciertos chicos; se tomaban como efectos de la disipación las bromas del joven inspector, y los esfuerzos, algunas veces heroicos, que hacía para mostrarse alegre, no fueron de todos comprendidos. En fin, permitió Dios que hasta en materias delicadas fuese falsamente acusado cerca de sus Superiores. Con todo, ayudado de su Padre Espiritual, el P.

Bernardo Portas, a quien franqueaba de par en par las puertas de su alma, pudo sobreponerse a todas estas dificultades.



De maestro en Nicaragua, en un día de campo (1921).

Este Padre, que por consiguiente conocía bien a fondo la realidad de los hechos, escribe con admirable seguridad: «Lo que en el P. Pro parecía disipación, me consta que no era sino esfuerzo por disimular sus penas, junto con un natural alentado y guasón de suyo». «Era —continúa diciendo el mismo Padre—, de conciencia muy delicada, y aunque parezca incompatible con su carácter decidido, cándido y dócil como un niño. Sufría penas interiores y llevaba hasta el extremo la delicadeza de su caridad.»

El primer año tuvo a su cargo la vigilancia de los externos y medio pensionistas, y en los tiempos que le quedaban libres durante el día daba clase a los pequeñitos, y por la noche, durante una hora, a los criados del colegio, que por cierto, como atestigua el citado P. Pulido, «le querían entrañablemente».

El año siguiente fue inspector de los internos mayores; siempre alerta, les seguía a todas partes; dormía, o mejor, trataba

de dormir, en una de las camarillas vecinas a las de los niños. ¡Qué de cosas podría contar esta camarilla!, decía él más tarde, recordando la historia de estos penosos tiempos. Con frecuencia, los escorpiones caían desde el techo sobre la cama; con más frecuencia todavía tenía, ya que tranquilizar a los pequeños que los escorpiones rodeaban, ya calmarlos cuando las violentas tempestades, tan frecuentes en aquel país, hacían temblar toda la casa, ya cambiar de lugar algunas camas para preservar a los niños de las goteras que el techo dejaba pasar libremente por un sinnúmero de grietas.

En los recreos ponía particular empeño, a pesar de los excesivos calores, en poner en movimiento a toda su gente menuda, para lo cual organizaba variados deportes y tómbolas, en las que los números o recibos servían para la adquisición de nuevos juegos. Pero sobre todo les daba ejemplo, y a la una del mediodía, bajo un sol canicular, se ponía él mismo a jugar y a saltar para estimular a los niños, aunque su estómago, tan achacoso, a la verdad, pedía otro régimen. Otras veces, a pesar de que él se hallase enfermo, en cuanto veía a uno de sus Hermanos algo delicado, se ofrecía enseguida él mismo para reemplazarlo en sus trabajos y ocupaciones.

Como los alumnos hablaban un dialecto especial, el H. Pro se puso a aprenderlo sin demora, a fin de ganarse con esta delicada atención el corazón de sus discípulos.

En vacaciones, cuando veía a sus compañeros agobiados por los trabajos y el calor, tomaba una guitarra y los solazaba con variadas canciones populares mejicanas, que gracias a su hermosa voz ejecutaba a perfección.

Tampoco aquí se menguaron sus fervores catequísticos, pues prestó su colaboración a las catequesis, en particular durante el primer año, ya que no estaba tan ocupado con los chicos. «Como tenía tanto don de gentes, nos dice un testigo ocular, y se metía sin miedo con todo el mundo, sus doctrinas resultaban muy amenas y concurridas.»

HACIA EL ALTAR

Terminados sus dos años de magisterio con general satisfacción de sus Superiores, tornó nuestro H. Pro a España en julio de 1922, mas sin poder pisar su cercana patria, donde los suyos residían.

Todas las angustias de un tenebroso porvenir no le hacen perder ni una pizca de buen humor. Durante la travesía ve a un pobre chino que parece sufrir mucho; el enfermo hacía contorsiones que no daban lugar a duda alguna sobre la realidad de su mal. El H. Pro, como buen enfermero que era, se le acerca, y con el aplomo de un profesional le examina el interior de los párpados, le toma el pulso y le mira la lengua. Luego, no pudiendo ya dudar de la causa del malestar, con aire decidido, prescribe el improvisado médico una fuerte dosis de aceite de ricino, sin embargo esta vez no obtuvo resultado. Sin sorprenderse por esto, como si ya previera tan tenaz resistencia, receta una segunda dosis, pero con igual resultado. Prescribe entonces una tercera.

Al día siguiente se paseaba el chino tranquilamente por el puente con una «celeste» sonrisa, diciendo que estaba perfectamente curado, y contando a todo el que quería oírle mil maravillas del famoso doctor que le había restituido la salud.

Se había embarcado el H. Pro en Corintio, puerto de Nicaragua, y desembarcó en el Havre, de donde pasó a España para comenzar sus estudios de Teología en la casa que posee la

Compañía en Sarria (Barcelona), a la sazón aún Colegio máximo de San Ignacio. Durante los dos años que en él permaneció, se dedicó con laudable ahínco al estudio, sobre todo de la moral y derecho canónico, cuyos conocimientos le parecían más inmediatamente necesarios para el desempeño de sus futuros ministerios con las almas. Allí, como en otras partes, resplandecieron en él las mismas pruebas de delicadeza y jovial caridad, a pesar de los acervos dolores de estómago, que cada día iban en aumento.

Queremos por vía de ejemplo referir un caso, que si considerado en abstracto podría por ventura argüir menos sinceridad, tomado en concreto, es decir, conocidas de antemano la mente del Superior y las otras circunstancias de lugar y de tiempo, retratan maravillosamente la ingeniosa caridad de nuestro Hermano.

Un día, por ejemplo, proyectó el llevarlos a tener una merienda en el campo, pero el permiso era difícil de obtener. Mas ¿qué importa? Empieza por hacer las invitaciones y preparar el bagaje; toda su gente se siente feliz sólo con pensar en el placer del día siguiente.

Cuando ya las provisiones están a punto, los reúne a todos y les dice con gran serenidad «Ahora sólo nos falta una cosa: ¡el permiso!»

Algunos no pueden menos de exclamar e indicar su sorpresa; pero el H. Pro, con gran paz, se encarga de ir él mismo a pedirlo al Padre Rector.

—Padre —dice, entrando en el aposento del Padre Rector—, ¿no quisiera usted hacernos el favor de venir a pasar un día de campo con los Hermanos mejicanos?

—Con sumo gusto lo haría —contesta el Padre—, pero estoy sumamente ocupado. —¡Qué lástima!—añade el H. Pro—. Tanto gusto que tendríamos en ir con V. R.

—Muy bien; pero ¿han conseguido ya el permiso?

—No, Padre, porque pensábamos que yendo V. R. no necesitábamos de más permiso.

—Pues yo no puedo ir.

—Bueno —dice el H. Pro sin inmutarse—; entonces, tal vez podríamos ir solos.

Se sonrió el P. Rector, y les dio el permiso deseado.

De su estancia en este teologado nos depara un testimonio, cuyas frases saben a himno, el actual Rdo. P. Provincial de la provincia de Aragón, don José M.ª Murall, compañero por aquella época de nuestro mártir.

Testimonio que si se justiprecia la autoridad de su pluma y se llega a barruntar el alcance de sus palabras, será unánimemente reconocido como el mejor epinicio que hasta el día de hoy se ha compuesto en honor del Hermano Pro.

> «Le conocí, nos dice el P. Murall, en el Colegio de San Ignacio, de Sarria. (Barcelona), donde estuve con él dos años estudiando Teología. Durante todo este tiempo tuve ocasión de tratar muy de cerca al entonces Hermano Pro.
>
> »En él admiré siempre al religioso de virtud sólida nada común. Hombre de profunda abnegación; siempre a punto para todo, en especial para lo que más cuesta a la humana naturaleza, para lo más arduo y difícil. Parecía no tener dificultad en llevarlo a la práctica y como gozarse en acometerlo. Dejar

paseos, recreos, para ocuparse en oficios humildes, era cosa habitual en él.

»Esta abnegación sobresalta cuando se trataba de ayudar y servir a los demás. Hombre de verdadera caridad fraterna. Se creía como obligado a hacerlo. Pasaba horas y horas ocupado en ello, con gran gusto y desinterés. A instancias suyas obtuvo se le nombrara «procurador» de uno de los departamentos del teologado, es decir, servidor de todos en lo más humilde, *onus sine onore* (carga sin honra). Decía no servía para más; fuerza, sí; talento, no.

«Y, a la verdad, obraba con espíritu de humildad. Jamás ponderaba sus servicios; al contrario, parecía se le hacía un favor pidiéndole lo suyo. Obraba con suma naturalidad, como por carácter o expansión; y, sin embargo, lo hacía movido por principios superiores. Bien convencido de que *qui sese substrahit ab obedientia, ipse sese substrahit a gratia* (el que se sustrae a la obediencia, él mismo se sustrae a la gracia). En caso de duda acudía al P. Espiritual, y seguía a la letra lo que le decía. Y conviene notar que en todo este tiempo anduvo bastante enfermo, sufriendo mucho del cuerpo. No sólo no se quejaba, pero aún se reía de sus dolencias, disimulándolas graciosamente.

»Ejemplos que confirmasen todo esto, podríamos citar muchos. Por prescripción rigurosa de los médicos, había de tomar algunos extraordinarios. Pues bien; procuraba ocultar siempre la existencia de la tal prescripción, como si buscase con ello que se le tuviera por hombre menos mortificado.

»Se confesaba a veces con algún compañero sacerdote, humillándose así más y más. »El H. Pro parecía uno de esos

hipócritas de la virtud. Se esfuerzan por aparecer ante los demás vulgaridades, uno de tantos, no obstante ejercitar constantemente las virtudes más sólidas».

Hasta aquí el precioso documento.

No lejos de Sarria está situada Manresa, lugar querido para el corazón de los hijos de San Ignacio, puesto que allí fue donde el gran Santo, fundador de la Compañía de Jesús, hizo por vez primera sus inmortales *Ejercicios Espirituales*.

Durante la semana santa de 1924, el H. Pro obtuvo el privilegio de hacer en aquella santa casa de Manresa sus Ejercicios anuales. Sus tres compañeros tienen fresco el recuerdo del fervor con que oraba en la «Santa Cueva». «Nunca olvidaré, nos dice uno de ellos, esos ejercicios. El H. Pro sabía ocultar su espíritu de mortificación con la alegría que derramaba en derredor de sí. Pero en ejercicios, nuestros cuartos estaban vecinos al suyo, y cada noche le oíamos tomar disciplina con un rigor extraordinario».

En septiembre de 1924 nos lo encontramos ya en Enghien (Bélgica), en una casa de Padres jesuitas franceses, continuando en ella sus estudios de Teología. Trece naciones tenían sus representantes en aquella comunidad. El H. Pro, sin embargo, pronto se hace amigo de todos; los recreos de los primeros días resultaban no muy animados, pues se usaba como lengua común el latín, y aun ésta pronunciada por unos a lo francés, por otros a lo inglés o a lo castellano... El H. Pro se dio con todo a conocer bien pronto como un jovial compañero; las dificultades de la sintaxis no le embarazaban, pues cuando las palabras le faltaban, los gestos y la expresión de su fisonomía completaban el pensamiento, que de ordinario coronaba con una caritativa broma.

La prontitud con que siempre estaba dispuesto a tomar parte en los variados quehaceres de la casa, y la exuberante fecundidad con que contribuía al solaz y alegría de toda la comunidad, habrían podido hacer creer a algún espíritu superficial que su caridad tan sencilla carecía de méritos; sus nuevos Hermanos ni se imaginaban en un principio los verdaderos sacrificios que le imponía aparecer siempre de buen humor y la violencia que se tenía que hacer para mostrar en todas ocasiones un carácter alegre, puesto que sus dolores de estómago iban siempre de mal en peor, y con demasiada frecuencia tenía que abstenerse de toda clase de alimento.

Una anécdota que nos puede retratar su espíritu de caridad y de mortificación en esta época, es la que sencillamente nos narra en el siguiente párrafo, escrito desde Warelles, quinta de veraneo donde los estudiantes jesuitas de Enghien descansan de sus tareas escolares:

> «Estamos en plenas vacaciones mayores.
>
> »Yo voy y vengo a Enghien todos los días, llevando a los teólogos la correspondencia. Esto da ocasión a que por el camino me moje con el agua, que no cesa en este país, y llegue hecho una sopa (o gazpacho) a esta deliciosísima casa de campo».

Durante el primer año de su permanencia en Enghien, su salud fue regular, de modo que le permitió asistir a todas las clases, ya de Teología, ya de Sagrada Escritura, y aun en sus ratos libres repasaba la moral bajo la forma de casos de conciencia, que procuraba resolver aplicando los principios ya estudiados. Los días de vacación reunía de ordinario a algunos Padres americanos y les ponía sobre el tapete de la discusión las soluciones por él dadas, y

cada uno ventilaba las dificultades que se le ofrecían. El apostolado que ansiaba ejercer cerca de los obreros estimulaba su celo y le daba nuevas fuerzas. Leyó y releyó las sabias encíclicas de León XIII, adquiriendo así ideas claras sobre la doctrina social de la Iglesia, y las resumió en ordenadas síntesis tan sencillas como claras y preñadas de doctrina.

A principio de enero de 1925, el P. Raoul Plus expuso en Enghien una serie de conferencias sobre «La entrega de sí mismo a Dios y a las almas». Patente es a todos la manera habilísima con que el P. Plus ha sabido desarrollar la doctrina de la presencia de Dios en nosotros por medio de la gracia. El H. Pro quedó vivamente impresionado, y con frecuencia, aunque con discreción, hablaba sobre este pensamiento, que en verdad le consolaba sobremanera.

A uno de sus Hermanos, conocedor de los insomnios que padecía y que no salía de su admiración al verle siempre tan risueño y tranquilo, le dijo: «¡Oh..., es que nunca estamos solos!...»

Se le veía con frecuencia en la capilla hincadas las rodillas y con la mirada fija en el sagrario: es que se acercaba el gran día en el que los más dorados sueños de su vida religiosa iban a realizarse, colmando todas sus aspiraciones. Sin embargo, para purificar más y más el alma de su futuro ministro, quiso Dios, en su bondad infinita, que pasara por terribles pruebas interiores. Se sucedieron largas semanas de abandono, tristeza y temor. En estos días de desolación espiritual, el H. Pro, sumido en angustiosa duda, se preguntaba a sí mismo si los Superiores no le juzgarían indigno de ser promovido a la excelsa dignidad del sacerdocio. Repasaba en su mente uno a uno los años de su vida religiosa, sobre todo los que había pasado en Nicaragua, y acabó por

persuadirse que todo hacía temer que su tan deseada como esperada ordenación sacerdotal sería retrasada. A pesar de todo lo cual y de que los dolores de estómago eran cada día más agudos, el H. Pro aparecía, sin embargo, siempre risueño exteriormente; pero esta terrible angustia oprimía harto pesadamente su alma y, no pudiendo ya más, decidió escribir a su antiguo Padre Espiritual de Nicaragua.

Con tiernas y dolorosas palabras le pinta al vivo el estado de su alma y le da cuenta de la tan temida prueba del retraso de la ordenación. A aquel que le había íntimamente conocido y que con cariño tan de padre le había sostenido en los penosos tiempos de su inspección, pedía ahora su parecer imparcial ¿Cree usted, le pregunta, que los Superiores me concederán la gracia de la ordenación sacerdotal?...

Pero el tiempo de prueba tocaba ya a su fin.

Apenas su carta había tenido tiempo de salir, cuando la alegre noticia, tan ardientemente esperada, le fue comunicada; inmediatamente coge de nuevo la pluma y escribe:

> «No dudo en enviarle esta otra (carta) para darle un notición mayúsculo: me han concedido la misa; ¡el 31 de agosto diré la primera!»

Y continúa con su peculiar estilo, henchido de gracia y alusiones; estilo que en la anterior carta había suprimido:

> «Y era natural, siguiendo los consejos de su acertada férula espiritual, recibí cuando iba a depositar en su real pecho las cuitas que no cabían en el mío, y cuando le abría no sólo el seno de mi alma pura y angelical, sino el coseno y trastienda y la tangente o cotangente de mi corazón sencillo, devoto, místico,

frío y edificante; es natural, digo, que la misa viniera como vino y alegrara a mi ánima beata como la ha alegrado, regocijado, rejuvenecido, animado... en sus tres o cuatro potencias naturales o supernaturales.

»Alégrese conmigo y ayúdeme con sus sacrificios y oraciones a dar gracias a Dios por este nuevo favor, y alcanzar de El que me prepare mejor a recibir tan gran Sacramento.

»Usted querrá, sin duda, hacerme un regalo para la misa, ¿verdad? Pues mire su merced qué hijo espiritual le dio el cielo... yo no me opongo, ¡claro!, ¿qué me voy a oponer? ¡No faltaba más! Por tanto, envíe lo que quiera, aunque sea una carta.

»Si me viera usted (*quod spirituale*), ya no me conocería: me he vuelto místico, ni a tres tirones salgo de la vigésima morada, y... lo digo con rubor: (hasta he escrito a las monjas mis hermanas!

»Bendiga a su cachorro espiritual, que no le olvida in *Corde lesu*.»

Pocos días después, en tarjeta postal de 7 de julio, anuncia a su amigo el P. Pulido la proximidad de las órdenes: «El 19 recibiré el Subdiaconado, el 25 el Diaconado, y hasta el 30 del mes que entra, el Presbiterado.»

Recibió el H. Pro el 31 de agosto de 1925, no el 30, como en un principio esperaba, la ordenación sacerdotal de manos del Excelentísimo Sr. Lecomte, Obispo de Arniens, junto con 20 compañeros, de los cuales 18 eran franceses, uno brasileño y otro de Estados Unidos.

Después de la ceremonia, los misacantanos pudieron abrazar a sus parientes, y aunque el P. Pro había deseado ardientemente

el hacer descender su primera bendición sobre la frente de su madre, con todo, su madre no estaba allí, y sus ojos se le arrasaron de lágrimas. Pero enseguida se sobrepone a su tristeza:

> «Por fin, dice, somos sacerdotes, y esto basta».

Alejado de los suyos, pero tanto más unido con su Padre Dios, desde lo íntimo de su corazón repitió durante todo aquel día memorable una oración que debía ser liberalmente acogida, y así más tarde escribe a un compañero:

> «El día de mi ordenación sacerdotal sólo he pedido al Señor ser útil para la salvación de las almas».

El día siguiente, primero del mes de septiembre, subió las gradas del altar para ofrecer por vez primera el sacrosanto Sacrificio de la Misa en el altar dedicado a San José en la devota capilla doméstica de la casa.

Su primera misa cantada la celebrará cerca de año y medio más tarde, ya entre los suyos, el día de Navidad de 1926, en el magnífico templo del Buen Pastor, de la ciudad de Méjico, cuando la persecución, en su periodo álgido, enlutará con negros crespones la malhadada república.

En varias ocasiones recordará luego con gozo las profundas emociones recibidas en su primera misa, y también una vez la pena que le embargó al verse alejado de su madre. El 13 de mayo de 1926, en una carta escrita al P. Magín Negra, su antiguo compañero durante la estancia en Barcelona, dice:

> «La noticia de su misa fue para mí una consolación tan grande, que sólo se compara a la que yo experimenté en circunstancias análogas... ¿El premio aquí en la tierra? *Introibo ad altare Dei*, rodeado de su familia, al lado de sus padres.., yo

no tuve esa dicha: mi madre no recibió de mi mano la comunión; tal vez mi padre no la recibirá».

«La alegría completa no existe en la tierra».

Entre todas las cartas que escribió a sus compañeros felicitándoles por su ordenación sacerdotal, sólo esta vez aparece la nota triste con el recuerdo de la pena sentida el día de su ordenación.

En adelante ya no volverá a hablar más que de su alegría, y especialmente de la transformación que el sacerdocio ha llevado a cabo en su alma. Al leer estas cartas, escritas en la intimidad de una antigua y religiosa amistad, y donde palpita un corazón repleto de rejuvenecida vida, se siente cómo la gracia del sacramento lo ha transformado por completo.

El 8 de junio de 1926 decía en carta dirigida al P. Juan Antonio Cavestany:

«Aunque no he recibido noticia de su próxima ordenación, creo que para estas fechas ya habrá ido ésta a llenar su alma de consolación y dicha. Yo me uno muy de corazón a ella y me gozo y regocijo sinceramente con usted. Justo es que su contento sea el mío, como el dolor de la muerte de su padre también lo fue y como mis alegrías y tristezas hallaron fiel eco en su corazón de hermano.

»Muchas cosas hubiéramos charlado, si el Señor me hubiera concedido la gracia de ir a Sarriá, que por esta carta no se pueden decir, a propósito de su ordenación. Con todo, voy a decirle a Ud. una que mejor que yo ha comprendido, y que en su oración diaria el Señor le ha hecho ver más claramente en estos

inolvidables días de preparación próxima para el sacerdocio. Hablo por experiencia propia, y a Ud. que me conoce.

»Yo no he hallado en toda mi vida religiosa un medio más rápido y eficaz para vivir muy estrechamente unido a Jesús que la Santa Misa. Todo cambia de aspecto; todo se mira bajo otro punto de vista; todo se amolda a horizontes más amplios, más generosos, más espirituales. No será Ud. el Juan Antonio de antes; algo más divino va a inundar su alma, y a trocarla por completo; y ese algo que en el carácter se le va a dar, y que no es otra cosa que la plenitud del Espíritu Santo, va a consumir todo lo que de humano quedaba, para avivar su vida divina, su participación más estrecha y real al *Consortes divinae naturae*...

»Yo, Padre mío y Hermano muy querido en el Corazón de Jesús, le felicito con toda mi alma; yo he sentido y siento, aun en medio de mis tibiezas, una fuerza superior que me hace ir adelante, y que muy pronto va a recibir Ud. Desde ahora, para ese día le envío mi abrazo más apretado y fraternal, y beso desde aquí esas manos elegidas para ser el trono de Jesucristo.

»Bendígame a mí, a los míos yo por mi parte le ofrezco mis oraciones de un modo especial estos días... ¡Adiós y hasta el cielo!»

Esta carta, tan Impregnada de amistad sobrenatural y de profundas miradas sobre la sublimidad del estado sacerdotal, no es más que un resumen de la larga carta que algunos días antes había escrito al P. Benjamín Campos, el cual había ingresado en el noviciado de El Llano el mismo día que él.

«Muy querido Hermano en Jesucristo:

»Ayer recibí su postal, en que me da usted la grandísima noticia de su próxima promoción al sacerdocio; gracias a usted por tan buena nueva, y gracias a Dios por beneficio tan grande.

»Mi querido Padrecito Campos, si en vez de emborronar una carta pudiera yo platicar familiarmente una media hora con usted, le diría el gran consuelo que sentí al saber la noticia oficial de que usted va a subir al altar...; tengo costumbre de bromear, pero ahora quiero hablarle con toda sinceridad.

»Hace cerca de un año que tengo la dicha de decir misa; la alegría que se siente no se parece a nada de este mundo bajo: es algo superior, espiritual y divino. Despójese usted para siempre de su antiguo Benjamín, porque, aunque usted no quiera, va a sufrir una transformación radical. El Espíritu Santo va a darse a usted de una manera especial el día de su ordenación; va a destruir todo lo que quedaba de humano en ese pobre corazón de tierra; se admirará usted de ver cambiado, *in melius,* esa pobre naturaleza que nos juega tan malas pasadas; y esto no solamente en las grandes líneas de su vida nueva, sino en las pequeñas menudencias de su vida cotidiana.

»¿Tengo la misma voluntad que antes tenía? ¿Mi manera de pensar, de juzgar, de decidir, es la misma? ¿Los ideales de santidad que había acariciado durante los largos años de mi vida religiosa son los mismos?

»Mi querido Padrecito Benjamín, si cree usted a la corta experiencia de un pobre *minero*, esté usted seguro de que no será mañana lo que es hoy.

«Hay algo en mí que antes no había sentido nunca, y que me hace ver las cosas de otra manera; eso no es fruto de los estudios, ni de nuestra santidad, más o menos sólida, ni de nada

que tenga el sello personal y humano. Eso viene del carácter sacerdotal que el Espíritu Santo imprime en nuestras almas; es una participación más estrecha de la vida divina que nos eleva y nos deifica; es una fuerza superior que hace accesibles los deseos y las aspiraciones que hasta entonces no habíamos podido realizar.

»Sin embargo, ese cambio no lo había yo sentido antes de estar en contacto con las almas. Dejo de lado las falsas humildades, para abrirle de par en par mi pobre corazón de Hermano. De una manera o de otra, durante mi teología, estuve cerca de seis meses ocupado en el ministerio, y puedo asegurarle que Dios nuestro Señor se ha dignado tomarme como instrumento para hacer el bien. ¡Cuántas almas he dejado consoladas, cuántas penas he hecho desaparecer, qué valor he inspirado a las almas para seguir el difícil camino de la vida! Dos vocaciones casi perdidas han vuelto a reanudarse; un seminarista decidido a dejar la sotana sigue con nuevo valor los designios de la Providencia.

»Evidentemente, no era yo el que hacía todo eso: no tengo sino fijarme en mi manera de proceder, en mi temperamento, mis disposiciones y mis estudios. A veces quería decir *negro* y decía *blanco*, y era precisamente blanco lo que había de decir.

» ¿Podría yo glorificarme de mis dones humanos, cuando evidentemente ve usted que no me habrían dado ningún resultado? Si he hecho algún bien, es claro que lo debo a la gracia de mi sacerdocio, al Espíritu Santo que me gobernaba, a algo que no tenía nada de humano.

»Estas cosas no las había sentido antes de mi ordenación. Vea usted: hablo en el púlpito con facilidad y doy lecciones a

quien sabe más que yo; pero la lengua habla da la abundancia del corazón, y estoy agobiado de gracias que el Señor me ha hecho desde el dichoso día de mi ordenación; no puedo decir sino lo que decía el profeta *De stercore pauperem ut collocet eum cum principibus populi sui* (levanta del estiércol al pobre para colocarle con los príncipes de su pueblo).

»Va usted a recibir la misma gracia de que yo gozo; el consuelo que sentí al saberlo, me ha hecho emborronar esta pobre carta sin orden ni plan, pero escrita con la mejor voluntad que puede usted imaginar.

»Adiós. Que el Señor le bendiga. No le he olvidado a usted un solo día en la Santa Misa; pero sepa usted que en adelante pensaré en usted de manera especial, para dar gracias a Dios y para que se prepare usted lo mejor que pueda».

Su Hermano en el Corazón de Jesús,

Miguel.

27 de mayo de 1926.



PRIMICIAS DE APOSTOL

Durante el mes de septiembre salieron ya los noveles sacerdotes a romper sus primeras lanzas en varios ministerios.

El P. Pro, que llevaba un año escaso de estudio de la lengua francesa, no estaba todavía en condiciones de dejarse llevar en alas de su celo. Era éste, sin embargo, tan ardiente, que pronto dio con algunas salidas. Una fue el pedir ahincadamente, hasta conseguirlo, el que se le nombrara con frecuencia para ir a celebrar la misa, ya a la vecina parroquia, ya al convento de las Hermanas de la Caridad, pues en estas misas se distribuía la Comunión a gran número de fieles, y «Esto me consuela —decía—, de no poder ejercer los ministerios en Enghien, como los estudiantes franceses.»

Además pasó parte de estas vacaciones en Fayt-lez-Manage, en donde la J. O. C. (Juventud obrera católica) había organizado una semana de estudios para los directores de la asociación, y mientras charla largamente con los jóvenes obreros venidos de las cuatro extremidades de Bélgica, traza sus planes para implantar en Méjico las maravillosas organizaciones de los obreros católicos belgas.

Algo después obtiene permiso para ir a visitar a sus amigos los mineros. En Charleroi baja con ellos hasta lo más hondo de las galerías, y al salir rehúsa todo trato extraordinario para poder más fácilmente familiarizárseles.

«Hizo estas visitas —dice uno de sus biógrafos— con la seriedad de una peregrinación, oyendo las quejas, penetrando el sentido de las palabras con que expresaban los obreros sus miserias y sus cansancios.»

Los obreros acostumbran en Bélgica a viajar en departamentos reservados, y no pocos de ellos están afiliados a los sindicatos socialistas.

Sin titubear entra el P. Pro en uno de estos departamentos de obreros, y finge no caer en la cuenta del poco afecto con que se le recibe.

Sorprendidos por la presencia del sacerdote, los mineros no osan decir palabra. Oigamos cómo el P. Pro nos cuenta lo entonces acaecido:

«Voy a contarle una aventura que me pasó y que podría llamarse *el chocolate del comunista*.

»Iba aburrido, y sin hablar se me movía la lengua; y en el más correcto francés que encontré le pregunté a mi vecino qué estación era aquélla, qué tal el pueblo, etc...

»—*Tiens, monsieur Abbé;* todos somos socialistas.

»—Pues yo iría con gusto a ese pueblo, pues soy también socialista—les dije.

»—*Monsieur Abbé socialiste!!!*

»Y esto bastó para que los diez obreros que iban en el departamento me rodearan.

»—Sí, señores, yo soy socialista, pero no como ustedes, que no saben lo que es eso. ¿Quién me puede decir qué cosa es ser socialista?

»Al fin, uno dijo que era quitarle el dinero a los ricos.

—»Luego ¿son ustedes ladrones? Yo no lo creo; o si lo son, díganmelo, para bajarme del tren.

»Entre risas y alborotos y diciendo mil disparates en francés, les dije cómo eso era irracional, explicándoles lo que yo llamo *«sociología culinaria»;* pero como no podían responderme, salta uno y me dice si no tenía miedo de que me mataran.

»—¿Miedo de ustedes? ¿No saben que llevo un arma defensiva mejor que un revólver?

»—Enséñela, *monsieur l'Abbé socialista*.

»—Ahora mismo; y sepan que ni todos ustedes juntos me podrán hacer nada si no lo quiere este Señor (les dije, mostrándoles un Crucifijo que traigo al cuello), que es mi defensa; con El no tengo miedo a nadie, y estoy seguro que yo les doy más miedo a todos ustedes que ustedes a mí.

»No sólo no se rieron, sino que hasta hubo uno que se quitó el sombrero.

».—¿Y qué piensa usted de los comunistas? —me dijo uno.

»—Que son otros engañados como los socialistas.

»—Pues también somos comunistas.

»—Tanto mejor para mí, pues ya es la una y aún no he comido; y como soy comunista también, voy a tener un banquete con la comida que llevan ustedes.

»Mi salida les hizo reír; y como entonces llegábamos a Chatelineau, adonde ellos iban, se despidieron de mí; y ya casi para partir el tren, sube uno y con la mayor franqueza me da un paquetito con un apretón de manos. Eran unos pasteles de chocolate.

»Bravo por mis comunistas, que me divirtieron, me dieron de comer y no me mataron».

Me imagino que al anochecer, cuando de vuelta de su excursión entraba en su cuarto de estudio, el joven sacerdote pensarla que la oración que había elevado al cielo el día de su ordenación sacerdotal, de ser útil para las almas, había sido acogida benignamente por el Altísimo.

Tal fue el primer contacto del recién ordenado con los obreros y tales fueron las cualidades no vulgares que en él demostró, que le predestinaron para este difícil ministerio, y ya desde entonces fijaron en él su atención los Superiores.

Un valioso documento nos permite apreciar las esperanzas que los Superiores habían depositado en el P. Pro.

El 25 de julio de 1925, cuando aún no era sacerdote, el R. P. Provincial de la Provincia Mejicana escribía al M. R. P. General una carta que pone bien a las claras los talentos del futuro apóstol de los obreros.

El R. P. Provincial, puesto al corriente de las necesidades espirituales de la clase obrera, busca por largo tiempo entre sus súbditos el sujeto que hacía falta... La elección, en realidad, no era fácil. En algunas ciudades, particularmente del Estado de Veracruz, los obreros, gente la mayor parte buena en el fondo, se adherían en gran número al movimiento comunista para no morir de hambre, pues el sindicato les daba hogar y trabajo.

«La enseñanza de la religión, escribía el Padre Provincial, se hace cada día más dificultosa. El gobierno hace de modo que les sea imposible a las clases obreras asistir durante la semana a las clases de catecismo, y prácticamente les obliga a dar sus

nombres a un sindicato que no respeta ninguna ley ni se detiene ante crimen alguno.

»Así el primero del pasado mayo, los comunistas habían puesto en la torre de la catedral una bandera roja y negra; más habiéndose caído ella por sí misma, fue recogida por el cura, que tuvo buen cuidado de no volverla a izar. Entonces los miembros del sindicato amenazaron violentamente al sacerdote y arrojaron sobre él gran cantidad de agua fría. Para poner fin a tan indignas escenas, fue preciso que el gobierno tuviera encerrado al sacerdote durante varios días...»

La ciudad de Oriazaba reunía dificultades que agravaban de una manera especial su situación.

«Aquí es adonde —prosigue el dicho Padre— enviaré al P. Pro cuando llegue la ocasión. En esta ciudad el gobierno se incauta con toda tranquilidad de la propiedad particular, y exige aún las contribuciones, y ¡desgraciado el que se niegue a pagarlas! La vida de los católicos se ha hecho intolerable; es de todo punto imposible reunir a los obreros y aun a sus hijos para enseñarles el catecismo. ¿Se trata de abrir las puertas de una iglesia? Los obreros comunistas tiran enseguida unos cuantos cohetes, pues ésta es la señal convenida entre ellos para juntarse todos en reunión, y quienquiera que falte a tal reunión tiene que pagar una elevada multa. Los agentes del sindicato obrero recorren, además, la ciudad, vigilando si enseñamos el catecismo, pues los obreros que habitan en las casas construidas por el sindicato se arriesgan a ser echados de ellas si permiten que sus hijos o hijas asistan a la explicación del catecismo. La pérdida de la habitación implica también la del empleo...»

Tales contrariedades, como a todas luces se ve, imposibilitan casi por completo el ejercicio del ministerio sacerdotal.

«Yo no encuentro fácil remedio —añade el Padre Provincial—, pero permítame que le haga una proposición a Vuestra Paternidad:

»Está estudiando ahora Teología en Enghien (Bélgica) el P. Pro, pues lo envié allá para que durante las vacaciones pueda dedicarse un poco al estudio de las cuestiones sociales. En realidad de verdad no es el Padre Pro un hombre dotado de extraordinario talento, pero, ciertamente, entre todos los que he enviado allá es el de más sentido práctico. Es buen religioso y como nacido, por así decirlo, para dedicarse a los obreros. Largo sería exponer las causas que me mueven a decir esto... Me ha pedido permiso para vivir y trabajar durante las vacaciones con los obreros; claro está que dejo la decisión de este asunto en manos de los Superiores del Colegio de Enghien. ¡Ojalá se pudiera acceder a su petición! Los Padres jóvenes de nuestra provincia que se están formando ahora en cuestiones sociales constituirán como un núcleo de directores que podrán formar después a otros. Pero este estupendo proyecto no puede llevarse a cabo enseguida, y por otra parte las necesidades actuales nos urgen.

»Pues es de todo punto necesario aquí, ahora, un hombre popular entre los obreros, que tenga trato familiar con ellos, que sepa adaptarse a sus costumbres, que no sólo con sus sermones, sino hasta con su manera de hablar y conversaciones los atraiga; un hombre que sepa infundirles y conservarles el buen humor, que los entienda bien y a quien ellos puedan gustosos y sin embarazo acudir...»



En Bélgica,
con su superior,
1924

Creo que difícilmente se puede pintar un apóstol moderno con pinceladas más halagüeñas ni un retrato más exacto del P. Pro.

> «Aquí él trabajará bien —dice el susodicho Padre al acabar la carta—, pues aunque los obreros mejicanos, en su mayor parte, están inficionados de malas doctrinas, sin embargo, el amor a su religión y la piedad están profundamente arraigados en sus corazones».

Pero antes, con todo, de ser enviado a estos ministerios, debla el P. Pro fecundizar su futuro apostolado con una prueba, temible hasta para los espíritus más fuertes: la enfermedad y la separación de sus propios Hermanos, prueba que en el P. Pro duró cuatro meses, residiendo en la clínica de San Remy, de la que cuidan las religiosas de San José de Chambery, congregación fundada por el Padre Medaille, S. I. en el siglo XVIII.

En el mes de noviembre la dolencia del estómago se agravó tanto que los médicos juzgaron necesaria una operación. Él no se asustó lo más mínimo. Cierto día decía a un grupo de amigos:

—Estoy preparado para morir enseguida.

Al P. Espiritual, que le exhortaba a sufrir la operación, le respondió:

—No temo los dolores físicos.

¡Estos eran sus antiguos amigos!...

La tal operación acostumbra a tener felices resultados, aunque pesadas consecuencias. El P. Pro tuvo que sufrir muchísimo; pero nadie lo hubiera imaginado, pues la misma Hermana que lo cuidaba, siempre tenía de qué reírse, y los amigos que le visitaban pasaban con él un rato la mar de agradable.

La segunda operación fue muchísimo más penosa, pues a causa de su inanición no se le pudo cloroformizar. Los dolores, pues, que sufrió fueron terribles. Una de las religiosas enfermeras que le asistieron, recuerda cómo soportó aquella carnicería sin quejarse, a la vez que estrechaba fuertemente entre sus manos el Santo Crucifijo. Sólo sus ojos, al dar salida a alguna que otra lágrima, exteriorizaban el intenso sufrimiento que sentía.

A pesar de estas operaciones, la curación estaba bien lejos de ser completa. Ya en enero se habla de una tercera operación. El porvenir no se presentaba más placentero que el presente. Mas el P. Pro no se lamenta; sus interminables insomnios le permiten hacer oración durante casi toda la noche.

Entretanto, de su patria no llegaban sino noticias desoladoras. Calles había empezado la serie de sus inauditas crueldades contra la iglesia y contra los católicos.

Además el P. Pro se hallaba solo, y por tanto tenía que sobrellevar todas las angustias, aumentadas por la soledad. De su familia sabia los dolores que tenía que sufrir su madre. Su correspondencia con ella era muy frecuente. La víspera misma de su tercera operación recibió unas breves líneas de su madre, en las

que le decía que cada día se iba envejeciendo más y que temía que cuando él volviese a Méjico ya no la encontraría aquí abajo; y añadía: creo que el Señor me pide el sacrificio de no verte subir al altar.

Y, ciertamente, no lo vio, pues rindió su alma al Señor, el 8 de febrero de 1926, algunos días después de su anterior adiós.

El P. Pro estaba preparado para aceptar esta dura prueba, que ofreció por el bien de las almas, de sus queridas almas, de aquellas almas por las que había rogado el día de su ordenación.

Acostumbran a ser los enfermos egoístas por naturaleza, y aun a veces acaece que los más virtuosos no se distinguen de los otros. Es necesaria, en verdad, una virtud extraordinaria para acordarse entonces de los demás; y esta virtud extraordinaria era la que hacía pensar al P. Pro, devorado por el celo, en sus almas.

Se ha encontrado entre sus papeles más íntimos cierta poesía escrita en francés por una religiosa de Tolosa y publicada el alto 1900 en *Mois litteraire*. Los sentimientos que palpitan en sus estrofas suenan tan al unísono con los del P. Pro, y corresponden tan por completo a su estado de alma, que él mismo se la quiso hacer suya, y así la transcribió de su puño y letra.

Da una visión tan nítida esta composición del alma del P. Pro, y aúna tan maravillosamente su manera de pensar y de sentir, que sus amigos más íntimos creyeron por largo tiempo ser original del Padre; y nosotros creemos un deber el transcribir, por lo menos, algunas estrofas.

A continuación del título, *¡Almas!*, escribió el Padre la siguiente nota.

Bruselas, enero de 1925, en vísperas de mi tercera operación y antes de saber la muerte de mi madre.

He aquí las principales estrofas, según la traducción debida a la pluma del joven poeta José María García, S. J.:

¡Despojadme de todo, Señor, pero dadme las almas!
De los triunfos quitadme las palmas,
la salud, la riqueza, el honor...
Mas haced que en mi pecho ardan luego
las llamas del fuego
que encienden el celo y amor.

Soledad y desgracia y destierro enviadme en la vida...
que no pueda una mano de amigo mi llanto enjugar...
Que no sienta los besos de madre querida;
mas pueda, Dios mío, las almas salvar.

Sí… quiero salvar esas almas que el mundo
arroja en las sendas del mal sin cesar.
Yo quiero que pueda mi acento, Señor, por tu gracia fecundo,
el mundo universo a tu amor conquistar.

¡Caridad de mi Dios, en tu seno me abismo...!
¡Manantial de bondad, sólo hartura hallo en ti!
¡Herid, pues, vuestra víctima, oh Dios, ahora mismo,
porque nada ya es mío... que todo os lo di!

Estas estrofas, que el P. Pro solía releer con frecuencia, ponen de manifiesto la encendida caridad que ardía en su pecho de apóstol. Estas estrofas no eran más que el eco de aquella

oración que había elevado al alto el día de su ordenación pidiendo al Señor ser útil para la salud de las almas.

Que no sienta los besos de madre querida.

¿Quién podrá darse cuenta exacta de lo valioso de este sacrificio?

El P. Basabe, compañero del P. Pro en Enghien, nos lo deja entrever en la siguiente relación:

> «Estando en la clínica (de Bruselas), le llegó la noticia de la muerte de su madre.
>
> »Le escribí el mismo día una carta de pésame, y recuerdo cuán sinceramente me la agradeció el jueves siguiente en que le fui a visitar. Entonces pude apreciar todo lo hermoso de su corazón filial. Siento no poder recordar las frases que aquella tarde oí de su boca, pues serían de las más interesantes páginas de su vida. Dios le exigió el sacrificio cuando ya se estaba acercando el tiempo en que podría verle después de tantos años, y en que podría ella oírle una misa...
>
> «Cuando recibí la noticia, recuerdo que me dijo, me quedé no sé si sereno o atontado. No tenía lágrimas. Pero cuando al caer de la tarde me encontré solo, cogí el crucifijo en las manos y me harté de llorar».
>
> »Me enseñó la fotografía de ella y de toda su familia, y me habló de lo muy consolado que estaba por la muerte santa que había tenido, y el presentimiento dulce que tenía de que ya estaba en el cielo».

Los siguientes párrafos, fechados en Enghien el 20 de mayo, nos descubren harto más profundos los dolores que abrasaron el

corazón del hijo, y nos permiten deletrear una ejemplar lección de conformidad cristiana:

> «El 15 de noviembre del año pasado salí de Enghien, y hasta hace dos días no vuelvo a casa. Durante estos seis meses anduve por clínicas y hospitales, donde fui operado tres veces y donde, en medio de dolores y padecimientos físicos, Dios nuestro Señor quiso enviarme la prueba más dura para mi corazón: la muerte de mi santa y querida madrecita.
>
> »No creo que sea indiscreto si me dirijo a usted y busco en usted consuelo. La pérdida es muy grande; mi corazón siente un vacío que nadie en este mundo podrá llenar. La perfecta conformidad con la voluntad de Dios no se opone al justo sentimiento, y por eso lloro aún a la que fue mi madre, a la que me formó el corazón, a la que con sus lágrimas me alcanzó de Dios mi vocación religiosa y a la que hacía 15 años no volví a ver.
>
> »Ella está ya en el cielo; de allá me ve, me bendice, me cuida; desde allá velará mejor por mí; pero... esto no impide que el hijo huérfano derrame a torrentes sus lágrimas y sienta en su alma una pena inmensa, que sólo Dios puede medir...»

Y ya que hemos apuntado algo del amor que le unía con su madre, no quiero pasar por alto una poesía que nos pone al descubierto su corazón de hermano, pero muy particularmente de hijo. La compuso en mayo de 1925, con motivo de un retrato que le enviaron de sus hermanos Edmundo con su primogénita, Roberto y Humberto. Es de notar en ella que, a pesar de que su ingénito gracejo salpica toda la composición con bromas y chistes tan propios suyos, con todo, en las estrofas en que habla de su padre o madre

el cariño que se respira es tan intenso, que no da lugar a broma alguna. Hela aquí:

VIENDO EL RETRATO DE MIS HERMANOS

LO QUE RECIBÍ

I

Edmundo está con su nena
hecho un tarrico de miel;
su boca dice; «Mi... guel,
¿qué juzgar de mi morena?»
Que... a su carita rellena
caen de perlas sus ojazos,
y esos lindos cachetazos
piden besos al papá,
que uno tras otro dará
cuando la arrulla en sus brazos.

II

Roberto está coquetón
fumando un... canela pura;
es varonil su figura,
noble sin ostentación,
todo su buen corazón
en su rostro se refleja,
y no habrá ninguna vieja
que al mirarlo no se cuadre
y diga: «¡Viva tu madre,
que tales chicos nos deja!.

III

Parece Beto de pie
algo flaco, pero esbelto;
¿que es un muchacho resuelto?
sólo al mirarlo se ve.
¿Sentado?... Yo no podré
decir que vale un comino,
pues tiene un aire de indino,
de pensador... de talento...
que va a dictar al momento
del mundo el nuevo destino.

LO QUE ESPERO RECIBIR

IV

El retrato de un señor
que como preciosa herencia
quiso, al darme la existencia,
darme su nombre y amor.
Y aunque el tiempo destructor
ha plateado su cabeza,
no ha menguado la grandeza
del cariño que me tiene,
que en las luchas me sostiene
y me infunde fortaleza.

V

De una amable viejecita
el retrato ha de llegar
a quien más no puedo amar,

pues tengo el alma finita...
De mi santa mamacita
que de niño me cuidó,
y en sus maternales brazos
rompió del mundo los lazos
cuando al señor me entregó.

VI

Un retrato más y así
veré mi dicha cumplida.
¿Quién falta?... la preferida,
la nanita para mí.
Siempre pretencioso fui,
busqué siempre lo mejor,
y jamás hallé un primor
que colmara mi alegría
como cierta... ANA MARÍA,
que es de mi casa la flor.

LO QUE NO ESPERO

VII

Ver el retrato de dos
monjitas de mis pecados
que ya ni tienen tocados
ni van de la moda en pos.
Dos monjitas, ¡vive Dios!,
que valen un potosí,
pues en ellas descubrí
una «LUZ» que muestra el cielo,

una «CONCHA» de consuelo
que en todas partes sentí.

…………

Cuánto mi alma gozará
el ver mi familia entera,
cuya imagen verdadera
en mi pecho vivirá.
Y ni la muerte podrá
borrar por leves instantes
de esos seres los semblantes,
que como en sagrado templo
de mi corazón contemplo
siempre amados, siempre amantes.

La tercera operación tampoco aportó los resultados apetecidos. La falta de apetito, por su parte, había reducido al enfermo a un estado de extrema debilidad. Entonces fue cuando se pensó que los aires del Mediterráneo quizás restablecerían más rápidamente su quebrantada salud, y así a primeros de abril le enviaron los Superiores a Hyerés (en la Costa Azul), a una pensión de familia a cargo de las Religiosas Franciscanas.

Desde su llegada pidió que le permitieran celebrar la primera Misa cada día, para que así sus compañeros sacerdotes pudieran descansar un poco más; y como le objetaran que él también necesitaba descanso: «Déjenme decirla, contestó; como no puedo dormir, no es para mí gran sacrificio levantarme temprano».

Terminada la acción de gracias de su misa, tomaba apenas el tiempo necesario para desayunar, y acudía a ayudar otras misas.

Un día que la Madre sacristana le aconsejaba que no se tomara este trabajo, contestó:

> «Quisiera yo poder ayudar todas las Misas que se celebran».

Esta fue en verdad una de las devociones que le acompañó toda la vida. En Méjico, durante la persecución, cuando estaba tan cargado de trabajo, como veremos, ayudaba a Misa todas las veces que podía en las casas particulares.

Durante el día visitaba a los demás enfermos del sanatorio, y se esforzaba por alegrarlos y consolarlos, y no perdía ocasión de prestarles los pequeños servicios que estaban a su alcance.

Y como en ley de celoso apóstol no podía permanecer inactivo cuando sus fuerzas se lo permitían, salía por los alrededores en busca de almas que llevar a Dios. El fruto, a la verdad, de estas jiras era palpable; él, por su parte, lo atribuía a la intercesión de su madre: «Es ella, decía, que desde el cielo me ayuda a salvar las almas».

En efecto, él estaba plenamente convencido de que ella ya recibía en el cielo el galardón de sus virtudes. Cierto día, en una conversación con algunos de sus amigos, dijo de pronto con una convicción extraordinaria

> «Mi madre está en el cielo; quería esta mañana decir Misa por el descanso de su alma, pero no pude rogar por ella; estoy seguro de que está en el cielo».

Su celo no se para en barras; no se arredra ante nada ni ante nadie. Un día, para poder confesar a un anticuario enfermo, pasó una tarde entera pidiéndole explicaciones sobre las curiosidades de

la tienda, hasta poder deslizar algunas palabras sobre la importante cuestión de la salvación del alma.

Habiendo salido de paseo otro día, le avisaron que estaba muriéndose un enfermo: corre a la casa que le indican, pero con gran sorpresa suya encuentra a un hombre sano y robusto, que al ver entrar un sacerdote en su casa, le injuria y aun quiere ir a las manos; el Padre procura calmar al encolerizado viejo, y logra escapar sano y salvo.

Una religiosa le habló en otra ocasión de un obrero que cultivaba el jardín del sanatorio y que aún no había hecho la primera comunión, a pesar de los esfuerzos que habían llevado a cabo las religiosas por convertirle. El P. Pro, la misma tarde que recibe la noticia, procura hacerse amigo del jardinero, le dice que ha viajado de Méjico a Europa para darse cuenta de la vida de los obreros y que quisiera charlar un rato con él acerca de esto.

Al día siguiente le recibe en su cuarto ante una mesa bien provista de golosinas. La merienda da ocasión a que se traben agradables pláticas, que llevan al Padre suavemente hasta preguntarle si va a Misa los domingos. En vista del silencio absoluto del muchacho, insiste afectuosamente hasta que logra que le franquee las puertas de su corazón y se desahogue con él contándole su historia: en vista de una injusticia que le habían hecho cuando niño, había hecho el propósito de jamás acercarse a un cura. A fuerza de tacto y amabilidad logra el Padre ganarse completamente la voluntad del mozo, y después de algunas semanas de catecismo le daba la primera comunión.

Si siempre se consagra con gran amor a los trabajos de la salvación de las almas, un amor especialísimo es el que le alienta

en los ministerios con la gente de clase humilde. Una tarde, al pasar junto a la estación donde estaba gran número de obreros esperando el tren, después de haberlos mirado con entrañas de cariñoso padre, dice a su compañero: «¡He aquí las almas que amo!»

En una carta dirigida a sus amigos de España, cuenta las visitas que hace a las magníficas quintas de recreo, donde se vive a lo gran señor, pero todo esto le deja frío... y pone fin a la relación diciendo:

> «De la nobleza de alto coturno pasemos a la plebe de sudado guarache... Allí estoy a mis anchas. Y allí bendigo a Dios por haberme dado la sublime dignidad del sacerdocio.
>
> «¡Qué dicha interior al dejar en paz a una familia obrera desavenida; qué gozo al llevar la comunión a un niño de 94 años; qué alegría al confesar debajo de un árbol a un fornido jardinero italiano, o al comenzar el catecismo a un comunista entre las virutas y serrín de su taller de carpintero!»

Su ardiente celo apostólico no le hace, sin embargo, dejar en olvido las obligaciones de su estado presente: lo han enviado acá para cuidar de su salud, y por tanto se cuida. Mas, fuera de esto, aún encuentra el tiempo excesivamente largo.

Uno de sus compañeros, mejicanos, estudiante por aquel entonces en España, le había preguntado si necesitaba algo, y él, en carta del 20 de abril del año 26, respondiéndole donosamente qué es lo que necesita, dice:

> «Que ¿qué es lo que me falta?
>
> »1.° Paciencia; porque después de tantos años que me sirvo de la mía comienza a aburrirme.

»2.° Trabajo, pues esta vida no se ha hecho para mi carácter y temperamento nervioso.

»3.° Una camella vieja, con una joroba en el lomo, que me sirviera de asiento para hacer mis visitas a los hospitales, a las clínicas, a los sanatorios, a los médicos, a las religiosas...

»4.° Espíritu de fe (en caso de que me fuera imposible tener la camella) para absorber la mezcla de productos farmacéuticos. Puesto que yo no creo más que en un remedio: el aceite de ricino».

Enumera enseguida toda la serie de drogas que se le hace tomar todos los días, y concluye:

«¿Es esto vivir?...»

Por lo demás, la salud del P. Pro no mejoraba, o por lo menos, no tan rápidamente como lo deseaban sus Superiores, en vista de lo cual el P. Rector de Enghien juzgó que quizás los aires natales le serían más saludables, y así insistió al P. Provincial de Méjico para que llamase al P. Pro a su patria. Cuando recibió la noticia el P. Pro de su nuevo destino, se creyó que le daban por desahuciado, y exclamó:

«¿Por qué no me lo dicen? Yo ofrecería desde ahora el sacrificio de mi vida. Para hacer el bien en Méjico, Dios no necesita de mí».

Recibió la orden del P. Provincial de ponerse en camino de retorno a su patria a primeros de Junio, y sin perder tiempo, inmediatamente se dirige a Bélgica. Sus Superiores de Enghien le propusieron que preparase durante algunos días cierto número de tesis y que se examinase antes de su embarque, mas el P. Pro, a

pesar de lo halagüeño del ofrecimiento, no lo acepta, pues no le constaba fuera esa la voluntad de su P. Provincial, ya que nada le había dicho acerca de este particular. Prefiere dejar para más tarde el examen final de sus estudios de Teología, y así, parte de Enghien hacia París el 12 de Junio. Aquí saca un pasaje en el trasatlántico «Cuba», que tiene anunciada su salida de Saint-Nazaire hacia Veracruz para el 21 próximo.

Y como por tanto le quedaban libres unos días antes de su embarque, pidió y obtuvo permiso para ir a despedirse de las tierras europeas a las plantas de nuestra Señora de Lourdes, ofreciéndose a conseguir los francos necesarios para los gastos del viaje. Con este fin, escribió al P. Magín Negra, de la provincia de Aragón, esta delicada carta:

> «Enghien, 8 junio 1926.
>
> »...Dos cosas mueven mi pluma para endilgarle a usted esta carta: primera, el poner en su alto conocimiento que dejo estas europeas soledades por las vírgenes y asoladas selvas de mi patria. El Rector de casa, que es la amabilidad en persona, no descansó hasta obtener de mi Provincial que me volviera a Méjico, en donde tal vez es muy probable, que puede ser, que de casualidad se restablezca mi compósito beluino, agotado por tantos tajos, cuchilladas, inyecciones y aberturas.
>
> »La segunda cosa que deseo decirle es más peliaguda, delicada, sutil y gitanesca. Tratase nada menos que de ofrecerle cuatro misas que tengo disponibles en todo este año, si es que no me muero antes, y le deje colgado. ¿Cuatro misas? Sí, señor, cuatro; pero (ahí viene la parte espinosa), porque usted no debe pensar muchos días, sino a vuelta de correo escribirme a París, a la dirección que le daré más abajo, diciéndome: Miguelito Pro,

acepto tus cuatro misas, y como estipendio te mando (43: en buenas matemáticas francesas son 15 pesetas), quince pesetas, con las que podrás darte el lujo de ir a Lourdes y decir muchas cosas a la Virgen por mí.

»Ay, Padre... que su España me enseñó —algo más de lo que ya era— a ser gitano de buena ley y a pedir sin conciencia, alegando como argumento aquiles mi bonita cara, que, a decir verdad, después de tantas operaciones se ha adelgazado más de lo razonable, tomando un tinte místico, devoto, que cautiva el corazón. *Et quid faciendum,* se me ha metido entre ceja y ceja ir a Lourdes, y como los francos no abundan, pedí permiso a los Superiores de dar un tajo a una alma buena, y como la cosa es humillante, resolví decírselo a usted, que ya conoce mis aficiones desvalijadoras.

»Que esto sea un abuso de confianza, no lo dudo; que sea una desfachatez, tampoco lo dudo; pero mis ganas de niño caprichoso han pasado por todo y... le escribo. El 12 de este mes estaré en París, y el 19 salgo para Saint-Nazaire.

»Y basta de lata. Mis recuerdos a todos. Gracias, pero muchas, muchísimas gracias por... mis misas, y perdone los últimos sablazos de quien no le ha olvidado delante del Señor desde que pude subir al altar, y que le encomienda y felicita de nuevo por la gran dicha que el Señor le va a conceder. Un Avemaría por el éxito de mi viaje y un abrazo muy apretado».

Pocos días después le dirige otra carta, impregnada del más sincero agradecimiento en que rebosaba su pecho. Algunos de sus principales párrafos los leeremos luego:

«Vannes, 17 junio 1926.

»Muy amado en Cristo Padre... No voy a ponerme tierno ni decir las mil lindezas que usted merece por el grandísimo disparate que hizo usted en darme oídas. Vamos, hijo, esto no tiene nombre, y sólo la largueza que lo caracteriza y que es desmesuradamente larga, ha podido dejar tamañita la audacia mía, que a decir verdad, no tiene pareja en este pícaro mundo.

»Me alegro en el alma de partir de estas Europas y para siempre; al fin me voy a ver libre de estos hijos del antiguo Continente, que sólo tienen interés en hacer muy perra la suerte de los infelices extranjeros. Porque no puede menos de llamarse perra... la suerte que me condena a hacer un largo viaje, por la noche, y estando requetemalísimo.

»...Yo mismo me asusto del *bien inmenso* que estoy haciendo en este pueblo de París, y me extraña que a pesar de que soy indio y barretero (minero), todo el mundo me traiga en palmitas. Claro está. ¡Si todo me lo merezco! Con mis devotos más predilectos... hoy (16 Juin) iremos a la R. Antoinette, a la capilla donde San Ignacio hizo sus primeros votos. A las ocho diré la misa y tendré hasta unas dos docenas de comuniones. El desayuno será *chic*, pero... ya tiemblo al pensar que delante de esos auditores perfumadísimos, yo tendré que mostrar la hilaza en francés de pacotilla.

»Los invitados a la fiesta son de todos sexos, condiciones y talentos: un diputado, un cónsul, un carpintero, una marquesa, una empleada de zapatería, una monja o dos, un seminarista y hasta un conserje y varias devotas».

Recibida la limosna de España se puso luego en camino hacia Lourdes.

Durante el viaje, el anhelo de ver a su «Madrecita» le hace olvidarse de todos sus achaques, y así pasó toda una noche en el tren como si estuviera fuerte y sano. Par la mañana, arrodillado ante la milagrosa imagen, vuela su imaginación a unas semanas más adelante, al día en que, puesto de hinojos ante su Virgen de Guadalupe, le pedirá la bendición para sus ministerios y le consagrará los trabajos que espera llevar a cabo por sus perseguidos hermanos.

Aquella misma tarde, momentos antes de reanudar su viaje de vuelta a París, escribe estas letras:

> «Lourdes, 17 junio 1926.
>
> »Lo que aquí se siente no es para escribir. Ha sido uno de mis días más felices. A las nueve dije misa... pasé una hora en la gruta... lloré como un chiquillo. Por más está decir lo que por usted y su familia dije a nuestra Madre. Regreso a París a las cuatro...»

En carta fechada el día siguiente, ya en la capital francesa, nos anuncia definitivamente su próxima partida de las tierras europeas.

> «A las ocho y media llegué a París, y a las nueve decía misa en casa. No he podido dormir hoy más que una hora.
>
> »El domingo saldré a las ocho y media de la mañana, y llegaré a Saint-Nazaire a las cinco de la tarde. El vapor sale a media noche».

La travesía fue estupenda. El P. Pro la aprovecha para dar comienzo a su ministerio sacerdotal.

Cierto caballero, a quien le cupo la suerte de ser su compañero de viaje desde Paris a la Coruña, nos ofrece interesantes pormenores.

> »A las ocho y treinta y cinco de la mañana del domingo 20 de junio de 1926, salió el P. Pro de París para Saint-Nazaire, habiendo tenido la suerte de hacer el viaje en el mismo vagón. No recuerdo quién inició la conversación, pero sí que ésta se produjo casi enseguida. Este mismo día llegamos a Saint-Nazaire y embarcamos en el vapor «Cuba». Por indicación del P. Pro gestioné del capitán del citado barco la autorización necesaria para que nuestro héroe pudiese decir misa diaria a bordo, lo que se llevó a cabo en el salón de conversación.
>
> »Recuerdo también que se trató de la hora de la misa, la que el P. Pro señaló muy temprano, en atención a los tripulantes marineros (bretones) que por sus ocupaciones no podrían oírla más tarde.
>
> »Estoy también absolutamente seguro que al despedirnos el día 23 en este puerto de la Coruña, me pidió el P. Pro que rezase por él, manifestándome, además, su convencimiento de que iba a morir».

El «Cuba» tocó en Santander el 22, en Gijón y en la Coruña el 23, y de aquí tomó rumbo hacia la Habana y Veracruz.

En las listas de los pasajeros de este viaje no figura el P. Pro, pero aparece un nombre que, sin lugar a duda, le corresponde; se lee textualmente: *Padre Miguel Augusto Apró*.

El 4 de julio escribía el mismo Padre, desde la Habana, a uno de sus compañeros, dándole cuenta del viaje.

Después de parar mientes en las probables dificultades de las aduanas y de poner toda su confianza en su Padre Dios, le da algunas noticias.

Eran 525 pasajeros, de ellos 490 mejicanos y todos católicos. Desde los primeros días ya ejerció sus ministerios... El Señor es siempre para él un Padre que le mima. Es el único sacerdote de a bordo, y ha sido recibido por todos sus compatriotas de la manera más franca y amable. Todas las dificultades para la celebración de la santa misa se allanaron como por ensalmo. Han cooperado a ello los oficiales del buque, que son católicos, y asisten con puntualidad palaciega todos los días a misa.

La comunión del primer viernes a fe que emocionó a todos los presentes; gran número de señoras, señores, niños y jóvenes, se acercaron a la mesa eucarística. Tres de estos últimos, de unos 21 a 25 años, van cada día a comulgar, y se disputan el honor de ayudarle la misa. Las confesiones, conferencias, conversaciones y alguna que otra partida de ajedrez, le ocupan desde la mañana a la noche.

Trae luego a plaza sus temores por tan dificultoso viaje; sin embargo, escribe: «Aquel que me llama a Méjico me ha suministrado todas las facilidades y todos los mimos en que un sacerdote puede soñar.»

Y pone fin a la relación suplicándole se le asocien para dar gracias al Señor por tantos beneficios.

He aquí el primer contacto del activo apóstol con las almas de sus compatriotas y las primicias de la cosecha que su celo va a ofrecer a Cristo Rey.



EN LA TORMENTA

La situación de los católicos mejicanos era en estos críticos momentos extremadamente peligrosa; y así es de todo punto necesario hacerse cargo de las dificultades que entonces abrumaban a Méjico para poder apreciar, en su justo valor, la ardua tarea que el P. Pro iba a tomar sobre sus hombros.

Bajo la presidencia de Obregón (1920-24), los católicos, a pesar de una persecución sorda y obstinada, logran organizarse sólidamente.

La Asociación de la Juventud Católica Mejicana (A. C. J. M.) hace considerables progresos desde 1920. Las cuestiones sociales eran los temas favoritos en los círculos de jóvenes, círculos que, por cierto, crecían de día en día, de modo que los muchachos se alistaban por millares en las filas de la Cruzada Eucarística; pero esto iba bien, iba demasiado bien.

Ya en la primavera de 1921, algunos mal nacidos de la hez del pueblo, penetraron armados en la iglesia del Sagrario, de Morelia, y rajaron con sus mismos sacrílegos puñales la imagen de nuestra Señora de Guadalupe. El 12 de mayo se organizó una manifestación en son de protesta contra tal profanación, mas los soldados del Gobierno se encargaron de dispersarla a descarga cerrada. Un miembro de la A. C. J. M. y un obrero católico perdieron entonces la vida, y otros muchos resultaron heridos.

En noviembre se pasó más adelante, con el amago de destruir con dinamita la misma imagen de nuestra Señora de Guadalupe. Este fue el primer acto del drama que entonces comenzó; la tan famosa Constitución sancionada por Carranza, y que más tarde aplicará Calles con todo rigor, ya comienza a dar sus acedos frutos. El número de sacerdotes disminuye considerablemente de día en día.

Un incidente acaecido en 1923 pone de manifiesto la tenaz persistencia de la lucha. Nueve años antes, en julio de 1914, había hecho un voto el Episcopado mejicano de erigir en el centro geográfico de la nación u» templo nacional al Sagrado Corazón de Jesús. En 1923 se creyó llegado el momento oportuno para llevar a la práctica el preconcebido proyecto, y así se escoge la cumbre del cerro conocido con el nombre de El Cubilete, y en él se erige, provisionalmente, una imagen de Cristo, en tanto que se deja para mejores tiempos la construcción de la basílica. Presidió la solemnísima ceremonia de la colocación de la primera piedra el Delegado Apostólico, señor Filippi, al que rodeaba una multitud inmensa de más de setenta mil personas, venidas de los cuatro confines de la nación.

El Gobierno no creyó oportuno impedir la fiesta, pues Obregón quería precisamente tomar pie de ella para deshacerse del Delegado Apostólico, y así, dando como pretexto el que había violado no sé qué ley, lo expulsó de la República. Pero los católicos, mejor organizados que nunca, no se resignaron a sufrir semejante ultraje con los brazos caídos, y se manifiestan valientemente y sin miedo alguno. Deciden celebrar el próximo otoño del año 24 un solemne Congreso Eucarístico en la misma capital. Con tal motivo se despierta la fe en muchos corazones y se enciende y revive el

entusiasmo hasta en los más abatidos. Se adornan espléndidamente las calles como para una recepción regia. El día señalado celebrase la fiesta en la catedral con la asistencia del Episcopado y de varios centenares de miles de almas. Para este día habían los mejores joyeros engarzado escogidísimos diamantes en una custodia de ocho pies de alta, custodia que se llamó de «la reparación nacional»; querían, en efecto, reparar públicamente los ultrajes inferidos a Jesús-Hostia en los dos últimos lustros de terror.

Obregón había concedido a los Obispos todas las autorizaciones necesarias; la misma mujer del ministro de Hacienda había adornado con varias colgaduras sus ventanas a fin de honrar el paso de la Hostia Santa. Mas de repente, Obregón cambia de parecer, y movido bajo mano por los masones, a quienes estas muestras de fe ponía furiosos, se muestra indignado y clama contra los católicos, acusándoles de haber violado le Constitución. Pero precisamente entonces tocaba ya a su fin el Gobierno de Obregón, puesto que la Constitución de Querétaro declara que el Presidente no puede permanecer en el cargo por más de cuatro años.

Así, pues, el 6 de julio de 1924 se celebraron las elecciones, dando por resultando la elección del antiguo gobernador del Estado de Sonora, Plutarco Elías Calles.

El reverso o parte obscura de este resultado es sencillo. Se hallaban frente a frente dos candidatos opuestos: Flores, querido del pueblo, y Calles, el escogido por Obregón; por tanto, la lucha no pudo menos de ser desigual, pues Calles no sólo contaba con el poder de los soldados del último Presidente, sino también con el

apoyo de las armas que le facilitaban sus amigos, los americanos del Norte.

El nombre de Calles pasará a la Historia con caracteres tan odiosos como el de Nerón. Este hizo traición a la nobleza de su sangre, y he aquí el único crimen en que Calles no ha podido incurrir. Se distinguió en otros tiempos como maestro de escuela, cruel y de ordinario ebrio, en un apartado pueblecito, de donde lo sacó su audacia y el favor de Obregón, que iba en busca de un verdugo; desde entonces le colocó en lugar de confianza, lugar que conservó gracias a su astucia y a la sangre derramada.

Con todo, Calles, a imitación de Nerón, empezó bien.

Después de su elección hizo un viaje por Europa, donde las autoridades de las grandes repúblicas, ignorando o fingiéndose ignorantes de la negra historia mejicana, le tributaron todos los honores.

Los dos primeros meses de después de su regreso fueron de silencio. Los católicos creen con esto que ha llegado una era de paz; pero bien pronto, a principios de 1925, fue preciso desilusionarse y palpar la realidad.

El sueño dorado de Calles es remedar la revolución francesa, mas inspirándose en los recientes ejemplos de Rusia; quiere a todo trance libertar a su país de la superstición religiosa.

Son cerradas las escuelas católicas, y por consiguiente millares de niños quedan en la calle, pero ¿qué importa?

Se impide prácticamente que los sacerdotes ejerzan sus ministerios.

Calles en persona se encarga de reformarlo todo; en uno de sus primeros mensajes a la nación proclama que «cual irradiante

antorcha va a iluminar los más alejados rincones de las montañas mejicanas».

En 1926 arrecia de veras la tormenta. Los sacerdotes extranjeros no tienen otro remedio que pasar la frontera. Los demás deben reconocer la atea Constitución de 1917. Bajo la palabra de un simple periodista que tuvo la osadía de acusar al Arzobispo de Méjico de querer reclamar la revisión de los artículos sectarios de la Constitución, el 4 de febrero se hizo comparecer al venerable Prelado ante los Tribunales como traidor a la patria. En verdad, Calles sólo buscaba un pretexto para desencadenar la persecución.

En todas partes se arroja de los conventos a los religiosos en medio de los más salvajes y obscenos episodios.

En el desfile organizado por el Estado con motivo del Carnaval, figura la misma hija de Calles, la cual, dicho sea de paso y sin desdorar el honor de su padre, fue educada en el convento de Hermanas de nuestra Señora de la Paz.

A su paso por las calles, es proclamada reina del Carnaval, y mientras el pueblo se moría de hambre, la hija del Presidente ataviaba su cabeza con plumas de avestruz, valoradas en varios miles de pesos. Se parodiaron sacrílegamente las procesiones religiosas, paseándose en carrozas la soldadesca mezclada entre desvergonzadas heteras, y todos ellos campan por sus respetos, vestidos con hábitos religiosos y vomitando toda clase de obscenidades y blasfemias.

Ante tal espectáculo los católicos no permanecen inactivos y silenciosos, sino que, por el contrario, elevan enérgicas protestas. En Setiembre de 1926 se presentaron a los senadores y diputados un sin número de hojas con más de dos millones de firmas con que

los católicos apoyaban la súplica presentada por los obispos de que se revisasen las leyes sectarias. La Liga Nacional de defensa de las libertades ([3]) religiosas imprime unas hojitas que propagan con gran profusión los miembros de la Asociación de la Juventud Católica.

Pero Calles no atiende a razones.

El 5 de marzo de 1926 hace la siguiente declaración:

> «Mientras yo ocupe la presidencia, la Constitución de 1917 quedará en vigor».

Poco después, el 3 de abril, explana esta idea pretendiendo cohonestar la intransigencia y dureza de su Gobierno. Afirma que es necesario emprender una denodada lucha contra todo lo antiguo, una lucha que lo arranque de cuajo del suelo de la República mejicana. Es cosa para él increíble que aún haya en el país reaccionarios que juzguen como posible enarbolar la bandera de la religión y encender una guerra civil. Promete luego que el Gobierno está dispuesto a llevar adelante su programa sin hacer el menor caso ni de las zalamerías de los sacristanes ni de las protestas de los holgazanes frailes. Quienquiera que ose poner

---

[3] La **Liga Nacional Defensora de La Libertad Religiosa**, fue fundada por fieles católicos mexicanos el 8 de marzo de 1925 en la ciudad de México cuando arreció la persecución religiosa al aplicarse la llamada Ley Calles. Después de constituida la liga, su primera hoja de propaganda fue lanzada el 14 de marzo de 1925 con la siguiente leyenda: "Oración+luto+boycot= victoria". La liga fue una asociación legal de caracter cívico y que tenía como fin conquistar la libertad religiosa y todas las libertades que se derivan de ella en el orden social o económico, por los medios adecuados que las circunstancias fueran imponiendo. Adicionalmente manejaron un pequeño periódico titulado *Acción Popular* que constituyó el órgano de la liga en Colima. La liga se limitaba a exigir: **1.** Libertad plena de enseñanza. **2.** Derecho común para los católicos. **3.** Derecho común para la iglesia. **4.** Derecho común para los trabajadores católicos.

trabas al Gobierno o urdir una revolución con el subterfugio de la religión, tendrá que sufrir el peso de su ominosa venganza.

A pesar de todo, las grandes agencias periodísticas mundiales parecen querer ignorar por completo todos los actos de salvajismo del Gobierno mejicano.

De vez en cuando se ha dejado oír alguna que otra casi imperceptible voz de protesta, mas sobresaliendo entre todas la voz del Pontífice y la del Episcopado mejicano, censuran enérgicamente la tiranía de Calles y consuelan a los pobres perseguidos.

En marzo de 1926, Pío XI tiene a bien dirigir una epístola a los católicos mejicanos, en la que no sólo hace suya la protesta elevada por los obispos contra la Constitución de 1917, sino que recomienda a todas las asociaciones de carácter católico que, dando de mano a la política, se aúnen en amigable consorcio para presentar un frente único en la lucha.

Al cabo de un mes, los obispos, haciéndose eco de los pensamientos de Pío XI, en una magnifica pastoral piden sin vagos subterfugios la reforma de la Constitución.

La respuesta de Calles fue cruel.

Pues a principios de julio de 1926 promulgó una nueva ley que comprendía 33 artículos, cada uno de los cuales no era más que una recrudecida ampliación de las cláusulas antirreligiosas de 1917.

«Art. 3.° La enseñanza que se dé en los establecimientos oficiales de educación será laica, lo mismo que la enseñanza primaria elemental y superior que se imparta en los establecimientos particulares.»

«Art. 6.° Quedan rigurosamente disueltas todas las Órdenes religiosas.»

«Art. 10.° Los ministros de los cultos nunca podrán, en reunión pública o privada constituida en junta, y en actos de culto o de propaganda religiosa, hacer crítica de las leyes fundamentales del país, de las autoridades en particular o en general del Gobierno.»

«Art. 12.° Todos los estudios realizados en los seminarios carecen de valor alguno ante el Estado.»

«Art. 17.° Todo acto religioso de culto público deberá celebrarse precisamente dentro de los templos, los cuales estarán siempre bajo la vigilancia de la autoridad.»

«Art. 18.° Fuera de los templos, tampoco podrán los ministros de los cultos, ni los individuos de uno u otro sexo que los profesen, usar trajes especiales ni distintivos que los caractericen.»

«Art. 21.° Todos los templos, así como todos los edificios religiosos, asilos y conventos, quedan declarados propiedad del Estado.»

Esta ley, con sus treinta y tres artículos, fue fijada en las puertas de todas las iglesias, debiendo entrar en vigor el 31 de julio de 1926. Calles, con motivo de esta proeza, recibió una medalla de oro entre las felicitaciones de las Logias.

El golpe iba en realidad de verdad al corazón del catolicismo mejicano, tanto que el Episcopado creyó necesario excitar de nuevo el espíritu cristiano del pueblo.

Y así, seis días antes de que entraran en vigor las nefandas leyes, los ocho arzobispos y los veintinueve obispos reiteran de

nuevo las censuras en que incurren todos los que tomen parte en la ejecución de las recientes leyes.

> «En la imposibilidad de continuar ejerciendo el ministerio sagrado según las condiciones impuestas por nuestros gobernantes, después de haber consultado a nuestro Santísimo Padre, Su Santidad Pío XI, y obtenida su aprobación, ordenamos que desde el día 31 de julio del presente año hasta que dispongamos otra cosa, se suspenda en todos los templos de la República el culto público que exija la intervención del sacerdote.
>
> »No se cerrarán los templos, para que los fieles prosigan haciendo oración en ellos. Los sacerdotes encargados de ellos se retirarán de los mismos.
>
> »Dejamos los templos al cuidado de los fieles y estamos seguros de que ellos conservarán con toda solicitud los santuarios que heredaron de sus mayores, o los que, a costa de sacrificios, construyeron y consagraron ellos mismos para adorar a Dios.»

En fin, procuran infiltrar aliento en los ánimos de los fieles con el recuerdo de las palabras de vida que Cristo dijo a sus apóstoles cuando al anunciarles su próxima muerte les predecía su gloriosa resurrección:

> «Confortemos nuestro ánimo recordando aquellas palabras de Cristo nuestro Señor a los apóstoles, en las que anuncia su próxima muerte y resurrección:
>
> »He aquí que subimos a Jerusalén, donde se consumarán todas las cosas que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre, porque será entregado a los gentiles, y será burlado y

escupido. Y después de azotado, lo matarán. Y al tercer día, resucitará.

»La vida de la Iglesia es la de su divino Fundador. Así, amados hijos, la Iglesia Mejicana es hoy entregada, agotada, escarnecida, reducida a un estado parecido al de la muerte. Pero también la Iglesia Mejicana, tras breve plazo, resucitará llena de vida, pujanza y lozanía en tal grado, como no la han visto nunca nuestros ojos. Tened de ello firmísima esperanza.»

El P. Pro pone el pie en el suelo patrio cuando precisamente comienza la pasión del país. El 8 de julio de 1926 llegaba a la capital mejicana.

Para historiar su vida desde este momento, o sea los últimos y más gloriosos meses de la vida de nuestro mártir, poseemos el material más apreciable: sus mismas cartas; cartas dirigidas a quienes, por deber o por cariño, escribía el Padre con el corazón en la mano. Cartas que, con su estilo fácil y rezumando sinceridad, nos pintan el retrato más verídico de su alma y nos dan la visión más nítida de su extraordinario apostolado. Cartas, en fin, que nos ponen de manifiesto a ojos vistas lo que en realidad se encubría bajo aquel exterior tan alegre como vulgar.

«El tren de Veracruz a Méjico —escribe el P. Pro a sus compañeros el 15 de noviembre de 1926— llegó a las siete; una hora más tarde estaba yo en Lerdo; a las nueve hablaba con el señor Provincial; a las diez se me admitía como «grave» en la residencia de Enrico Martínez, y a las dos de la tarde comía en mi casa los suspirados frijoles (judías) con tortilla, que hacía 12 años eran la preocupación más persistente de mi parte humana».

No parece sino que todos y todo se ponen de acuerdo para dejarle entrar.

> «Por permisión extraordinaria de Dios, fui admitido en mi patria, pues siendo el Gobierno el que es y echando a curas y frailes de su territorio, no sé cómo quiso que yo entrara en él, pues ni la sanidad se opuso, ni se fijó en mi pasaporte, ni en la aduana vieron mis maletas».

En su casa encontró a su padre, a su hermana Ana María y a su hermano pequeño Roberto, pues Humberto, a causa de haberse dejado llevar en tanto demasiado de su celo en la propaganda religiosa, estaba en la cárcel. El P. Pro, después de muchas infructuosas tentativas, consigue, por fin, entrar a verlo. Diez y siete meses más tarde se volverán a encontrar juntos para el martirio.

Desde los primeros momentos, el P. Pro da comienzo a su vida apostólica.

> «Medio mareado aún del viaje, comencé mi no interrumpida serie de ministerios entre los capitalinos, que, gracias a Dios, me han dado trabajo de día y de noche, y según se ve no me van a dejar acabar esta carta, pues ya llevo tres interrupciones.
>
> »Hago punto omiso de la manifestación de fe con motivo del cierre de las iglesias, Ya la habrán sabido con sus pelos y señales por otros conductos». (15 de noviembre 1926).

En este último párrafo hace alusión a los efectos producidos por la pastoral citada más arriba.

Apenas se ha dejado oír la voz de los Prelados, cuando un poderoso movimiento se inicia por todo el país; las iglesias se llenan; los fieles afluyen de todas partes; quieren recibir la última absolución; quieren asistir a le última misa. En el santuario de

nuestra Señora de Guadalupe, particularmente, se ven filas interminables de peregrinos. Damas de la alta sociedad caminan con los pies descalzos entre la gente sencilla del pueblo; los cantos de penitencia y duelo todo lo embargan, llegando hasta el cielo.

> «Y aquí comienza el trabajo —dice el P. Pro (12 de octubre del 26)—; mi confesonario fue un jubileo; dos veces me sacaron de él desmayado, pues mi beluina naturaleza, que acababa de dejar los almohadones blandos de la clínica, no estaba avezada a la tarima dura del confesonario, que calentaba desde las cinco de la mañana hasta las once, y desde las tres y media de la larde hasta las ocho. Empezaron al mismo tiempo las pláticas, los fervorines, los espiches y... ¡horror me da pensarlo!... el sermón de campanillas de nuestro Santo Padre...» ([4])

Llegó, por fin, el sombrío día 31 de julio. Fue éste un día de profundas emociones para el joven jesuita: era la fiesta de su gran Padre, San Ignacio de Loyola, y a la vez el día de su última misa pública.

Aquel infausto día, el Santísimo Sacramento es sacado de los copones; los sagrarios se vacían; las lámparas del santuario se extinguen; las campanas enmudecen. Todo se siente sumido en un aire de catacumbas; la tristeza se difunde por toda la desgraciada República. Empieza el gran Viernes Santo de la nación mejicana.

Pasan los meses y los templos permanecen clausurados, sin culto. Al corazón apostólico del P. Pro no le sufre no poder hablar con su Dios en sus mismos templos.

Y un mes antes de su muerte compone para la fiesta de Cristo Rey esta composición, que titula:

---

[4] Al fin, este sermón no lo pudo predicar, pues por aquellos días se le acentuaron notablemente los dolores de estómago.

PLEGARIA

¡Señor, vuelve al Sagrario!
ya no esté el Tabernáculo vacío…
mira que en su Calvario
lo piden tantas almas, ¡Jesús mío!

Almas tuyas, Señor, crucificadas
en la cruz del dolor; despedazadas
por el duelo más hondo en la existencia;
¡el dolor de tu ausencia!

Tú te fuiste, Señor, de los sagrarios;
tú te fuiste, Señor, y desde entonces
mudos están los bronces,
los templos, solitarios;
sin sacrificio el ara, mudo el coro,
los altares, sin rosas;
tristes los cirios de las llamas de oro,
tristes las amplias naves solitarias,
sin que agite sus alas misteriosas
un vuelo de plegarlas;
todo en silencio y en sopor sumido,
todo callado y triste,
todo tribulación, muerte y olvido...
Señor, ¿por qué te fuiste?

Allí, junto al Sagrario
en la cita de amor y de misterio,
a la trémula luz del lampadario,
que dejaba en penumbra el presbiterio,

iban los peregrinos de la vida,
la inmensa caravana
de los que llevan en el alma herida
el sobresalto eterno del mañana;
los que arrastran la cruz de su presente,
y cargan el cadáver del pasado,
—como muerto que pesa enormemente—
dentro del corazón despedazado;
el triste, el viejo, el huérfano, el cansado,
el enfermo y el débil y el hambriento,
y todos los cautivos del pecado,
y toda la legión del sufrimiento...

Iban a ti, Señor, estrella y faro;
y encontraban en ti dicha y consuelo,
en su abandono, amparo;
resignación y bálsamo en su duelo.

¿Qué pena no se olvida
con el amor de un Dios que dio su vida
corporal en la cruz, por la ventura
de todos los ingratos pecadores?
¿Qué tristeza perdura,
qué duelo no mitiga sus rigores,
qué indecible dolor no se consuela
cuando hay un Dios que con nosotros llora,
que sufre por nosotros y que implora
y noche y día en el Sagrario vela...?

Pero no estás allí... No te encontramos
en el dulce lugar de nuestra dicha,

en la desolación de nuestra cuita
inquirimos Señor, ¿a dónde vamos?

Soplo de infierno en el ambiente vaga;
la inquietud en su cenit culmina,
y ante la cerrazón de la neblina,
toda esperanza de fulgor apaga...
Las almas están solas;
parece que naufraga
la barquilla de Pedro, y la figura
divina del Jesús del Tiberiades,
no rasga de la noche la negrura,
ni serena la furia de las olas,
ni calma lar deshechas tempestades...

¿Por qué nos abandonas?
Señor, si tú perdonas
a todo el que su culpa reconoce
y de ella se arrepiente,
ten piedad de tu Méjico... Conoce
toda la enormidad de sus delitos
y como a Rey te aclama reverente...

Los que ayer te ofendieron, ya contritos
a ti vuelven los ojos...
Mira que van de hinojos
implorando el perdón... Mira que alegan
venir del Tepeyac... Mira que llegan,
por camino cubierto
de abrojos, a la cumbre del Calvario
y escarnio y mofa sin piedad reciben...

¡Por el llanto de todos los que viven.
por la sangre de todos los que han muerto...
¡Señor, vuelve al Sagrario!

Los templos están, pues, vacíos.

Es necesario celebrar la misa en secreto en diferentes casas particulares. Los copones se guardan a escondidas, y Cristo, llevado en manos de los heroicos sacerdotes, continúa fortificando con su presencia las almas de los fieles.

El P. Pro, en sus cartas, nos permite columbrar el ímprobo trabajo que esto representa:

«Las *Estaciones Eucarísticas* que tengo, y en las que distribuyo diariamente de 200 a 300 comuniones, me dan trabajo hasta las ocho de la mañana, sin contar, por supuesto, el trabajo de confesiones que periódicamente tengo los miércoles, jueves y viernes por la tarde.

»Los tres primeros viernes que he pasado fuera de nuestras casas, tuvieron el siguiente total de comuniones: en septiembre, 700; en octubre, 950, y en noviembre, 1.200.

»Los bautizos se suceden unos a otros, especialmente entre gente pobre; los casamientos, aunque no tan seguidos, sí son numerosos; los viáticos son más frecuentes, y las consultas, desahogos, pláticas de hombres y mujeres, niños y viejos, son desde que Dios amanece hasta muy entrada la noche.

»Al cerrarse los templos pensé tirarme a la bartola para descansar del trajín de los últimos días en que todo el mundo quería confesarse. Trajín verdaderamente espantoso que nos

> puso en jaque de la mañana muy temprano a las once y doce de la noche».

Pero el ansia de los fieles por continuar recibiendo los Sacramentos no dio lugar al descanso: pláticas, confesiones, bautismos, matrimonios, ocuparon harto tiempo a los pocos sacerdotes que por menos conocidos podían trabajar con relativa seguridad.

Y claro está, prosigue el P. Pro:

> «Lo que se hacía en una hora en la iglesia, apenas si en todo el día se podía llevar a cabo fuera de ella. En ese tiempo fui nombrado jefe de conferencistas, y esto sí que me sacó canas verdes, pues los tales conferencistas eran lo más granado de la juventud capitalina, gente de talento y de carrera, que me embestían con preguntas de Filosofía, Moral, Sociología, Escritura, y sobre política y cívica. Y les di conferencias, y las di al público, pasando del alfombrado salón al templete de una bodega, del auditorio perfumado y culto al francote y grosero del gremio obrero.»

En carta de 19 de febrero del año siguiente nos apunta algún pormenor sobre esta importante organización de propagandistas:

> «Nombrado jefe de los conferencistas por la Liga, organicé con unos 150 jóvenes la propaganda oral, que dio muy buenos resultados al principio, pero las aprehensiones vinieron a cortarnos las alas y a echar por tierra nuestra labor».

En confirmación de estos datos no puedo menos de transcribir los elocuentes párrafos de una carta escrita a raíz de la muerte de nuestro mártir, por uno de los mismos jóvenes propagandistas, cuando se hallaba en el destierro:

«La propaganda escrita no bastaba; había que acercarse al público por medio de la palabra, y para esto se pensó en seleccionar un buen grupo de conferencistas en las filas de la A. C. J. M. (Asociación Católica de la juventud Mejicana); se reunieron en número de 145, más otros 5 que no eran de la Asociación; total 150.

»Se nombró un Comité directivo, a cuyo cargo quedó el abastecer de conferencistas a toda la ciudad de Méjico.

»El Presidente del Comité directivo era el R. P. Miguel Pro, S. I., y su hermano Humberto, uno de sus principales miembros.

»Diferentes personas se encargaban de buscar local, público, día, etc., y pedían al Comité un conferencista. Se les facilitaba según convenía, y por la noche, los miembros de la Dirección tenían que ir de casa en casa, donde había habido conferencia, para saber el resultado, y si había habido contratiempos. Días hubo en que cada uno tuvimos tres y cuatro conferencias.

»Se compró una estación emisora de radio, y por ella se dieron multitud de conferencias, sin que fuera localizada hasta pasado largo tiempo.

»A cargo del R. P. Pro estaba el exponer en las reuniones de conferencistas la parte doctrinal en los respectivos temas».

El P. Pro corona la carta que hemos interrumpido con unos párrafos magníficos, en que nos deja vislumbrar los delicados y apostólicos sentimientos de su corazón.

«Y no para aquí la hebra. Como la mayor parte de los nuestros no podían hacer ministerios, por ser aquí conocidos y

perseguidos, allí estaba yo para suplir, yendo de Herodes a Pilatos y de día y de noche.

»Con la ida de Ambía se me echó un quintal encima, pues a mi propia parroquia tuve que añadir la que él dejaba, así... como quien dice: No puedes torear un borrego, pues ahí te va ese *miura*... ¿Cómo resistí? ¿Cómo resisto? Yo, el débil; yo, el delicado; yo, el interesante huésped de dos clínicas europeas, que pasaba el día tendido en un diván tomando calditos... todo lo cual prueba con una evidencia evidentísima que si no entrara de lleno el elemento divino, que sólo usa de mí como instrumento, yo ya hubiera dado al traste con todo.

»Y... a usted, a quien puedo hablar más interiormente, le digo que ni siquiera puede mi vanidad halagarse un poco en algo, aunque sea lo mínimo, pues toco, palpo lo bueno para nada de mi persona y el fruto que hago. *Unde, non ego, sed gratia Dei mecum*. (No yo, sino la gracia de Dios conmigo).

»...Voy cada día a dar la comunión, burlando la vigilancia de los cívicos (policías)... Eso sí, me dan un endiablado trabajo, pero salgo adelante. Endiablado trabajo, digo, de confesonario, y con beatas remilgadas, con hombres escrupulosos (que es lo peor), con juventud mundana, y sirvientas necias y mozos testarudos y niños melones; pero todos, todos dignos, no sólo del trabajo de un pepenacohetes como yo, sino del apostólico y caritativo celo de mil y mil misioneros, ya que el fin que mueve a nuestros desgraciados paisanos es el reparar las ofensas que al deífico Corazón de Cristo hacen nuestro infame Gobierno y malvados gobernantes.

»¡Oh! ¡Si tuviera tiempo de contar los ejemplos de virtud que he visto! Tamañito me dejan estas gentes ricas y pobres. El

confesonario no es para mí sino ejercicio de modestia al ver lo lejos que estoy de imitar a los que vienen a mí en busca de dirección.

»Ayúdeme *de* sus oraciones, como decimos los franchutes, para que no la raspe y pueda sacar fruto para mi alma, sin ser la estatua del P. Rodríguez, que indica el camino y se queda parada.

»Todo esto escribo momentos antes de entrar en ejercicios, es decir, en el primer momento de que dispongo después de mi llegada a Méjico. ¡Ejercicios! Otro toro y ¡olé!, pues no sólo voy a tomarlos, sino a darlos a un hermano coadjutor, y eso yo, sin tercera probación. ¡Los primeros ejercicios que voy a dar! ¿Cómo saldrán? Sea lo que sea, compadezco al infeliz hermano en su parte espiritual, porque lo que es en su parte humana va a estar de perilla, porque lo dormiré de un tirón los ocho chas».

A los tres meses de ministerios escribía estos párrafos a su P. Provincial:

«Por aquí el trabajo es continuo y rudo. Estoy admirado de lo que el Jefe mayor hace por mi medio. ¿Enfermedades? ¿achaques? ¿cuidados?... pero si no hay tiempo ni de pensar en ellos, y, sin embargo, estoy tan completo y fuerte, aun a pesar de ligeras, ligerísimas recaídas, que aguantaría así hasta el fin del mundo... Estoy dispuesto a todo, pero, si no hay inconveniente mayor, yo pedirla pasar este tiempo y el que se avecina aquí mismo.

»Qué dicha si me tocara ser uno de los que van a colgar en los «Pegasos del Zócalo». Entonces sí daría el examen final ([5]).»

En medio de sus apostólicos trabajos, el Padre Pro recuerda con frecuencia la cuestión pendiente de su último examen de Teología que aún le quedaba por dar. Así, por ejemplo, el 19 de febrero del año 27 escribía a su Padre Provincial:

«Preparo mi examen a medias. —¿A medias?— Sí, pues no tengo más libros que la Biblia, un Enchiridion y un tomo de Pesch de la primera edición. Dos o tres libros más que pudiera usar están en mi casa, la cual está muy vigilada. Don Carlos no ha podido conseguirme ni siquiera un mísero Tanquerey. El libro de texto es Hurler, y los tratados que tengo que presentar son *De Gratia y de Fide*.

»En mis cartas anteriores pedía a usted un Hurter; pero como no llegaron aquéllas, en vano he esperado éste. Si pudiera enviarme ese libro, se lo agradecerla infinito, pues junio se acerca y por falta de materia «ex qua» no puedo acabar de preparar mi examen...»

Hasta el 16 de septiembre de 1927, dos meses antes de su muerte, intenta, con una buena voluntad, que a veces rayaba con el heroísmo, hallar algunos ratos para poderse preparar a él.

Así, por ejemplo, escribe el 11 de junio del año 27 al P. Provincial:

«En Enghien estudié dos meses y medio antes de ir a la clínica; aquí... desde enero he estudiado todo lo que he podido

[5] El pueblo ha dado en llamar con tal nombre a cuatro grandes caballos alados de bronce, colocados en los ángulos de la plaza de la Constitución, vulgo: Zócalo.

en un miserable compendio de Tanquerey. Digo todo lo que he podido, porque las circunstancias especiales de cárceles, encierro, huidas, etcétera, no me han dado toda la paz apetecida. Esperaba con ansias su carta para saber el tiempo del examen, pues don Carlos ([6]) nada concreto decía. Si a usted le parece, podré presentarlo a fines de este mes o en la primera decena del entrante.»

Como fácilmente se ve, el inmenso trabajo apostólico que llevaba a cabo no ayudaba mucho a sus estudios; pero no obstante, se preparó con gran ahínco y constancia para su examen final, que había de dar el 16 de septiembre, y así, bajo la dirección del Padre Méndez Medina, redactó sus tesis, las corrigió y puso en limpio los borradores. Los tres examinadores de consuno le dieron la nota de *attigit mediocritatem*, que corresponde a un examen sencillo pero decoroso.

Pero ¿indica esto que se trataba de adelantar y economizar tiempo o más bien de retirarlo de la línea de fuego, donde los Superiores temían seriamente por su vida? En verdad, ya desde el otoño de 1926 estaba sobre el tapete la cuestión de destinarlo fuera de Méjico.

El mismo P. Pro nos pone en autos del asunto:

«En una carta anterior, usted me indicó que yo saldría de estas tierras por junio o por julio. Don Carlos nada me ha indicado a este respecto. ¿Sería demasiada curiosidad el pre-

[6] El nombre de don Carlos. que se encuentra frecuentemente en las notas del P. Pro, no era sino el nombre de su Superior inmediato. el P. Mayer, que residía en Méjico. Las críticas circunstanciales por las que atravesaba entonces Méjico, obligaba el uso de seudónimos en correspondencia.

guntarlo? Usted sabe bien que yo no me inclino a nada en particular, y que, aunque para mí sería un pesar el perder aquí la oportunidad de ir al cielo a dar el examen de *«de universa»*, o de no adquirir la capellanía perpetua de las Islas Marías ([7]), sin embargo, prefiero antes obedecer, porque así más haré por los mismos por quienes quiero trabajar.»

«Ahora bien; sin que esto incline para nada el parecer de usted, y siempre bajo la dirección de la obediencia, yo diré lo que dijo el señor Crivelli en Roma:

«Permitidme quedar en mi puesto hasta que pase esta persecución».

»El miedo no es mi defecto dominante, y ése es el que impide que se haga por aquí algo en favor de esta abandonada grey. ¿Que tal vez sea mi ruina? ¿Qué harán o desharán en mi persona? Eso sólo corresponde a Dios.

«Ojalá fuera digno de padecer persecución por el nombre de Jesús, mucho más yo, que soy de aquellos que merecieron el glorioso dictado de «caballería ligera». Pero... como en el Padre nuestro: «Hágase tu voluntad».

Tenía Calles, por tanto, que vérselas con hombres que se defendían. Era necesario todo un ejército de bandoleros y sicarios para tener a raya la reacción de los católicos.

La suspensión de todo culto en los templos y todas las angustias consiguientes de las almas, apenas alteran al Presidente.

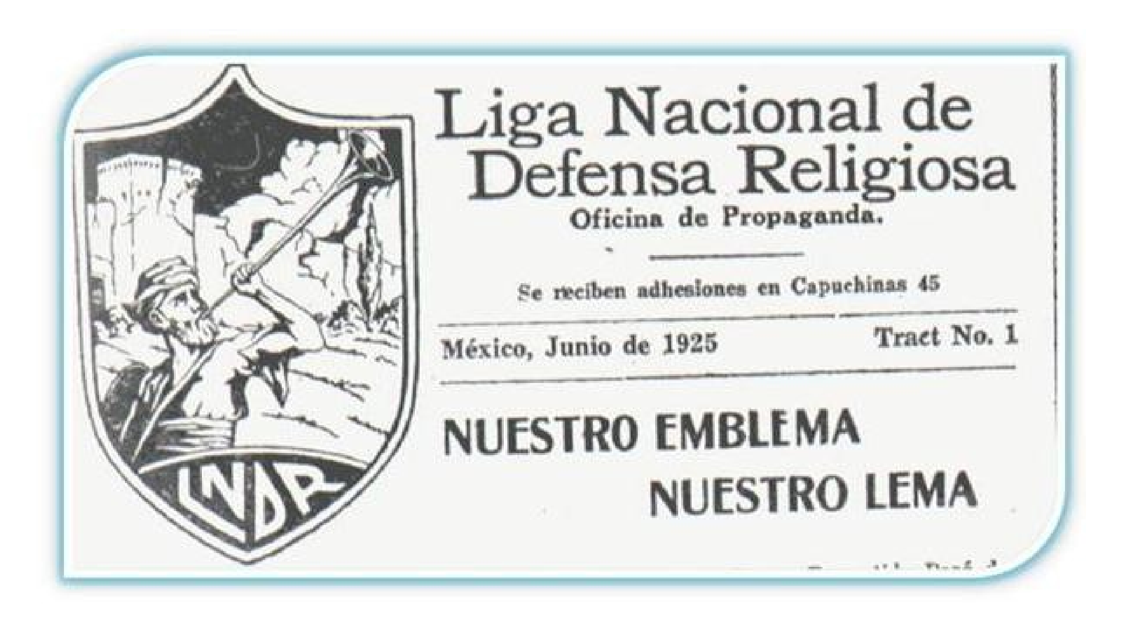
---

[7] Islas situadas en la costa occidental de Méjico. adonde son deportados los criminales y durante la persecución los católicos: su clima es de lo más insalubre.

Pero la Liga de defensa de las libertades religiosas hirió en un punto sensible al Gobierno cuando organizó un boicot general de todo el pueblo, y que debía comenzar también el 31 de julio. He aquí en qué consistía.

Fue dada orden a todos los católicos de limitar sus gastos a los indispensablemente necesarios, de retirar de los Bancos todos los capitales en ellos depositados.

Verdaderamente, fue admirable la propaganda de este boicot. Por toda la República, en las calles, en las esquinas, en las paredes, en los teatros, en los coches, en las hendiduras de las puertas y ventanas, en el propio bolsillo se encontraba uno con papelitos y etiquetas con estas y otras inscripciones parecidas: *«Adelante con el boicot». «No compre usted sino lo estrictamente necesario». «El boicot nos dará el triunfo»*.


Liga Nacional de Defensa Religiosa
Oficina de Propaganda.
Se reciben adhesiones en Capuchinas 45
México, Junio de 1925 Tract No. 1
NUESTRO EMBLEMA
NUESTRO LEMA

Las imprentas fueron rigurosamente vigiladas y amenazadas por el Gobierno; las que Calles presupone que hacen campaña contra él, son cerradas; la propaganda, por tanto, hubo de ser clandestina. Miríadas de hojitas volantes salen de los sótanos, donde cajistas voluntarios las imprimen durante la noche. En algunas regiones se usó exclusivamente la máquina de escribir,

pues ya no había imprentas libres. Hubo joven que, trabajando a mano en unión de algunos amigos, llegó a escribir treinta mil hojitas.

Los resultados fueron en verdad excelentes. Al principio el Gobierno se reía de la amenaza; pero el éxito ha superado todas las más halagüeñas esperanzas. Vayan unos datos por vía de muestra.

Los comerciantes acudieron al mismo tiempo al Presidente y a los Obispos, suplicando cesase el boicot hecho sin precedentes en la Historia de Méjico. La mayor empresa de tabacos de la nación empezó a mostrar un gran amor a la Liga, y eso que el Gerente era un notario masón... Una lotería, cuyo premio mayor era de 125.000 pesos, no pudo vender billetes por más valor de 50.000 pesos. Los billetes de entradas en los cines se redujeron de tal modo, que hubo uno que de 900 billetes diarios bajó a 180 números; y esto fue tan general y constante, que el Gobierno no sólo tuvo que eximir de impuestos a los salones de espectáculos, sino hasta subvencionar a los cines, y bajo pena de confiscación prohibió que se clausuraran.

En una famosa manifestación, centenares de mujeres, obligadas a engrosar las filas contra su voluntad, iban marcando el paso al compás de la conjugación del verbo boicotear: *yo boicoteo, tú boicoteas,* etc. Cierta Compañía cigarrera que había sido estrictamente boicoteada, perdía 14.000 pesos al día. Del 1 al 15 de agosto (1926) se dieron de baja 8.000 matrículas de automóviles particulares, lo cual representaba 96.000 pesos al mes. El 29 del mismo mes el número de bajas ya ascendía a 12.000 autos. Lo cual, teniendo en cuenta la disminución del consumo de gasolina, representa una baja de 288.000 pesos

diarios. En menos de un más, más de 27 millones de pesos se dan de baja en los Bancos y cruzan la frontera. Como por ensalmo, todas las empresas dirigidas por anticlericales se ven sin clientela.

Por disminución de importación y consumo, el Gobierno dejó de percibir 65 millones de pesos. La Secretaria de Hacienda anunció que en el mes de abril había habido una baja de 3 millones de pesos en la recaudación de las Aduanas. «La Prensa» decía el 19 de julio: El Gobierno de Calles ordenó al Consejo de Administración del Banco de Méjico que haga una nueva emisión de billetes, garantizados en plata, con el fin de conjurar la crisis monetaria, que cada día agrava más la situación económica, ya que los billetes actuales escasamente circulan, debido a que su garantía es oro, y el oro no existe en las arcas de Méjico».

Ante tal hecatombe, los satélites de Calles se desaniman, y ya en octubre dimite Pani, Ministro de Hacienda. El Presidente hace entre tanto lo indecible para conservarse en la posición tomada. Mas los católicos no cejan. Apenas los presuntos cabecillas del movimiento han traspasado los umbrales de la cárcel, ya otros les sustituyen. El Gobierno toma entonces medidas verdaderamente salvajes.

La situación, sin embargo, se encrudece cada día más. Las Cámaras de Comercio, alarmadas, declaran que son impotentes para hacer frente a la situación. Calles les responde disolviéndolas.

Pero con esto las arcas del tesoro se vacían, y en diciembre la situación es ya extrema; las insurrecciones se multiplican por doquier; el peso baja a la mitad de su valor. Las hojitas siguen invadiendo toda la República.

En una de ellas se ponla en conocimiento del público que el comunista Calles, el que se cacareaba amigo de los pobres, poseía

una inmensa propiedad rural, en la que estaba construyendo un ferrocarril de gran lujo valorado en más de un millón de pesetas.

Calles monta en cólera.

Y ya el 1.° de septiembre, día de la apertura del Congreso, anuncia que ha clausurado 129 colegios católicos, 50 iglesias y varias capellanías y centros de beneficencia, y continúa diciendo que aún no ha dado fin a su obra.

Fácil es de entrever cómo los católicos, lejos de amedrentarse, le hartan salir de sus cabales cuando repartieron con gran profusión otras hojitas en las que la Liga, después de glosar unas palabras del episcopado, con las que exhorta a los católicos no sólo a no amilanarse por la negrura de la tormenta, sino a llevar una vida intensa de oración, privaciones y de sacrificios, decreta de nuevo una intensificación extrema y absoluta del boicot en toda la República.

Y hace saber que por intensificación extrema, absoluta y nacional, entiende que todos los católicos, a partir del día prefijado, se deben aunar de consuno para hacer una huelga general; huelga de compras superfluas, de golosinas, de artículos de lujo, de billetes de la lotería nacional, de entradas a cualquiera clase de espectáculos; huelga de autos, coches y tranvías; en fin, por decirlo en una palabra, huelga de todo aquello que no sea intrínsecamente necesario

 .

Y acaba con un párrafo entusiasta, en el que reconociendo la dificultad de llevar adelante la lucha, dado que los gobernantes les tienen atados de pies y manos, les despierta la esperanza y aviva el ánimo con el recuerdo de que Dios está con ellos, de que Dios lucha por ellos y en consecuencia del cierto e infalible triunfo.

Mas para merecer el premio, dice, es menester nos hagamos dignos de él, es menester que trabajemos como católicos conscientes, como apóstoles infatigables, como celosos propagandistas de una propaganda oral y escrita, instructiva y ardiente.

El P. Pro llevaba siempre los bolsillos llenos de estas hojitas. Una vez los guardias lo detienen delante mismo de la casa en que vivía. Lo introducen en un auto, lo colocan al lado del conductor, y le dan a éste la orden de que los lleve a la comisaría de policía. Era, pues, de todo punto necesario vaciar los bolsillos antes de llegar. El P. Pro traba animada charla con el conductor, y entre frases que procura le interesen va sembrando todo el camino de paquetitos de hojas.

Los propagandistas están estrechamente perseguidos, y cuando logran echarles el guante, son severísimamente castigados.

Es curiosa la nota que publica la revista «América» (septiembre 1926) y que atañe a lo que ahora asentamos:

«El Gobierno se ha valido de los masones, protestantes y espiritistas para perseguir a los que hacen propaganda del boicot, y principalmente de los obreros socialistas de la C. R. O. M., que tienen derecho para amenazar, pistola en mano, aun a las señoritas y niñas propagandistas».

Pero este régimen de terror no acoquina a la plebe, y así en sólo una peregrinación, el día de Cristo Rey, se reúnen más de 200.000 almas en la basílica de nuestra Señora de Guadalupe.

El P. Pro asistió a esta fiesta, y así la narra a sus amigos.

«El 31 de octubre, fiesta de Cristo Rey, se tuvo aquí la manifestación más grande, más sublime, más divina que en el mundo entero se ha tenido de cuatro siglos a esta parte.

»La peregrinación a la basílica comenzó a las cuatro de la mañana y terminó a las siete y media de la noche. Una no interrumpida fila de gente, el 90 ó 95 por 100 de los habitantes de Méjico, pasaron enfrente de la bendita imagen de la Morenita. Los de la A. C. J. M. hicieron guardar el orden; y fue tal y tan solemne, que el Ayuntamiento de Guadalupe felicitó al señor Arzobispo.

»Yo estuve desde las nueve de la mañana hasta las once, y de las tres de la tarde hasta las seis; era imposible separarse de allí. Miles y miles de personas descalzas; otras de rodillas toda la calzada de Peralvillo; todos rezando el rosario y cantando, y gente pobre y rica, obreros y señores, formando grupos. Yo vi a una familia de la clase media, serian ocho por todos, descalzos completamente y el papá llevando los zapatos de todos; vi a un joven de la alta sociedad, con los pies ensangrentados, recorrer toda la calzada con el rosario en la mano; vi a unas veinte viejas mitoteras —eso me gustó— con coronas de espinas en la cabeza; vi la llegada del señor Mora y del Río, a las cuatro de la tarde, como cualquier peregrino, y oí los aplausos y vivas que resonaron por dentro y fuera de la basílica.

»Ya a las cinco de la tarde me iba a volver a casa con Méndez Med., cuando vimos a un resuelto grupo de criadas,

acompañadas de unos 100 obreros, que venían cantando por las calles que conducían a la villa; pero los cantos eran un poco entre dientes.

—»Ándele, compadrito —le dije a mi compañero—; ores cuando»—. Y entre codazos y pellizcos me metí entre el grupo, y sostenido por la potente voz de mi compañero canté a grito pelado el «Tú reinarás».

»Al ver los peladitos a dos catrines que dirigían, se entusiasmaron, y esto es cantar; dominamos muy pronto a los miles de personas que rodeaban la explanada de la basílica, y a los cinco minutos todos nos hacían coro en los cantos y en los vivas a Cristo Rey, al Papa y a los obispos. Ni un desorden hubo, aunque los bomberos llegaron a las ocho de la mañana haciendo un ruido endiablado, y aunque el general Cruz visitó dos veces la villa.

»Los muchachos organizadores cuidaban del orden en toda la villa, y los técnicos (guardias) se pasaron el día apoyados en los árboles, sin molestar en lo más mínimo a nadie; pobrecitos, ¡si ellos mismos eran los primeros en ponerse a nuestro lado! La Cruz Roja se portó admirablemente, y eso que era de la cáscara amarga. *¡Si todo Méjico es católico!* ¡Si la Morenita del Tepeyac es verdaderamente la reina de los mejicanos!

»Si la terrible prueba porque pasamos no sólo hace crecer el número de los resueltos católicos, sino que nos ha dado ya mártires, pues no de otra manera se ven a los veinte jóvenes valientes de la A. C. J. M. que fueron asesinados vilmente, y a muchísimos otros cuyos nombres ignoramos, pues la prensa está amordazada.

»Y el triunfo no tardará; el grandioso poder de nuestros enemigos, que cuentan con dinero, armas y mentiras, va muy pronto a caer, como la estatua que vio Daniel derrumbarse con la piedrecita que cayó del cielo.

»El Goliat mejicano perderá muy pronto la cabeza con el cayado que mueve el inerme pueblo guadalupano, y entonces, si, sólo Cristo reinará; sólo Cristo vencerá; sólo Él Imperará.

»Ya se siente el esplendor de resurrección, precisamente porque las negruras de la pasión están casi en su máximo.

»De todos lados se reciben noticias de atropellos y represalias; las víctimas son muchas; los mártires aumentan cada día... ¡Oh, si me tocara la lotería,

»Ya sabrán que el Santo Padre ha prometido canonizar a nuestros muchachos mártires, y que él mismo ha obsequiado con la custodia que le regalaron en Francia a la basílica de Guadalupe...

»Muestras tan paternales del Romano Pontífice han hecho honda impresión en nuestro pueblo.

»Y aquí termino, con diez y ocho interrupciones y un dolor de cabeza mayor.

»De todos in Dómino,

EL BARRETERO». ([8])

---

[8] Con frecuencia firmaba el Padre sus cartas con los seudónimos de *Barretero* (obrero que trabaja con barra o pico en las minas) o de *Enghien*. El primero nos deja ver bien a las claras su amor de predilección hacia los mineros; el segundo el grato recuerdo que conservaba de la casa donde había recibido la ordenación sacerdotal.

Los católicos, como se ve, no se amilanan. Ya que no pueden enseñar en las escuelas, organizan centenares de catecismos ambulantes que recorren todo el país. A mediados de octubre, trescientos noventa y siete catequistas, repartidos en treinta y dos ciudades diferentes, adoctrinaban a unos once mil niños. La ocupación de los sacerdotes es, principalmente, formar a los seglares, y en especial a los miembros de la Asociación de la Juventud Católica Mejicana. El P. Pro, por su parte, recibe en varias casas, y aunque se tiene que esconder, los suyos pronto dan con él.

«Nadie sabe dónde vivo. En cuatro sitios diferentes recibo cartas, recados, consultas y donativos de semillas para mis familias pobres, que han aumentado hasta 23…» (21 de abril 1927).

El Gobierno, ante movimiento tan ingente, fluctúa y no sabe qué partido tomar, hasta que se decide, como es natural, por el más artero e innoble: vilipendiar, denigrar y acusar al clero, hacerlo responsable de todas las calamidades que se ciernen sobre la malhadada República y hacerlo blanco de su ineluctable venganza. ([9])

---

[9] Calles, en febrero de 1925, había acariciado el proyecto de fundar una Iglesia nacional mejicana, Independiente de Roma, y ya había prometido restituirle los edificios religiosos y parte de los bienes usurpados a la Iglesia. Un desgraciado sacerdote, de nombre Pérez, a quien confiere el título de patriarca, se pone a las órdenes del Presidente y lleva a la práctica todos los medios posibles para reunir imitadores. Mas dicho sea en honor del clero mejicano, todas las lisonjeras promesas de Calles y el pernicioso ejemplo de Pérez fueron inútiles, y el proyecto del Presidente fracasó lamentablemente.

Consolador será, sin duda, saber el fin de Jorque Joaquín Pérez. Habiendo caído enfermo, sin probabilidad alguna de recuperar la salud, mostró vivos deseos de morir dentro del redil de la verdadera Iglesia, y así

En pleno Congreso, Morones, ministro del gabinete Calles, incita al pueblo a que sin pararse en barras asesine a los sacerdotes; y entretanto, los sacerdotes y obispos o son conducidos a la frontera o son aherrojados en la cárcel.

«La falta de sacerdotes, escribía el 15 de Mayo del año 27 el P. Pro a su P. Provincial, es extrema; la gente muere sin los sacramentos, y los pocos que quedamos no damos abasto. ¿Los que quedamos? ¡Ojalá todos trabajaran un poquito, que así la cosa no andaría tan mal! Pero cada uno es dueño de su miedo.

»Yo uso las cautelas que usted me indica, y nada me ha pasado; sustos más o menos que no pasan de sustos y que me sirven espiritual y materialmente para confiar más en la amorosa Providencia de nuestro Padre Dios, y para reírme después de pasado el percance, por lo cómico que resulta esta situación tan fingida que llevamos».

Esta penuria de pastores le desgarra el alma y le infiltra un valor que le lanza sin miedo alguno a la palestra.

«La revolución es un hecho; las represalias, sobre todo en Méjico, serán terribles; los primeros serán los que han metido las manos en la cuestión religiosa, y yo... he metido hasta el codo. Ojalá me tocara la suerte de ser de los primeros... o de los

---

acudió enseguida, dotado de las facultades especiales que el caso requería, el P. Bernardo Portas, S. I. en otro tiempo Padre espiritual de nuestro P. Pro, y ante él, y en presencia de más de treinta testigos, firmó una enérgica abjuración de todos sus pasados errores, hizo una solemne profesión de fe y exhortó a todos los presentes a no separarse de ella, «ya que es la única Arca de salvación». (Méjico, 6 de octubre de 1931).

últimos, pero ser del número; si así es, prepare sus peticiones para el cielo...». (12 de octubre 1926).

¡Estas últimas palabras traen a la memoria la lluvia de rosas prometida por Teresa momentos antes de morir!

Varias veces llega a hacerse la ilusión de que ha logrado la realización de sus sueños dorados. En diciembre de 1926, en efecto, es encarcelado por vez primera, pero logra escabullirse, pues aún no está dispuesto a sacrificar su vida por un precio tan irrisorio. ¡Hay tantos pobres que todavía necesitan de sus socorros!

EL PADRE DE LOS POBRES

Los pobres constituyen las delicias de su corazón y le ocupan la mayor parte del tiempo.

Él sabe hacerse todo a todos, y según su carácter tiene su modo peculiar de traducir las palabras de San Pablo

> «Voy de día y de noche entrando por las alfombradas escaleras de las casas ricas, por los resbaladizos ladrillos de una peluquería y por las asquerosas vecindades de la capital. Las gatas me adoran, los borrachines me tutean, los vendedores me guiñan el ojo y la flor y nata de los pelados guarachones y matones me tienen por su amigo más campechano». (13 de noviembre de 1926).

Los pobres e indigentes forman, en verdad, su familia. Desde el mes de febrero de 1927 dispuso de una poderosa organización para socorrerlos.

> «Por no estar ocioso —escribía el 19 de febrero de 1927— hago también, *sotto voce,* mi granjería, con semillas comestibles de todas clases, y con casas desocupadas, para las familias de los valientes jóvenes que se van a defender nuestras libertades. Más o menos organizadas tengo a varias personas que me recogen todo eso, lo llevan a Frontera ([10]), y de allí se reparte a

[10] Frontera, calle de Méjico, donde estaba una casa que frecuentaba el Padre, por ser como el centro, o mejor, el almacén de sus caritativas

> los puntos necesitados. Hasta hoy tengo unas 18 familias en esta forma, provistas de despensa para dos meses».

El 21 de abril escribía: «Yo palpo lo que leemos en las vidas de los santos (¡ojo, no me vaya a tener por uno!), pues sin saber cómo, ni cuándo, ni quién lo envía, recibo, ya cincuenta kilos de azúcar, ya cajas de galletas, ya café, chocolate, arroz y hasta vino... y la Providencia de Dios es tan paternal, que cuando me rasco la cabeza pensando a quién ir a darle un sablazo, ya tengo la despensa llena».

Sujetos desconocidos vienen espontáneamente a ofrecerle lo que precisamente entonces necesita:

> «No conozco casi a nadie, y no se me ha dificultado el conseguir casas vacías prestadas por seis y ocho meses; en una hasta teléfono pusimos.
>
> »Lo bueno de todo esto es que mi santísima personalidad no aparece en primer término, sino que yo muevo los resortes y otras almas generosas lo hacen todo.
>
> »Y llega a tanto mi cinismo, que una vez que nos dieron cien kilos de frijol (judías) picado, y que no servía para nada, me fui a la misma persona que nos lo dio a suplicarle que nos diera un poco de frijol, porque una caridad que nos habían hecho había resultado inútil por lo picado de la semilla... y ¡claro está!, pidiéndolo el Padre, resultó hasta garbancillo (no el Padre, sino el frijol)». (21 de abril 1927).

El P. Pro trabaja infatigable durante todo el día por sus pobres sin hurtar el cuerpo a riesgo alguno; por las noches alarga las vigi-

---

organizaciones.

lias, prevé la tarea del día siguiente y recibe a los pobres y los jóvenes que dirige.

El 15 de mayo del año 27 así daba cuenta a su Padre Provincial:

> «Por aquí la cosa va muy mal; no se ve que el horizonte se despeje, y de no ser una intervención directa de Dios nuestro Señor, los medios humanos no remediarán la situación. ¡Bendito sea el que así dispone las cosas y nos da gracia para vivir esta vida que no es vida!»
>
> «No tengo ni un centavo, ni creo poderlo conseguir, pues ya nadie quiere dar nada, y sin embargo, mantengo (usted perdone la ocupación) a 39 familias, dándoles despensa, casa y poca, muy poca ropa. Palpo cada día la acción directa de Dios sobre nosotros, pues de El únicamente viven esas pobres familias. Las comisiones de auxilios son mi obra favorita... Que ¿quién me da arroz y frijol, y azúcar y maíz, etc.? No lo sé. Es decir, si lo sé. Mi Padre Dios, porque infinidad de veces, sin pedir nada, y estando la cosa agotada, me envían regalitos de semillas sin saber quién los mandó».

Sus pobres aumentan de día en día, y por tanto necesita no pocas limosnas para alimentarlos y alojarlos; pero él no toma descanso ni un instante. Oigámosle en carta del 25 de mayo de 1927:

> «De ministerios vamos «a la page». ¡Jesús me valga! Si no hay tiempo ni de resollar; y como estoy metido hasta las cejas en eso de dar de comer al que no tiene, y son muchos los que no tienen, le aseguro que ando como trompo de aquí para allá, y con

tan buena pata... (privilegio exclusivo de los pillos), que ni me inmuto cuando recibo un recado semejante:

«La familia X dice que ya se le acabó la despensa, y que son doce de familia; la ropa se les cae a pedazos; tres están en cama y no hay ni agua». Lo ordinario es que mi bolsa esté tan enjuta como la parte espiritual del alma de Calles; pero no vale la pena el preocuparse, pues el Procurador del cielo es tan campechano como esto que le diré:

—»Aquí le tengo, señor Barretero, cien pesillos que me dieron para usted.

—»Guárdemelos, porque ahora no tengo nada preciso, y... conste que es historia, dos cuadras ([11]) más allá tengo que ponerle urgentemente una tarjeta:

«De los cien pesos, envíe usted cuarenta a fulano, cuarenta a zutano, veinte a mengano».

»Tan palpablemente veo la ayuda de Dios, que casi, casi temo que no me maten en estas andanzas, lo cual sería un fracaso para mí, que tanto suspiro por ir al cielo a echar unos arpegios con guitarra con el ángel de mi guarda.

»Me dan objetos de valor para que los rife, y cosas que valen 10 pesos las rifo en 40 y... al «pepe leolo».

«Iba yo con una bolsa de señora, muy «mona» (la bolsa, no la señora), que hacía cinco minutos me habían dado, cuando hele aquí me encuentro con una dama muy pintada, *ut in pluribus*».

—¿Qué lleva usted ahí?

[11] Americanismo que significa manzana de casas.

—Una bolsita para señora que vale 25 pesos, pero que por ser para usted se la dejo en 50 pesos, los cuales le ruego envíe a tal familia...

«Y con semejantes indirectas no hay quien se resista».

Un mes antes de ser apresado, el 17 de octubre de 1927, nos da una visión completa de sus ministerios en favor de los pobres, en una carta dirigida al P. del Valle:

«Si he sido tardo en escribir se debe al sinnúmero de ocupaciones que me traen a mal traer por estos barrios capitalinos.

»Se pierde la cuenta de confesiones, comuniones y bautizos; pasan de media docena los matrimonios semanales; hay multitud de enfermos que piden se les visite, y no sé cuántos son los prójimos que visan su pasaporte para el otro mundo. *Laus Deo*.

»Y a eso llamo yo «ocupaciones secundarias», porque las esenciales, las que tienen un puesto principal en mis tareas diarias son las comisiones de auxilios. Estando los tiempos como están, es indecible la miseria que reina en este país. Ya llegan a 96 las familias que mantenemos de pe a pa, y con la particularidad de que no contamos con ninguna entrada fija. ¡Mejor! Así, ni siquiera nos puede entrar vanagloria, porque la acción directa de Dios se deja sentir en toda su amorosa esplendidez. ¡Qué cierto es que el que da de comer a los pajarillos del campo no deja morir de hambre a los hijos que crió y redimió con su preciosa sangre!

»Todo mi personal se reduce a media docena de piadosas mujeres y a otra media docena de píos varones sin empleo. A las primeras las llamamos públicamente «Sección de investigación y aprovisionamiento», y en particular las titulo pidiches y fisgonas, pues ellas se meten en todos lados como ratas, y me llenan cada mes los escuálidos sacos de café, maíz, arroz, azúcar y manteca, que ya por los días 25 y 28 no sueltan ni un solo grano aunque los estrujemos sin piedad.

»A los varones los llamo en público «mesa directiva», y en privado los honro con el hermoso título «cesantes aprovechados», porque no pierden coyuntura de dar sablazo al primer primo que se les ponga por delante para provecho de la real familia de Dios, que se mantiene de su cesantía.

»En varias jefaturas de la capital ya hay comisiones de auxilios particulares que atienden a las necesidades de su demarcación, que sólo cuando nos sobra algo se lo damos, ya que tenemos la máxima de no ser tacaños con la bolsa de Dios, ni desconfiados que guardemos de un mes para otro. Si económicamente esto es un disparate, yo respondo que mayor disparate, humanamente hablando, es el de echarse a cuestas un centenar de familias para mantenerlas sin contar con nada.

»De cuatro a seis es el mínimo de sujetos que forman una familia, y de diez a doce el máximo, que tienen la mala costumbre de comer tres veces al día, y generalmente con buen apetito, y eso fuera coser y cantar si fuera lo único, pero los muy... hijos de Adán y Eva viven bajo techo, que les cuesta renta; y usan zapatos, que se desgastan; y ropa, que se adorna con agujeros, y saben enfermar y pedir medicinas.

»Claro está que no hay ni puede haber dinero para tanto adminículo; pero para eso me gasto amistades de doctorazos, que no me cobran; y de ricachones, que me prestan casas por seis u ocho meses, con recibos firmados y hasta con timbres que ellos mismos ponen de su bolsa. Lo único que lamento es que mis amistades entre zapateros y sastres sean nulas, que con eso ya no habría quebraderos de cabeza, ni combinaciones numéricas como ésta: Seis pares de zapatos, a 12 pesos, son 72; es así que sólo hay 20 pesos, luego... como decía mi profesor de moral: «espabilaizos».

Esta enojosa tarea no es en modo alguno cosa agradable. El P. Pro dedica una buena parte del día a pedir limosna; con esto, sus sacos se llenan y rebosan, pero bien sabe los trabajos que le cuestan. Y esta idea se la indica confidencialmente al P. del Valle en carta fechada el 5 de agosto de 1927

«Mis comisiones de auxilio marchan viento en popa; el dinero, tan escaso para todo, no falta para las bolsas de los pobres, y las peticiones de socorro son más numerosas que las solicitudes de los cesantes. Las semillas abundan, aunque, a decir verdad, gracias al color de mi cara, porque usted no se imagina qué vergüenza da pedir y más pedir. Por fortuna, que Aquel por quien se hace no se muestra tacaño y da espléndidamente. Bendito sea por siempre, amén».

Durante los últimos meses de su vida tenía el P. Pro instalado su despacho en casa de una señora de admirable caridad: J. Montes de Oca, que fue apresada al mismo tiempo que el P. Pro, y que después de la muerte del Padre fue desterrada a Estados

Unidos. Gracias a ella poseemos muchos pormenores de la caridad del P. Pro.

No volvía a casa hasta entrada la noche, para volver a salir antes de clarear el día. Los domingos no podía disponer más que de dos o tres horas de sueño.

Una vez, la señora no tenía casi nada para darle de comer, a causa de las frecuentes investigaciones y registros de los sabuesos del Gobierno. El Padre, sin embargo, acepta las pocas golosinas que ella le ofrece, y le responde sonriendo

—«Esto no es suficiente para mí y no vale la pena que me ponga a comer»—; y vuela a llevárselas a sus enfermos.

No pocas veces se le veía por las calles de Méjico con grandes sacos de harina a las espaldas, entre las risas y befas de las muchachas del arroyo; pero cuando se trataba de sus pobres no se arredraba ante ninguna contrariedad. En cierta ocasión llevó en brazos seis pollos y un pavipollo... vivos. Mas cuando volvió a casa a comer se puso a hacer gestos tan graciosos y raros como significativos: sus polluelos, irritados, le habían dejado sus pulgas y piojos.

En otra ocasión no tuvo miedo de subir a un ómnibus con seis gallinas: su aplomo y presencia de ánimo le permitieron pasar sus pollos entre chistes y donaires.

Pero quizás el acto más hermoso de caridad es el que nos cuenta en la carta escrita un mes antes de su muerte (17 de octubre). Le sucedía con frecuencia, nos dice, que se encontraba con padres sin recursos que abandonaban a sus hijitos. El P. Pro los recogía y los llevaba al asilo.

«La nota culminante de esta semana, y eso en mi vida privada, fue el regalo de un niño de seis meses. No hubo lugar en ninguna casa de cuna, y no hubo tampoco más remedio sino llegar a mi casa con tal alhaja. Mi papá, mi hermana y mis dos hermanos recibieron al bebé con los brazos abiertos, y ha sido la diversión de la vida íntima de mi casa. Con éste van seis que me regalan, pero los otros se han colocado fácilmente. Este es tan buena pieza, que ríe todo el día y llora poco. Se me ha venido encima un nublado entre los amigos por tal adopción; ¿pero no le parece justo que cuidemos al niño que Dios nos da, ya que ese mismo Dios nos ha cuidado a todos los de la casa en estos tiempos de luto y de miseria?

»En la primera aventura de este género (cuando no hubo tiempo de mandar por el niño, yo mismo me lo llevé); cometí la imprudencia de colocarlo en un Fordcito, muy envuelto en una manta, y arrinconarlo en el asiento; pero al primer salto del coche saltó al piso del auto, y si no lo cojo en el aire, de allí lo hubiera llevado al panteón. Claro, lo tomé en los brazos, y excuso decirle cómo llegué cuando lo entregué a los que lo adoptaron, *juxta illud* (según aquello) el que con los niños se pasea en auto, tiene que ponerse al sol para secarse».

Nora.—Para perpetuar en alguna manera esta benemérita labor del P. Pro entre los necesitados, sus Hermanos en religión han fundado el «CENTRO DE CARIDAD MIGUEL AGUSTIN PRO», que está desplegando en la ciudad de Méjico, a pesar de la ya crónica persecución, un admirable apostolado entre los pobres.

Mes hubo en que, aparte de las limosnas repartidas, ya en metálico, ya en especies —comidas, ropas, medicinas, alojamientos…— se abasteció de despensa a más de 220 FAMILIAS.

EL APÓSTOL DE LOS NECESITADOS

Si el P. Pro se compadece de la clase baja, si no puede ver una miseria sin socorrerla, no es solamente por ser de natural compasivo: tiene en esto una segunda intención. Comienza por conquistarse los corazones, para una vez ganados éstos, salvar las almas.

Alegre y jovial por naturaleza, consuela a los católicos a quienes el destierro o aprisionamiento de algún miembro de la familia ha reducido a la indigencia. Sus palabras, sus ejemplos, impresionan profundamente. Las conversiones que consigue son innumerables. El Señor no regatea sus dones al apóstol, que está lejos de enorgullecerse con ellos. El P. Pro no puede menos de ver el bien que hace, pero con sencillez encantadora lo atribuye todo a Dios.

> »Me he puesto a pensar seriamente la manera de que mi vanagloria se ponga hueca por las innumerables hazañas que llevo a cabo y en las cuales han fracasado otros sacerdotes. Pero a pesar de mis buenas intenciones, no hallo por dónde me pueda salir con la mía. Dios nuestro Señor me pone en la puerta de una casa; un criado me está esperando y otro me empuja; los amos me traen en palmitas, y sólo porque digo: «Pues ahí donde ven ustedes, no entiendo ni pizca de lo que me consultan»; ya me tienen por el chico más listo de la temporada, y casi casi me veneran como ente sobrenatural.

»Así son, y no de otro modo, las conversiones que la gracia de Dios obra por mi medio; las gruesas limosnas que llenan mis bolsillos para ir a dar alegría a tantos y tantos pobrecitos hermanos nuestros, que por ser católicos han perdido sus empleos en las oficinas del Gobierno; por el estilo son los morrocotudos casos de moral, que sin saber ni cómo ni por dónde se resuelven bien, pues mi secreto ya lo saben ustedes, y para animarlos, voy a repetirlo.

»Sin hacer mi panegírico, digo y afirmo que mi talento es de los más embrollados y obscuros. Al estudiar la moral palpé lo tarugo que soy, pero como Dios no me pedía sino que estudiara hasta reventar, entendiera o no, de allí resulta que, ahora que necesito la ciencia, Dios suple admirablemente.

»¡Ay si nos persuadiéramos de esta verdad! Yo cada día la confirmo: Cumple hoy con todo tu hombre viejo lo que Dios quiere de ti en este momento, que después la providencia de Dios arreglará todo como él lo sabe hacer.

»¡Nosotros no somos sino instrumentos de su bendita mano!»

El *gratia Dei mecum* de San Pablo se lee a menudo en sus cartas. Bien sabe que, aunque él trabaje y se desvele, nada alcanzaría sin la gracia divina, y obra según esta convicción. Veámosla cómo la lleva a la práctica:

«He confesado en las mismas cárceles y ellas son mi sitio más frecuentado, pues como los presos por cuestión religiosa son numerosos y los infelices carecen de muchas cosas, yo les llevo comida o almohadas, o mantas, o dinero, o cigarros, o todo junto.

»¡Si los carceleros supieran qué clase de pájaro era yo, ya haría tres meses que estuviera disecándome a la sombra! ¡Qué ganas tengo de que lo sepan, para estar siquiera quince días prisionero!...

»...Me he desquitado de mi aislamiento, dando a diestro y siniestro los ejercicios, ministerio heroico, pero al que le tenía miedo, porque nunca lo había practicado.

»Comencé *in anima vili*, a manera de ensayo, con siete y media docena de viejas beatas, que con sus ayes y suspiros, con sus sollozos y gemidos, me hicieron ver que si bien manejo yo la tecla de lo sentimental en los otros, también manejo la de la risa en mi humanidad beluina; tal era la risa que bullía en mi cuerpo al ver los girimiqueos y caras compungidas, que corté por lo sano y dejé al género femenino para ir al masculino.

»Y de veras que me resultó demasiado masculino. Unos cincuenta redondos chóferes, de esos de sombrero tejano, de mechón colgando y que escupen por el colmillo; gente de pro, aunque su exterior sea rudo y asqueroso. Con gran admiración mía comprobé que, hablando a esta gente, me fluían las palabras gruesas y sonoras... yo pensaba que después de tantos años ya se me habían olvidado, pues hace la nonada de dieciséis años que dejé las minas, pero ¡córcholis!, si parece que ayer las había aprendido.

»Excuso decirle lo solemne de esa conferencia; en un corralón de mala muerte, vestido de mecánico, con una cachucha hasta las cejas y dando empellones a mi simpático auditorio. ¡Bien haigan los chóferes del mundo entero!

»Me subí un poco a mayores ante un grupo de profesoras y empleadas del Gobierno; eran cerca de ochenta, y de esas

desenvueltas y decidoras, que no le tienen miedo ni al lucero del alba. Quizá, quizá, se hizo más fruto en ellas que en los chóferes.

»Aquí hubiera querido verlo, don Enrique, acosado por semejante jauría, que negaban la existencia del infierno, que afirmaban la mortalidad del alma, que hacían alarde de una autonomía rabiosa, sin querer doblegar la cabeza a las suaves verdades de nuestra religión. Sudé tinta, se lo confieso, pero quedé más que pagado al verlas comulgar a todas, pudiendo contar más de doce conversiones ruidosas, pues no se puede llamar de otra manera al cambio tan radical de esas pobrecitas almas.

»Y mire usted lo que somos, ni siquiera puede entrarnos la vanagloria, porque se palpa la gracia de Dios, única y exclusiva en estos casos; toda la fuerza de mi argumentación, todos mis conatos, mis tiros, mis disparos para conseguir una cosa, resultaban inútiles, pues como he visto la gracia de Dios, tocaba las almas con frases sueltas y sencillas que yo improvisé en el momento... ¡Bien haiga mi Padre Dios tan requetebueno!». (21 de abril 1927).

He aquí cómo se organizaban estos «ejercicios bajo el fuego enemigo»:

Un grupo de señoras invitaba a sus amigas a hacer los ejercicios. Éstos se daban en diferentes casas particulares de la ciudad, y era requisito necesario para poder entrar cierto papelito, a manera de contraseña. Por las tardes, el director de la tanda avisaba en qué sitio se tendría el ejercicio del día siguiente.

Se comenzaba éste con el rezo del santo rosario, y acto continuo predicaba el Padre. De ordinario se sentaba en algún sillón, junto a una capillita improvisada. Vestía a la última moda;

con frecuencia lucía una flor en el ojal... y hablaba sin inmutarse, a pesar de los policías que andaban en su busca. Después de la plática se tenían unos minutos de meditación, y luego una frugal merienda, que presidía el Padre.

Las señoras invitaban después a sus maridos a que hicieran otro tanto. Las reuniones de éstos se tenían al anochecer, una vez acabado el trabajo, y siempre se exigía el consabido papelito para entrar. Un día tuvieron la reunión en el sexto piso del gran edificio «España». Entre los escritorios y máquinas de escribir se arrodillan para rezar el rosario. Allí oyen el sermón, y la mañana del último día celebran allí mismo su comunión general. Nadie tenía miedo. En cierta ocasión, para evitar toda especie de sospecha, se celebró la Misa en una casa situada frente por frente al Palacio de justicia y a la vera de las oficinas del Procurador General...

Realmente, el P. Pro se distinguió en el ministerio de dar ejercicios ([12]).

Apenas acabados los ejercicios, ya se ocupaba en otros ministerios.

---

[12] Un periódico de San Francisco (Estados Unidos), el *The Monitor*, dando cuenta de una asamblea de antiguos ejercitantes, decía:

«El P. Pro ha sido el primer mártir jesuita en Méjico, y el primer mártir del movimiento en favor de ejercicios cerrados.

»Los esbirros de Calles han detenido al P. Pro cuando estaba dando una tanda de ejercicios...

»Y ante doscientos oyentes, el disertante, Miguel Williams, renombrado autor en San Francisco, lanzó la Idea de erigir delante de su casa de ejercicios una estatua al P. Pro, primer mártir y celoso promotor de los ejercidos cerrados...»

«El Viernes Santo fue un trajín continuo: ejercicios por la mañana a las profesoras; siete palabras; ejercicios para jóvenes y sermón de Pésame en barrios muy apartados, y eso, sólo yo, sabiendo que muchos de los nuestros hasta dos sermones o tres tuvieron.

»A pesar de la Pascua, sigo con ejercicios, pues hay material y peticiones a porrillo.

»A pesar de la estricta vigilancia por parte de la policía secreta, que tiene en esta ciudad más de diez mil agentes, puedo bautizar, asistir a matrimonios y llevar el Santo Viático a los moribundos. ¡Quién pudiera trilocarse!»

Y en otra ocasión escribía

«¿Enfermos? ¿Viáticos? ¿Extremaunciones?... Aquí sí que quisiera, no sólo trilocarme, sino centuplicarme. El Viernes de Dolores, a pesar de las dos tandas de ejercicios, anduve de aquí para allá ayudando a bien-morir».

A veces también se le ofrecieron casos peliagudos.

«A una teósofa de primer grado tuve que aguantar durante una hora las barbaridades más bárbaras que boca humana puede decir, y eso, a pesar de que mi vocabulario minero ya se despertó. Era una enferma de gravedad que a borbotones soltaba blasfemias y maldiciones contra lo más santo y sagrado que tenemos, los santos, los sacramentos y aun contra la misma Santísima Virgen... Boca verdaderamente infernal, que ha cambiado tanto en seis días, que ahora sólo sabe decir Avemarías y Credos.

»¡Cuánta miseria por falta de educación católica! ¡Pobre alma! Quizá mañana muera a consecuencia de una operación; pero mañana voy a llevarle el Santísimo».

En diferentes ocasiones intenta referir sus ministerios, pero apenas tiene tiempo. Así le daba cuenta de sus trabajos el 19 de febrero de 1927 a su P. Provincial:

«Después de la partida del P. Ambía se me recargó el trabajo, pues a medida de mis fuerzas me quedé con la feligresía de la Sagrada Familia. Antes de que las cosas se extremaran más, tenía mis centros eucarísticos, adonde iba todos los días a llevar la Sagrada Comunión; las comuniones fluctuaban entre 300 y 400 diarias. Los primeros viernes aumentaron casi el triple. Ya se imaginará usted lo que esto significa para un pobre curita sin experiencia de trabajo de confesiones. Muy caballero en una bicicleta de mi hermano andaba por esas calles de Dios en peligro próximo de la vida, pues los camioneros de aquí son muy atrevidos.

»De otros ministerios ya casi perdí la cuenta, pues los enfermos eran mi ocupación predilecta; los viáticos y extremaunciones, bautizos y matrimonios, a porrillo, especialmente entre la gente obrera. Los más notables fueron el bautizo de dos pequeñitas, de 25 y 28 años, que ya habían hecho el disparate de comulgar varias veces antes de ser bautizadas; el matrimonio de una pareja que tenía 25 años de vivir mal; la conversión de varios socialistas y de un hereje, y muchas, muchísimas primeras comuniones.

»Llevado a barriadas de mera gente pobre, parece que me hallaba en mi elemento, y hablaba, gritaba ante aquel auditorio descamisado, que sin temor a técnicos (guardias) ni a

gendarmes venía por cientos a nuestras conferencias. ¡Pobrecitos! ¡Tanto bien que se puede hacer entre ellos!»

¿Y su salud? No tiene tiempo ni para pensar en ella. De vez en cuando se encuentran en sus cartas algunas alusiones... pero siempre entre bromas.

«Y... aquí corto la hebra. Son las tres, y ya debería estar confesando... ¡Y estos días cómo me ha costado este acto! Mi padre Dios me ha mandado un cilicio en los dientes y muelas, y a veces son los dolores tan fuertes, que quisiera tomar el biombo confesonario y tirárselo por la cabeza a la infeliz penitente. Hay que pagar a Dios los réditos de lo mucho que me da para tanta familia».

Su predilección la constituían los ministerios con hombres.

«En esta relativa paz ([13]) que tenemos hacemos nuestro agosto en lo que se refiere a los ministerios, pero... la misma dificultad: el día sólo tiene 24 horas. Una lúcida corte de chóferes forman mi corona de gloria; ¡qué bien se está entre esa gente que habla «fuerte» y que no se para en barras, pero que es muy dócil cuando se persuade de que se le atiende y se le tienen consideraciones! No los cambio ni por las más encopetadas matronas y ni siquiera por los caballeros fifís (petimetres).

»Los ministerios más variados y hermosos: casamientos de luteranos y herejes moribundos de todas edades y religiones; consultas a lo Nicodemus con gente armada a la puerta para cuidar a los que vienen; primeras comuniones que enternecen; misas a lo catacumba, en lo que el celebrante se queda chiquito al ver la fe del auditorio; confesiones de día y de noche que

[13] Hace alusión al mes en que escribía esta carta, 5 de agosto de 1927.

agotan al hombre viejo y lo hacen detestar el pecado (por lo que a él le cuesta).

»Si tuviera la vida de comunidad, el peso disminuiría en un noventa por ciento; pero corriendo de ceca en meca, sudando y trajinando en camiones sin muelles, espiando disimuladamente a los que nos espían, y con la espada de Damocles que nos amenaza en cada esquina con la inspección y los sótanos... vamos, que casi preferiría estar ya en la cárcel para descansar un poco... me rajo y me reterrajo de esa barbaridad: ¡pobre gente! ¡Pobrecita, posponer el bien de sus almas por una comodidad del cuerpo! Al pie del cañón hasta que el Capitán y Jefe ordene otra cosa, porque no por mis fuerzas, sino *Gratia Dei mecum,* perseveraré hasta el fin.»

El apóstol sufre al ver tanta gente olvidada de la salvación de su alma, mas el Señor no deja de enviarle algún consuelo

«Hace doce días tuve una ceremonia muy bonita: la conversión de una protestante. Firmó ante testigos su abjuración como lo prescribe el Derecho Canónico; pero ella quiso hacer oblaciones de mayor estima y momento y pidió hacer pública abjuración de sus errores momentos antes de comulgar.

»La ceremonia fue en el Buen Pastor, ante un auditorio de más de doscientas personas. Hizo un acto de fe en Cristo Sacramentado, pidiendo perdón, prometiendo vivir fiel a las enseñanzas de la Iglesia, encomendándose a las oraciones de los presentes y terminando con el símbolo atanasiano».

De vez en cuando también le acaecen otras ceremonias no poco curiosas. Dejemos que nos las narre él mismo.

—«Me acuso, Padrecito, que soy tejona.

—¿Qué?

—Que soy tejona.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que tejo mucho.

— ¡Ah! ¿que tejes los domingos y días de fiesta?

—No; que tejo mucho la vida de mis prójimos».

Y en otra ocasión:

—«Me acuso, Padre, que soy hombrona.

—¿Qué dices?

—Que soy hombrona.

—Pues no lo entiendo.

—Que cuando me mandan una cosa, levanto los hombros».

«Y conste que esto no es revelación del sigilo, porque no fueron en confesión, y yo pedí expreso permiso para hacer uso de tales confidencias para dar doctrina a las personas que se confiesan de modo que no se entienda lo que dicen...». (17 de octubre de 1927).

Otro hecho, que sin duda debió henchir de inefable consuelo el corazón del apóstol, fue el acaecido en la postrera fiesta de Cristo Rey que él celebró en este mundo; hecho que si ciertamente no aparece en sus cartas, con todo, nos consta inconcusamente por una testigo fidedigna que se lo oyó narrar de sus mismos labios, el 3 de noviembre de 1927, pocos días después de sucedido.

Como corona de una semana de penitencia, o sea, de unos Ejercicios parroquiales que había celebrado en Toluca, organizó

con la mayor pompa que las circunstancias le permitían, una comunión general.

Pero de repente, a media función, se oye el estrépito de las armas de una patrulla de soldados que se acerca. Un pavor y sobresalto indescriptible se apodera del auditorio. Para calmar los ánimos y alentar los espíritus, se ve el Padre en la necesidad de improvisar una plática de circunstancias, en las que hace resaltar de una manera vívida y elocuente la misericordia de Dios. Por fin, al poco rato, así como se habían acercado, se alejaron los impertinentes vecinos, con su infernal zambra, y con ellos las inquietudes y congojas, pudiéndose acabar con santa paz la fiesta.

Mas he aquí que, apenas el P. Pro había vuelto a su casa, cuando acude a él una dama, hecha un mar de lágrimas, quien, franqueándole de par en par los repliegues de su corazón, le revela las misericordias que el Señor había derramado sobre ella, con ocasión de la susodicha plática, y le cuenta su triste historia:

En su juventud había vestido los hábitos religiosos por cuatro años, abandonando el camino comenzado; y volviéndose al mundo, a fin de no perder la buena fama, se había acercado a la mesa eucarística todos los días por espacio de 32 años, con su alma muerta por el pecado mortal, añadiendo así sacrilegio sobre sacrilegio. Ningún sermón ni plática habían sido bastante para ablandar aquel corazón empedernido en el mal, pero aquella mañana, al oírle hablar de la misericordia del Señor, tanto se había conmovido, que arrepentida de todo corazón, le suplicaba hiciera pública su nefanda hipocresía para perder la injusta fama, por cuyo amor había llevado una vida sacrílega tanto tiempo.

Los Superiores del P. Pro estaban al corriente de todos sus trabajos; y como se enteraron de que la policía había dado orden

de prenderlo, juzgaron prudente hacerle descansar. Fácil es de comprender qué melancolía le embargaría al verse con los brazos cruzados. El, con todo, obedece fielmente sin decir nada; mas ¡qué alegría recibió al devolvérsele la libertad!

> «Como agua de mayo recibí la orden o permiso de ir por aquellas regiones, permitiéndome dejar, con la cautela necesaria, el estrecho retiro a que me había recluido el ilustre Calles de los Plutarcos.
>
> »Verdaderamente me ahogaba en aquel encierro en el que por todo espacio tenía cinco metros cuadrados, y donde, a pesar de las ventanas, nunca entraba el aire, porque estaban cerradas a cal y canto. El horizonte único era el corral de una casa contigua, donde pacíficamente pastaba un burro viejo...

»Momento por momento llegaban a mis oídos las quejas de los que me rodeaban, lamentando la prisión de fulano, el destierro de zutano, el asesinato de mengano... Y yo, enjaulado, sin poder siquiera estudiar porque no tenía libros, y ardiendo en ansias de lanzarme a la palestra y animar a tantos campeones de nuestra fe, a ver si por casualidad me tocaba la suerte de ellos...

> »Pero no se hizo la miel para la boca del... que esto escribe, y tuve que resignarme, ofreciendo a Dios los deseos en aras de la obediencia».

Vuelve, pues, rebosando alegría a la peligrosa vida apostólica.

En la última carta suya de las que conservamos, que trata de sus ministerios, se muestra tranquilo, a pesar de la multitud de espías que le cercan.

Después de haber traído a la memoria cómo había celebrado la fiesta de Cristo Rey en 1926, he aquí lo que escribía el 30 de

octubre de 1927, y que puede dar una idea compendiosa de los trabajos llevados a cabo para celebrar con mayor fruto todavía la última fiesta de Cristo Rey que había de celebrar en este mundo, pues fue menos de un mes antes de su muerte.

Después de haber hablado de los días que precedieron a la fiesta, continúa:

> «A las cinco de la mañana abría la puerta de la calle, que ya se animaba con más de treinta buenas maritornes que venían a confesarse; una hilera de sirvientas aumentaban el auditorio hasta llegar a cerca de ciento cincuenta, que apiñadas en una sala, pacientemente esperaban que mi real cáscara terminara de confesar para empezar la misa. Una plática después del evangelio y una comunión general tuve en todo el triduo, con gran consuelo de mi ánima beata. Seguía después una interminable serie de responsos, que esta buena gente me hacía decir, desde sus bisabuelos hasta sus futuros biznietos.
>
> »Por la tarde pasaba algo semejante (pero sin misa) con los hombres. Yo no sé cómo había tal cantidad de obreros y señores en tres piezas regulares y poco iluminadas. Calculo en doscientos mi auditorio, ávido el infeliz de oír la palabra de Dios. Estaba yo admirado de que tanta gente viniera a pesar de la vigilancia que hay y de estar a dos pasos los revolucionarios, amenazando a la población con un asalto. Tal vez precisamente por eso la autoridad municipal no creía que pudiera haber tipos tan... sinvergüenzas como yo, que en sus mismas narices dieran un triduo con rosario y cantos de misión como en tiempos normales.
>
> »Yo me había hecho un dilema *«in bárbara»* para quitar las dudas de mi conciencia.

»O me llevan a presidio durante el triduo, o no me llevan; si no me llevan, doy el triduo, y honro así a Cristo Rey.

»Si me llevan, seguiré dando el triduo con oraciones y penitencias en la «chinche» (cárcel), y honro de igual modo a Cristo Rey.

»Luego el triduo se dio, y para mucha rabia del señor diablo, que tuvo que doblar la rodilla ante el único Rey de cielos y tierra.

»Con el pomposo título de «conferencias» anduve de Herodes a Pilatos por esta villa, diciendo en tres frases, al principio, de mucho bombo, para seguir sencillamente con un vulgar sermón del juicio y de la muerte, del pecado y de la confesión».

Entre sus oyentes se hallaba gente que había tratado con los socialistas, gente sencilla, que se había dejado engañar por la retumbante y hueca palabrería de los propagandistas rusos. Pero las primeras frases redondeadas del Padre les ganan por completo. Oigamos cómo nos lo refiere el mismo Padre Pro:

«Salimos ajustaditos», me dijeron tres zapateros al fin de una conferencia es decir, que les vino muy bien el saco, y los muy eminentes críticos confesaron que esa clase de conferencias eran de «gran prestigio para la mentalidad constituyente de la nación». Yo no entendí la frase, pero les di tal apretón de manos, que la mía se quedó oliendo a betún durante unas tres horas».

Y pone punto final a la carta dando cuenta de su salud:

«Por demás es decirle que, olvidando las prescripciones médicas que como anatemas pesan sobre mi humanidad durante los tres años que deben seguir a mis operaciones, en que todo

alimento grasiento es pecado mortal, yo comí aquí los famosos chorizos y pambazos, que hasta ahora no han protestado en mi estómago. Lo cual prueba que estoy hecho a prueba de bomba, y que esas excursiones que *dan prestigio a la mentalidad constituyente de la nación* deben prodigarse más sin temor a nada ni a nadie. ¿Qué pensará don Carlos de esto? ¿Qué pensarán ustedes? ¡Ah! primito Enrique, interponga usted su influencia para que me suelten el mecate y pueda yo ir por esos mundos de Dios. Mire que se trata nada menos que *de la mentalidad constituyente de la nación*.

»Adiós. Recuerdos a todos, no se olvide de mí cuando no tenga por quién aplicar un Avemaría; sepa que yo la acepto gustosísimo.

ENGHIEN».

El 17 de mayo del año 27 así comunicaba a su P. Provincial el curso de sus ministerios y los peligros sin número que le rodeaban:

«De ministerios, lo más que hago son confesiones y moribundos, y quisiera centuplicarme para poder estar en todas partes. Dios aceptará mi buena voluntad.

«Muy especialmente me encomiendo en sus oraciones. Los peligros en que vivimos son terribles si los vemos con los ojos del cuerpo y no con los del espíritu.

»Ahora sí comprendo la vida, la santa vida de comunidad. Con todo, confío con toda mi alma en la gracia de estado, porque de mi parte ya hubiera dado al traste con todo. *Non vos me elegistis, sed Ego elegi vos*... (No me elegisteis vosotros a mí,

mas Yo os elegí a vosotros). Y Dios sabe qué buena pieza era yo.

»Bendiga, Padre, a su hijo, y métalo cada día más dentro del Corazón Santísimo de Cristo».

Como se ve, el P. Pro no rehusaba el trabajo, pero con todo, sufría por su soledad; hubiera deseado trabajar, pero confortado de ordinario con la compañía de sus Hermanos.

«Cuando tendremos —escribía en otra ocasión— siquiera media hora para contarle las mil y mil peripecias de una vida tan agitada como la que llevamos.

»Suspiro, sí, por la quietud de nuestras casas, por el orden que reina en todo, por la facilidad con que se hacen nuestras obras ordinarias...

»Pero aquí, en medio del remolino, admiro la ayuda especial de Dios, las gracias especialísimas que nos da en tantos peligros, la presencia suya más íntimamente sentida cuando el desaliento viene a empequeñecer nuestras almas».

Esta es la primera vez que la palabra «desaliento» aparece bajo la pluma del P. Pro. Pero es una palabra fugaz...

El apóstol se fortifica con el pensamiento del triunfo en el combate que ahora se anuncia, pues ansía volar al cielo con Cristo, y así escribe el 21 de abril de 1927:

«Cupio dissolvi et esse cum Christo». (Deseo ser desatado y estar con Cristo). «Aquel grito de San Pablo en que pedía a Dios lo sacara de este mundo, y eso, por tres veces, lo comprendo muy bien; pero al mismo tiempo siento la verdad de aquella respuesta divina: *«Sufficit tibi gratia mea, quia virtus in*

infirmitate perficitur». (Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en los trabajos).

Nadie suspiraba con tan entrañable afecto como el P. Pro por unirse con Cristo; pero nadie tampoco deseaba más que él permanecer al pie del cañón hasta la hora señalada por la Providencia.

Afronta el peligro, pero se lanza con una habilidad extraordinaria. Le consta que hace un año anda la policía en su busca, mas no se arredra. Dejémosle contar a él mismo cómo burla las pesquisas policíacas.

> «Mi aspecto de estudiante tronado aleja las sospechas de mi profesión; con el bastón en la mano unas veces, otras seguido de un hermoso perro policía que me regalaron, y algunas montado en una bicicleta de mi hermano (que por cierto ya me debe un raspón en el brazo izquierdo y un chichón en la frente), voy de día y de noche por todas partes haciendo bien...»

> «Hace ya unos veinte días que han dado orden de aprehensión contra mí; pero la tal orden no se cumple, y eso que yo no me oculto y hago lo que tengo que hacer a la luz del día y a la luz eléctrica... pues no me ajusta la del sol...»

En el mes de diciembre de 1926 lanzaron los católicos al espacio más de seiscientos globos, que hicieron caer sobre la ciudad de Méjico una verdadera lluvia de impresos de propaganda

en defensa de la religión ([14]). Calles, enfurecido, ordena el inmediato arresto de los culpables, y con esta ocasión fue hecho prisionero el P. Pro.

Él mismo nos brinda los pormenores del suceso y de sus consecuencias:

> «Mis hermanos carnales estaban metidos hasta la coronilla de la cabeza en todo lo de la Liga, y como promotores supuestos de los famosos globos, atrajeron las miradas de nuestros amigos del Gobierno.
>
> »El 4 de diciembre (1926), día en que se echaron los 600 globos que distribuyeron millares de hojas de propaganda religiosa, fue Bandala (uno de los jefes de la policía) a registrar la casa. Nada encontró, pero dio orden que todo varón que llegara de doce a una de la tarde fuese llevado a la cárcel. Yo fui el único que llegó, pues allí estaba refugiado, y... el único de la casa que fue a visitar la cárcel de Santiago Tlaltelolco (prisión militar).
>
> »¡Qué recuerdos! A las siete de la noche nos llevaron a la prisión, entre dos hileras de soldados, a siete jóvenes aprehendidos por causa de los globos. El teniente que nos recibió en Santiago, al leer el oficio de Gobernación, en que nos declaraba presos, nos dice riendo:
>
> —»Mañana vamos a tener misa.

---

[14] Dichos globos llevaban por un lado, con grandes letras, una inscripción que decía: ¡Boicot! En el otro llevaban el escudo de Liga de Defensa Religiosa y debajo seis banderas nacionales, y además tres paquetes de propaganda sujetos con mecha de diversos tamaños. A la hora prefijada, a la una y inedia, se lanzaron los globos, y fácil es de imaginar el espectáculo de tantísimo globo esparciendo por el aire, según algunos dicen, cinco millones de hojitas de defensa religiosa.

—»¡Malo! —me dije yo—; ya me lo conocieron.

—»¿Misa? —preguntamos todos espantados.

—Sí —responde el teniente—; porque entre vosotros viene un presbítero.

—»¡Malo! ¡Muy malo!—seguí diciendo para mi capote.

—»Todos nos miramos de pies a cabeza para ver quién era el desventurado presbítero que nos acompañaba.

—»Es un Miguel Agustín —dice el teniente.

—»¡Alto ahí! —dije en alta voz—; ese Miguel Agustín soy yo, pero así diré misa mañana como colchón voy a tener esta noche.

—»Y ¿ese presbítero que se pone después de su nombre?

—»Es solamente mi apellido, Pro, y no Pbro., que es la abreviación de presbítero.

»La noche... ¡Huy! La noche la pasamos en el patio, a cielo raso, pues en la orden de prisión venía este inciso: «procúrese fastidiar a los aprehendidos». ¡Y vaya si lo cumplieron! Una extensa cama de cemento, es decir, todo el patio, se puso a nuestra disposición, con unas almohadas enormes y muy altas que servían de pared, y sin más sábanas que las que el fresquete de la noche pudiera darnos.

»Los siete presos nos pegamos uno al otro, pues el frío era más que regular; comenzamos a rezar el rosario, a cantar a media voz cuanto bueno se nos ocurría y a cabecear sin respeto alguno a los centinelas que nos custodiaban. Yo, que en el observatorio de Granada me pasaba las horas muertas tomando la altura de las estrellas, y que rabiaba porque no caminaban

más de prisa, tuve que rabiar aquella noche porque iban demasiado despacio.

»A la mañana siguiente nos iban a despertar a cubetazos de agua; pero como no dormimos, no hay para qué decir que al primer chorro de agua ya estábamos corriendo por aquel patio, entre las risas y rechiflas de los soldados presos.

»Nuestra bolsa tenía la módica suma de 3,10, caudal suficiente para pagar una olla entera de hojas de naranjo hirviente y sin azúcar, que nos supo a manjar del cielo, pues la escarcha nos había dejado tiesos como témpanos.

»A las doce de ese día salí yo de la cárcel; mis compañeros fueron más privilegiados que yo y salieron al día siguiente. Tuve que presentarme dos veces más a Gobernación para declarar. ¿Declarar qué cosa? Yo no lo sabía ni lo supe; aquello fue una farsa, en la que a ciencia y conciencia les tomé el pelo a nuestros dignos gobernantes, usando el tono guasón en que se dicen verdades y no se compromete nada.

»Sin embargo, ahora que reflexiono, me maravillo de que no me hayan fusilado por una frase muy fuerte que dije. Al preguntarme Bandala si estaba dispuesto a pagar como multa una fuerte cantidad de dinero, pues Calles estaba disgustadísimo por lo de los globos, le respondí:

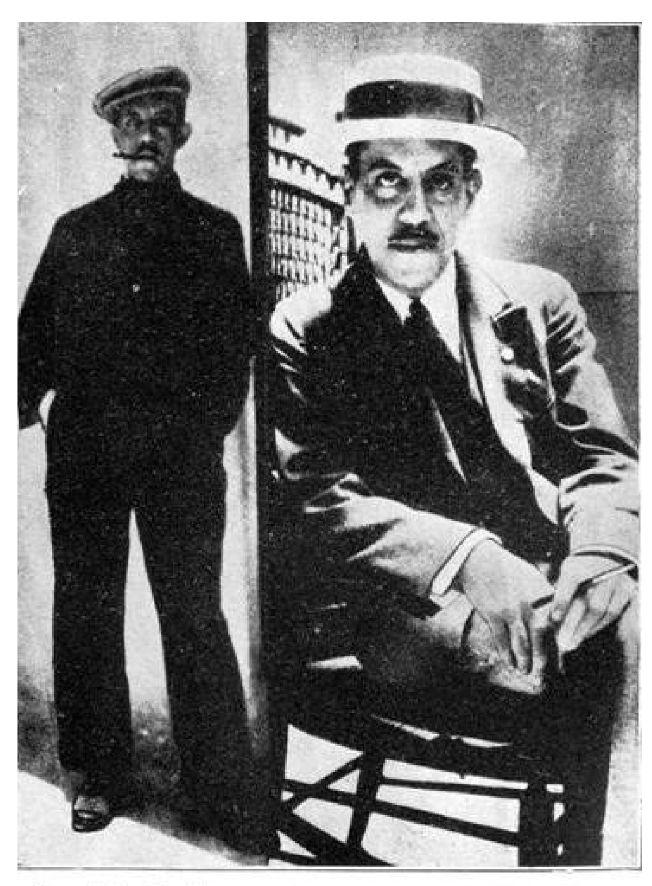
—»No, señor, por dos razones: primera, porque no tengo ni un centavo, y segunda, aunque lo tuviera, no quisiera tener durante mi vida el remordimiento de haber sostenido al Gobierno actual con medio centavo de mi bolsa, siquiera fuera la diezmillonésima parte de un segundo.

»Después de este sainete, mis ministerios fueron más reducidos. Con todo, pude preparar la fiesta de Navidad en unos

seis asilos y en el Buen Pastor, con pláticas, bendiciones y comunión general el 25; y con meriendas, piñatas y juguetes.

»Esa fue mi última hazaña pública, pues el 29 de diciembre llegaron los de la reservada con orden de aprehensión para mí y mis parientes. En vano me puse muy hombrecito con ellos; en vano les supliqué con frases tiernas; en vano invoqué influencias y recomendaciones. Su duro corazón sólo se ablandó con 50 pesos que les di. Pero mi papá, mi hermana, mis dos hermanos y yo, tuvimos que salir con lo que llevábamos puesto y buscar asilo entre amigos y parientes, desde esa fecha hasta nuestros días.

»Mil versiones se han hecho, pero la que ha prevalecido es la de que yo fui el autor de las hojas del ejército y mis hermanos los responsables de los globos, lo cual es falso por ambas partes». (19 de febrero de 1927).



Durante los ejercicios a los obreros — Durante los ejercicios a caballeros

Después de este primer toque de alerta, el Padre Pro tuvo que hurtar algo su persona a las iras de los gobernantes, y se nota en su actitud que ha recibido orden de obrar con precaución y de no trabajar tanto, por lo menos durante algún tiempo. Así escribía desde su escondite al P. Provincial:

> «Recluido en un cuarto estrecho, sin más horizontes que un corral vecino y con prohibición de exhibirme mucho, paso los días revolviendo mis libros y papeles y estudiando.
>
> »Es mejor la obediencia que no los sacrificios, y por eso no me he movido de donde estoy; con todo, permítame decirle una cosa, sin pretender en nada criticar ni murmurar.
>
> »La situación es muy delicada aquí; hay peligros para todos y sé que Dios dice que nos ayudemos para que Él nos ayude. Sin embargo, la gente está muy necesitada de auxilios espirituales; a diario me llegan noticias de que muere la gente sin sacramentos; no hay sacerdotes que afronten la situación, pues por obediencia o por miedo están recluidos. Contribuir yo con mi granito de arena sería expuesto si lo hiciera como antes; pero con discreción y medida, no me parece temerario... Yo juzgo que entre la temeridad y el miedo hay un medio, y que entre la extremada prudencia y el arrojo, también lo hay.
>
> »Ya he indicado esto a don Carlos, pero él teme por mi vida. —¿Mi vida?... Pero ¿qué es ella? ¿No sería ganarla si la diera por mis hermanos?
>
> »Cierto es que no hay que darla tontamente, pero ¿para cuándo son los hijos de Loyola, si al primer fogonazo vuelven grupas? Y esto lo digo, no en general, pues hay sujetos que servirán mucho el día de mañana, y conviene que se conserven y se cuiden, ¿pero tipos... como yo?

»No es, Padre, humildad, ni deseo de aparecer como muy valiente; es sólo el convencimiento que tengo delante de Dios de lo inútil que soy y de lo poco que puedo valer, y de que sería animar mucho a infinidad de gente, sacerdotes y no sacerdotes, si no abandonásemos a nuestros pobres hermanos, hoy que tanto necesitan los auxilios de la Iglesia.

»Lo más que me pueden hacer es matarme, pero eso no será sino el día y a la hora que Dios tiene reservados. Además, la situación parece prolongarse, y hay muy pocos, poquísimos pastores que cuiden el rebaño de Cristo...

»Yo sé que más hago por la Iglesia hundido en un pobre cuarto por obediencia, que en medio de la plaza por mi propia voluntad; pero tampoco es desobediencia pedir a mi Superior permiso para hacer algo, pudiendo lo hacer sin mucho peligro, y eso a pesar de la orden de mi Superior inmediato. Juzgue usted, Padre, y ya sabe usted que en todo y por todo acataré sus órdenes y las de don Carlos».

«Mi salud es de bronce. Ni un solo día he estado en cama; mi estómago se acuerda muy raras veces de que está operado. Son, a mi modo de ver, las últimas aleteadas que da después de casi ocho años de dolores cotidianos». (19 de febrero de 1927).

Los Superiores quieren obrar con prudencia, pero les consta que esta alma ardiente y fogosa no puede permanecer pasiva, inactiva. Y el P. Pro torna a la batalla.

Desde el mes de octubre de 1926 estaba dada la orden de prenderlo; pero el Padre confía en la Providencia y en su astucia que podrá evadir las pesquisas de los sabuesos de Calles que le espían.



Disfrazado de obrero

Poco faltó, con todo, varias veces, para que le cogiesen.

«Dos veces, nos cuenta él mismo, han cateado el sitio en que yo iba a ejercer mis ministerios.

»Una fue a las seis y media de la mañana, en una «Estación Eucarística». Estaba en la mitad de las comuniones, cuando una criada llega gritando «¡La policía!» La gente se asusta, palidece, se mira.

«Aiga paz», les digo; escondan los velos, distribúyanse por los aposentos y no hagan, ruido.

«Yo andaba ese día de cachucha (gorra), con un vestido gris claro, que con el uso ya se me está poniendo oscuro; saco un cigarro, que acomodo en una enorme boquilla, y llevando el Santísimo dentro del pecho, recibo a los intrusos.

—Aquí hay culto público —me dicen.

—No es así —les digo.

—Pos sí, señor, aquí hay culto público.

—Pos ahora sí, señores, los hicieron patos (les engañaron).

—Sí, yo vi entrar al cura.

—¡Ah, cómo eres hablador! ¿Apostamos una copa de aguardiente a que no hay cura?

—Hay orden de registrar la casa. Síganos.

— ¡Pos no más eso me faltaba! ¿Yo seguir a ustedes? ¿Y de orden de quién? ¿A ver mi nombre? Paséense ustedes por toda la casa, y cuando encuentren al *«culto público»* vénganmelo a decir pa ir a oír Misa.

»Ellos comenzaron a recorrer la casa, pero por prevenir mayores males, entre la gente extraña que había allí; me voy tras de ellos, y como muy conocedor de la casa les voy indicando lo que había detrás de cada puerta cerrada. Excuso decirles que por ser la primera vez que andaba por esas interioridades, afirmé ser dormitorio lo que luego resultó escritorio...

»No se encontró al tal cura, y los taimados policías se pusieron de guardia en la puerta de la casa; yo me despedí de ellos diciéndoles que, a no ser por mis ocupaciones, me estaría con ellos hasta que echaran el guante al atrevido cura que así burlaba la exquisita vigilancia de tan perspicaces policías.

»Al terminar de repartir las comuniones volví por allá, y aún el cura no aparecía...»

«En otra ocasión, al ir a decir Misa a una barriada, me topo de buenas a primeras con dos policías que custodiaban la casa donde iba a celebrar.

»Esta vez estamos perdidos, dije para mis adentros. Entrar era exponerse; volver atrás era miedo; dejar abandonada a la gente que estaba dentro, era infame.

»Con la mayor frescura que pude, me detuve enfrente de los policías, apunto el número de la casa, me desabrocho el chaleco, como si quisiera mostrarles algo, y les digo:

—»Aquí hay gato encerrado...

»Ellos me saludan militarmente y me dejan pasar; creyeron que era un policía de le reservada y que les mostraba la placa que ellos suelen llevar dentro del chaleco.

»Ahora sí que hay gato encerrado, me dije yo al subir a toda prisa los escalones. »Fue imposible decir Misa, pues la gente, al verme llegar, se puso lívida, y quisieron encerrarme detrás de un guardarropa. Yo les dije:

—Sí, ahora es cuando estamos más seguros, puesto que le policía nos guarda la casa.

»Pero fue inútil; me rogaron que saltara por la azotea. Yo tomé mi sotana y salí por donde entré, no sin recibir dos soberbios saludos militares de los policías».

En carta del 21 de abril (1927) nos cuenta otro episodio de este jaez:

«Una escena chusca que pudo acabar en trágica me pasó la primera noche de ejercicios a las empleadas del Gobierno. Salgo yo a las nueve y media de la noche como un gitomate, de puro acalorado que estaba por los gritos y berridos que pegué.

»Dos tipos se atraviesan en la calle y me esperan en la esquina.

»Hijo mío, me dije, despídete de tu pellejo; y fundado en la máxima de que el que da primero da dos veces, me dirijo hacia ellos y les pido un fósforo para encender mi pitillo.

»—En la tienda lo puede usted conseguir, me responden.

»Muy orondo, me voy, pero ellos me siguen. ¿Será casualidad? Tuerzo por aquí, tuerzo por allá, y ellos hacen lo mismo. ¡Mi abuela... en bicicleta, me digo; esto va de veras!... Tomo un coche, y... ellos hacen lo mismo.

»Por fortuna, el chófer era católico, y el verme en tal aprieto se puso a mis órdenes: »Pues mira, hijo, en la esquina que yo te diga disminuyes la velocidad, salto yo, y tú sigues de frente.

»Me echo la cachucha en la bolsa, me desabotono el chaleco para lucir la blancura de mi camisa, y... salto.

»Inmediatamente me puse de pie y me apoyé en un árbol, pero haciendo de modo que se me viera. Los tipos pasaron un segundo después, casi rozándome con las salpicaduras del auto; me vieron, pero ni por asomo se les ocurrió que fuera yo.

»Di media vuelta, pero no tan ligero como hubiera deseado, porque el porrazo que me di ya lo empezaba a sentir.

»Listo, hijo mío, ya estamos dispuestos para otra»; ésa fue mi jaculatoria final al emprender renqueando el camino para mi casa».

Algunas veces hacía la comedia en la misma presencia de los que estaban encargados de prenderle. Un día se le presentaron dos policías; estaban muy convencidos de haber echado el guante al que buscaban. El P. Pro se les acerca y les habla con tal aplomo y serenidad, y se chancea tan cordialmente con ellos, que ya comenzaron a dudar... Para acabar de hacerles tragar el anzuelo los lleva a un café popular de la ciudad, pide que les sirvan una merienda y bebe un vaso a la salud de los guardias.

Era necesario, con todo, a veces, una presencia de ánimo no vulgar para saber encontrar una salida en ciertas circunstancias en verdad angustiosas.

En una ocasión, dos guardias le siguen corriendo, y nota el Padre que ya casi le dan alcance. Dobla una esquina y ve a una señora católica que él conocía. Con una imperceptible señal le hace entender su situación, y se pasean tranquilamente como si fueran dos hermanos...

A los diez segundos llegan los polizontes, pero por más que miran no encuentran al Padre Pro, pues sólo una pareja se pasea conversando tranquilamente...

Esto acaecía a fines del año 1926. El Padre acostumbra a salir con tal éxito de tantos riesgos y peligros, que teme no le cojan preso.



Disfrazado de catrin
en el castillo de Chapultepec,
Residencia en ese tiempo
de Plutarco Elías Calles

Relatando una de sus visitas a los católicos presos, dice:

«Si los carceleros supieran qué clase de pájaro era yo, ya haría tres meses que estuviera disecándome en la sombra. Y qué grandes son las ganas que me entran a veces de gritar:

»—Oiga usted, don Alcaide, yo mesmo soy el promotor de esas conferencias religiosas; yo soy el que ha emperiquelado a esos muchachos para que hablaran; yo soy el que los confieso en sus mismas narices de usted; ¿será usted tan pazguato que no me eche el guante siquiera por 15 días?...

»Pero... no se hizo la miel para la boca del asno, y sólo Dios sabe la honra que sería para mí el ir a comer el rancho pestilente de la prisión y a pasar los días y las noches de pie en un cuarto pequeño, donde hay 80 personas que no se pueden ni sentar, mientras que se ahogan con el fétido ambiente que reina en esos antros.

»Ustedes pidan a Dios porque se realicen mis sueños dorados.

»Un jarabe tapatío ([15]) prometo al santo más mustio, si logra que se lleve a efecto la orden de aprehensión que se ha dado contra mí.

» ¡Ya 20 días de esa orden y aún no se cumple!»

Pero con todo, la tal orden debía buscarlo todavía por más de un año.

Entretanto, al P. Pro ni se le ocurre esconderse, sino que sigue en primera fila en todas las obras de propaganda.

Su ingenio le sugiere mil modos para repartir hojas en pro de la defensa religiosa. Se imprimieron unas hojitas en forma de sellos, que aparecieron pegadas por todas partes, hasta en el

[15] Mejicanismo por el que se designa una clase de baile de procedencia andaluza, de movimientos muy rápidos. propio del Estado de Jalisco, y particularmente de su capital Guadalajara.

mismo auto de Calles. Un día se le ocurrió al P. Pro hacer propaganda en un tranvía.

Sube en él, se sienta, y disimuladamente se pega él mismo una serie de papelitos en las espaldas, y después, como un inocente a quien algún pícaro ha jugado una mala pasada, se levanta y se pasea con gran seriedad por el tranvía para mostrar así a todo el mundo sus hojitas de propaganda...

En la primavera de 1927, Calles quiere prender al P. Pro, cueste lo que costare.

> «Los ilustrísimos tipos del Gobierno —escribía el P. Pro a uno de sus amigos— están que arden de puro emberrenchinados a causa de los bonos que expidió la Liga y que han servido para estimular la caridad pública y aflojar las bolsas de sus poseedores...
>
> »El dinero que se colecta con esos bonos servirá para... muchas cosas, y como han dado un resultado halagador y lo están dando, ellos se dan a todos los demonios, sus compañeros. (De esta hecha me cuelgan si esta inocente carta va a parar a sus manos...), (25 de mayo 1927).

Era necesario, por tanto, vivir con ojo avizor, pues las pesquisas se hacían cada dio más frecuentes hasta en la misma casa de la familia del P. Pro.

La vigilia de la Ascensión del año 1927, el mismo día en que escribió la última carta citada, nos da cuenta de su situación actual:

> «Propiamente debería estar dando sepultura eclesiástica a un par de tacos de aguacate y a media docena de zopes de frijoles, pues son las dos de la tarde; pero... el cansancio de una señora mañana de confesiones me quitó el apetito, y preferí

escribir ésta como intermedio a la tanda de confesiones de hoy por la tarde, que terminará a las 10 u 11 de la noche.

»Por aquí las cosas marchan viento en popa, pues se envían cristianos al cielo por un quítame allá esas pajas. El agraciado que cae en los sótanos (de la Inspección General de Policía), ya puede estar seguro de no volver a comer pan sobre manteles, y esta persuasión es en mi casa tan verdadera, que toda mi tierna parentela, al salir a la calle, en vez de despedirse, reza un acto de contrición.

»Ya lo sabemos: fulano que no vuelve a las once de la noche, es otro blanco más a las balas traidoras de los dignatarios. Hicimos ya una reunión de familia, nos despedimos hasta el Valle de Josafat, no hicimos testamento porque los dos petates y un comal ([16]) que teníamos nos lo han quitado, pero en vez de lágrimas han brotado, y a torrentes, las carcajadas, pues es una ganga el ir a la corte celestial por causa tan noble.

»¡Cuánto diera porque su merced pasara un día con nosotros! En una casa de tres al cuarto vivimos refugiados, sin recibir visitas; no hay sino lo esencialmente esencial para vivir.

»Somos siete y hay cinco sillas, cuatro platos, cuatro cuchillos, ocho camas, tres colchones y una escoba... todo prestado, es decir, regalado, porque es casi seguro que ni nosotros ni nuestros herederos devolverán nada.

»En los tres registros que hemos sufrido no nos han dejado ni una escupidera; pero como nada de eso es necesario para ir al cielo, lo damos todo de barato.

[16] Disco de barro muy delgado que se usa en Méjico para cocer las tortillas.

»¿Libros? Ujule, y aquí tengo que cantar la palinodia. No sé a manos de qué técnico habrá ido a dar su PESCH...; con todo, hago formal promesa de devolvérselo en el cielo, donde no habrá técnicos que valgan.

»Últimamente no he tenido lances policíacos, pues el más reciente fue con uno de la reservada, que me aseguraba por los 15 pares de Francia que yo iría a la cárcel, y yo casi le juraba por las barbas de Mahoma no iría. Tan pesado se puso, que casi me dieron ganas de abofetearlo; pero acabé por decirle:

»—Mira, si me llevas a la cárcel yo no podré confesar a tu mamacita.

»—Usted perdone, Padrecito; ya ve cómo están los tiempos; váyase, váyase cuanto antes.

»—¿Irme?... ¡El que te vas eres tú, y no a la Inspección, sino a decirle a tu mamá que hoy por la noche voy a su casa a confesarla, y que mañana le llevo la comunión; a ver si por ese medio se logra que tú te confieses, gandul, demonio!

»—¡Ay, qué Padrecito tan tres piedras!

»—Pos una me bastaba para romperte la mollera...

»Al día siguiente mi amigote asistió a la comunión de su madre; creo que pronto se la llevaré a él».

Hasta el último momento ejercita el P. Pro un apostolado extraordinario. En una postal escrita el 13 de septiembre hace alusión a una obra que, bajo su dirección, dio óptimos frutos. Entre los niños nacidos durante los primeros años de la Revolución, y por tanto acostumbrados al ambiente de lucha, va formando poco a poco un grupito de apóstoles, que bajo su dirección espera verlo subir a las gradas del altar.

«Mi academia *Vocationum*, con el ingeniero Vera al frente, cuenta ya 10 socios; es mi escuela apostólica».

Y añade estas breves noticias de sus ministerios

«El trabajo me abruma. Para el 2 de éste tuve 807 comuniones. Ya comienzan de nuevo las estaciones eucarísticas, pues la persecución ha amainado.

»Si tuviera el día 48 horas, aún me faltaría tiempo; por añadidura, me encargo de «las Vanguardias» ([17]), cuarenta diablos que gritan y rompen.

»Pasan de 100 las familias que sostengo con la bolsa de Dios».

Por este tiempo se permitió un ligero desahogo, lleno de chispa, en la siguiente tarjeta postal, del 25 de septiembre, dirigida al Padre Ambía

«Di ejercicios los Pinos. Abrumado trabajo. Para desaburrirme, contaré la historia de la fuente de las ranas de Chapultepec; es de suma actualidad: una rana pidió a su mamá ya no ser rana, sino *ser-rano*, y la madre respondió es mejor que *calles*. Después de tres horas de confesonario, escribo ésta. Adieu».

Para quien recuerde la candidatura de aquel tiempo del general *Serrano,* esta tarjeta está bien clara.

[17] Era y es «la Vanguardia» une capee. de club donde los jóvenes se instruyen. juegan y se forman, alejados cuanto se puede de los peligros que rodean le juventud.

El 27 de octubre, menos de un mes antes de su muerte, nos lo encontramos en Toluca dando unos ejercicios parroquiales en toda regla.

Veamos en qué términos, para no despertar sospechas a la policía, comunica esta noticia al P. del Valle, a quien suele tratar de primo:

> «Mi querido primo:
>
> »Aquí me tienes de excursión en la ciudad de la mantequilla y del chorizo. Estaré hasta el primero de noviembre. Vine a proponer mis ventas de medias por medio de cupones, y para hacerlo a la moderna doy conferencias haciendo ver la utilidad.
>
> »Todo el día hablo: a las cinco y media, ante meridiem, a criadas; a las ocho, a niños; a las diez, a señoritas; a las tres, a criados; a las cinco, a señoras; a las seis, a comerciantes compañeros míos (a sacerdotes), y a las ocho, a hombres, tengo que hacer mi agosto y salir de bruja. La gente ha respondido bien y espero sacar dinero para pagar mis deudas. Ojalá mis patronos me dejaran hacer una jira por la República».

Tres días después, el 30 de octubre, repite las mismas ideas, en carta al mismo Padre: esta carta es la última que poseemos, y probablemente la última que escribió en su vida:

> «Estoy ya con el pie en el estribo para volver a la capital después de una semana de pindongueo, que la amabilidad de don Toribio (el R. P. Toribio Bracho, S. I.) me concedió. Estoy cansado, pues el trajín fue mayúsculo y superior a lo que yo me había imaginado. Dejé en su buena opinión y fama al elemento mujeril elegante, y me dediqué a la benemérita raspa, que no por ser tal dejan de ser hijos de Dios y más necesitados, pues que no

tienen posibilidad para proporcionarse lo que los ricos con su dinero pueden hacer».

El P. Pro siempre está dispuesto al trabajo cuando se trata de la salvación de las almas: por ellas ha vivido y por ellas morirá tan pronto. No podemos dejar de transcribir aquí los últimos versos que a ellas dedicó; son el testamento de un mártir:

A MIS ALMAS

Para vosotras son mis canciones,
forjadas en el yunque del dolor;
para vosotras, las sin bandera,
las sin alero, las sin amor.

Son mis almas a quien matan ignoradas nostalgias,
las que viven en los tedios, sin aliento en el sufrir,
las que tienen noches negras, tan eternas y sombrías,
como deben ser las sombras del infierno; hermanas mías
yo comparto su sufrir.

Son mis almas golondrinas que no buscan el verano,
y que viajan por el mundo sin bandera y sin amor:
de esas almas que padecen su martirio cotidiano,
que van tristes, que van solas, van errantes, soy hermano
porque viven del dolor.

¡Oh mis almas, almas fuertes, que en la lucha por la vida
nunca han visto realizados sus ensueños de ideal,
y que van con sus pesares con la frente alta, erguida,
ocultando con la risa los dolores de una herida
que infinito hace su mal!

¡Oh mis almas de titanes, que recorren su sendero
sin probar el dulce néctar que se encuentra en el amor,
porque nunca les dio el mundo un amigo verdadero
que apreciara los tesoros del riquísimo venero
que en las almas da el dolor!

Golondrinas sin alero que no buscan el verano
y que viajan por el mundo desafiando el vendaval
de las huérfanas, las tristes, las errantes, soy hermano;
las que en lágrimas ocultas sacrifican siempre en vano
los ensueños de ideal.

No busquéis aquí en la tierra los caducos manantiales
de ese amor porque anhelando, pobres almas, vais en pos.
que la sed de nuestras almas sólo sacian los raudales
de ternuras infinitas y de amores celestiales
que en el cielo os guarda Dios.



Los tres hermanos en una jira apostólica

HUMBERTO
fusilado el 23 nov. 1927
(24 años)

ROBERTO
desterrado
por Calles
(23 años)

EL P. PRO
fusilado el 23 nov. 1927
(36 años)

«DONDE HE APRENDIDO EL AMOR A LAS ALMAS...»

EL amor e las almas es el timbre de gloria característico de la vida espiritual del P. Pro.

El día de su ordenación sacerdotal había demandado fervorosamente al Señor de la mies la gracia de serles útil; «pero para hacerles bien, decía él mismo, hay que amarlas apasionadamente...» Este amor, que cada día arraigaba con más hondas raíces en su alma, bien pronto alcanzará su completa eflorescencia con la más excelsa prueba de amor: con el sacrificio de su propia vida por los que amaba.

Mas entretanto que llega el momento señalado para la oblación definitiva, no puede paliar el fuego que arde en su corazón de apóstol y que se inflama y se manifiesta en el trato familiar.

«Pronto estoy a dar mi vida con tal de llevar las almas a Dios», solía repetir con frecuencia.

A ellas dedica sus cantos...

A sus almas también todos los minutos de su vida sacerdotal.

Con qué respeto se acerca a los corazones que le brindan su confianza, pues este apóstol a quien los ebrios tutean, a quien los vendedores guiñan el ojo y la flor y nata de los vagamundos y golfos consideran como el íntimo de su corazón, ha hallado en su camino muchas almas escogidas, almas que de ordinario son las

más probadas. El P. Pro tiene para con ellas delicadezas propias de una mano de madre curando a su hijo. Director psicológico, lejos de él el imponer a todas las almas una misma regla, y más lejos aún guiarlas por su propia voluntad. Se aplica al estudio de cada alma en particular con toda solicitud y sin violentarla, estimula el trabajo que la gracia obra en ella. «Dios solo, decía, Dios solo es el maestro de las almas».

Si pregunta es con el fin de conocerlas más íntimamente y poder así secundar con más facilidad la acción de la gracia; pero apenas nota algún temor o malestar en el responder, no insiste y se contenta con tratar del asunto con su Padre Dios, al que no cesa de rogar por las que él apellida «sus hermanas».

Cierta noche regresaba muy tarde, rendido de cansancio, después de largas horas de confesonario. Le faltaba todavía el rezo del Breviario, mas viniéndole súbitamente a la memoria el recuerdo de una alma rigurosamente probada, se postra de rodillas y así permanece hasta el fin del Oficio, ofreciendo por ella toda su fatiga.

Esto es amor sin egoísmo.

Si le dan algunas pruebas de afecto, enseguida las rehúsa.

> «Estoy pronto a dar mi vida por las almas, pero no quiero nada de nadie para mí. Lo que únicamente ansío es llevarlas a Dios. Si retuviera alguna cosa para mí sería un vil ladrón, un infame, dejaría de ser sacerdote».

Y he aquí cómo a veces se revela el secreto de este amor. Teniendo en cierta ocasión una imagen del Corazón de Jesús en la mano (junio 1927) exclamó:

> «¡La cruz! ¡La cruz! la cruz de nuestro Señor Jesucristo no es para nosotros sino amor, amor ardiente, amor constante, locura de amor. Estudiemos este precioso libro; nuestro corazón hallará en él un objeto digno suyo, y nuestro amor podrá expansionarse. Cuando nuestras almas se acercan al Corazón de Jesús, su amor no puede ni debilitarse ni extinguirse: se purifica, se diviniza y se derrama en los corazones de los que amamos, pero desinteresado, intenso como el amor de Dios, que enciende el nuestro y lo vivifica. Una vez nuestro corazón se ha injertado y recibe la savia del árbol de la cruz, no hay que temer ya que se desvíe: lo sé por experiencia...»

Luego insiste delicadamente sobre la pureza de intención en el amor apostólico. Dice así a uno de sus íntimos colaboradores:

> «En el costado abierto de Jesucristo se distingue su Corazón, que arde de amor por ti, por mí, por todos los hombres... Pero se le ve rodeado de espinas, y en el centro la cruz. Este fuego sagrado debe también inflamarse en nuestro pobre corazón para comunicarlo a los demás, pero circundado de espinas, a fin de ponernos en guardia contra los mezquinos intereses de nuestro amor propio... rematado, empero, por la cruz con los brazos extendidos, para poder así abrazar a todos cuantos nos rodean, sin restringir nuestro celo a determinadas almas en particular».

> «¿Sabéis —dijo en otra ocasión—, sabéis dónde he adquirido la poca experiencia que tengo? ¿Sabéis dónde he aprendido a amar? En el Corazón de Jesús».

No muchos días antes de su muerte le hallamos todavía volviendo sin cesar a este manantial que alimenta su celo:

«¿Resulta nuestra vida de día en día más penosa, más dura, más llena de tormentos? Sea mil veces bendito Aquel que así lo quiere. Si la vida es más dura, el amor se hace también más fuerte, y sólo este amor cimentado en el dolor puede llevar la cruz de mi Señor Jesucristo. Amor sin egoísmo, sin replegarse sobre sí mismo, pero que enciende en el fondo del corazón una sed ardiente de amar y sufrir por todos los que nos rodean, una sed que no son capaces de extinguir ni los fracasos ni los desprecios».

Y termina con esta oración, magnifico comentario de la súplica que un afligido Padre dirigía a Jesucristo «Creo, Señor, pero fortaleced mi fe»

«Corazón de Jesús, te amo, pero aumentad mi amor; Corazón de Jesús, en ti confío, pero vigorizad mi esperanza; Corazón de Jesús, te entrego mi corazón, mas enciérralo tan profundamente en el tuyo que no pueda ya separarse de él jamás. Corazón de Jesús, soy todo tuyo, pero custodia mi promesa a fin de que pueda ponerla en práctica hasta el total sacrificio de mi vida».

Y he aquí la gran maravilla de la vida del Padre Pro, pues, como el gran Javier, supo vivir unido y conservarse a la vera de nuestro Señor en medio de continuas distracciones exteriores.

A los que se maravillan de su facilidad en hablar de cosas sobrenaturales, y sobre todo de su facilidad en vivirlas, patentízales sucintamente el secreto de su alma: «¡Oh!, muy sencillo me esfuerzo en hacer todas mis acciones en presencia de mi Padre Dios».

Cuando sus trabajos apostólicos le dejan algún rato libre, no halla dificultad para ponerse en oración, y entonces su actitud es más elocuente aún que sus más delicadas frases

> «Si hubiera tenido dudas contra la fe, sobre la presencia real —acostumbraba a decir uno de sus penitentes que con frecuencia le veía orando ante la Sagrada Hostia—, al punto mis dudas se habrían desvanecido».

«¿Dónde he aprendido el amor a las almas?»

También en el Corazón de la Virgen María.

Poco hemos dicho de la grande devoción que el P. Pro sentía hacia su «Madrecita». Conviene, pues, dejar aquí apuntado algo sobre esta otra fuente de su amor hacia las almas.

Algunos testigos de su vida de apóstol han conservado en su memoria algunas de sus palabras salidas del fondo de su corazón durante sus pláticas familiares.

Les hablaba cierto día de las tentaciones contra la santa virtud de la castidad, y: «Nada hay tan bello —les dijo—, como esas luchas terribles conocidas tan sólo de Dios y del alma; nada hay que purifique tanto una alma... Yo nada las temo; la Santísima Virgen es tan buena, tan maternal conmigo!»

Durante el mes de mayo de 1927, exhortando una vez a su auditorio a celebrar lo mejor posible el mes de María, se deja llevar en alas de sus recuerdos:

> «Desde hace mucho tiempo —decía—, la Santísima Virgen me ha concedido ofrecerle un obsequio durante este mes. Se ha convertido en mí ya en costumbre. Procuro presentarle algo delicado, algo hermoso... ¡Ah! Y no necesito hacer notables

esfuerzos para hallar lo que le podría ofrecer. Yo se lo pido a la Virgen sin mancilla, y ella misma, con amor muy de madre, pone en mis manos el agasajo que quiere le consagre».

Este amor que él siente hacia su «Madrecita», y que uno de sus penitentes califica de *extraordinario*, se manifiesta a menudo con verdadero entusiasmo.

Algunas cartas escritas en la intimidad de una acrisolada amistad nos revelan el fondo de su corazón. Gracias a la bondad de un Padre español, como ya hemos apuntado, había recibido la limosna que le permitió hacer una peregrinación a Lourdes, poco antes de embarcarse para Méjico. La gratitud, por consiguiente, es quien le fuerza a narrar a su bienhechor la reseña del viaje.

Comienza por decirle, a su modo, cómo le agradecerá el favor, y fingiéndose el enfadado con su amigo, le acusa de dureza. ¿Cómo? ¡Obligar a un pobre mejicano, aun enfermo y tan delicado, a emprender un tan largo viaje, en tren y durante toda la noche! El P. Pro va a vengarse a los pies de la misma Virgen de Lourdes.

«...Allá me las pagará todas —escribe—, y como suele suceder en los negocios mundanos, que pagan justos por pecadores, usted, que es el acreedor, va a ser acusado por mí de malandrín y manilargo, que echa a perder a los inocentes mejicanos como yo, y pediré en justicia una cárcel para usted, de donde no pueda salir aunque le dé su realísima gana. Para que comience a rabiar desde ahora, voy a decirle poco más a menos lo que en francés muy ciceroniano voy a decir a nuestra Señora:

»Mira, Madrecita, que tú conoces bien a ese… de mis pecados, y tú sabes que a pesar de sus perrerías yo le quiero mucho, tal vez porque encuentro muchas cosas en mi semejantes a las suyas. Con todo, yo te pido, te ruego,

encarecidamente te suplico, que lo metas muy dentro del Corazón de tu Hijo. En esa divina prisión, llena de llamas y cercada de espinas, él estará seguro... Enciérralo, Madrecita; mételo muy dentro del costado abierto de Jesús, y sobre todo ahora que va a ser sacerdote...»

El P. Pro estaba dotado por la naturaleza de una jovialidad y gracejo no ordinarios, y así raro es que no se chancee aun en cartas que tratan asuntos serios.

Pero esta vez siente en el fondo de su alma una emoción tal, que sus cartas toman un sesgo desacostumbrado.

«Lo que aquí se siente —escribe desde Lourdes a su amigo de España— no es posible expresarlo. Este día fue uno de los más felices de mi vida. Y a usted es a quien se lo debo... A las 9 he dicho Misa. He pasado una hora ante la gruta. He llorado como un niño. Gracias, mil gracias... Que el Señor se lo pague y le bendiga!»

Estas palabras, que fueron escritas a vuela pluma en una tarjeta postal, eran como el bosquejo de la carta del día siguiente que ya escribió desde Paris.

«Muy amado en Cristo Padre

»Ahora sí ya puedo decir lo que Simeón: *Nunc dimittis*... ya puedo partir para el otro mundo, y no a aquel que llamaban nuestros mayores Las Indias, sino al verdadero otro mundo que está en el cielo.

»¿Que hice yo una barrabasada estando, como estoy, endeble y bueno para nada? —No lo niego. ¿Que fue una imprudencia pasar dos noches en el tren sin dormir y sin cenar? —Tampoco lo niego. Pero lo que en jamás de los jamases

negaré tampoco, es que ayer fue uno de los días más felices de mi vida.

»De París salgo el miércoles, a las siete de la noche. Llego a Lourdes a las ocho y tres cuartos de la mañana, y desde luego palpé la asistencia especial de nuestra Señora, porque en el camino encontré al secretario del Obispo, le presenté mis papeles, me dio el permiso de celebrar, y llego a la Basílica... ¿Cuándo? Cuando se acababa la última Misa pedida en el altar mayor. A las nueve comencé mi Misa, y si duró más de lo acostumbrado fue porque en los mementos tenía muchas familias por quienes pedir, de Méjico, de Sarria, de Enghien, de Bruselas... y usted sabe que su familia y la mía tienen, gracias a Dios, muchos miembros.

»De la iglesia fui a la Gruta... la Gruta, o un pedacito de cielo, donde vi a una Virgen que inundó mi alma de una dicha inmensa, de una consolación íntima, de un bienestar divino que se siente, sí, se siente vivamente, pero que no hay palabras para explicar.

»El infeliz y pobre Pro no vio, ni oyó, ni se dio cuenta de nada de lo que hacían los miles de peregrinos que allí estaban... digo mal una vez, al levantar los ojos para ver a su Madrecita, vio a una enferma metida en su carrito, a los pies de la Virgen, y que rezaba el rosario con los brazos en cruz... y eso le acabó de perder, pues la fe y la confianza que descubrió en esa enferma avivaron las suyas, y comenzó una conversación íntima con esa Santísima Madre, en la que más que él, Ella hacía y deshacía en mi alma como jamás lo había sentido.

»¿Cómo duré tanto tiempo de rodillas, yo que a los cinco minutos ya no puedo continuar? No lo sé. A las doce fui a comer.

Escribí cuatro postales, y a las doce y veinte ya estaba en la Gruta. No me pregunte qué dije o qué hice; yo no sé nada; yo no fui ayer el miserable de siempre.

»A las tres, un cura se acerca y me dice: «Si sigue usted así, se va a poner enfermo; yo le aconsejaría que se fuera a las piscinas; allí hay sombra». Por qué me lo dijo, o qué cara o postura tenía yo, es otra de las cosas que ignoro. Yo sólo sé que estaba a los pies de mi Madre, y que yo sentía muy dentro de mí su presencia bendita y su acción. En las piscinas vi a los cientos de pobrecitos enfermos que van en busca de su salud. Un capuchino predicaba entre las decenas del rosario; yo hice lo que todos hacían, cantar, rezar, besar el suelo, ponerse en cruz e invocar a la Virgen. A las cuatro cincuenta ya iba en el tren.

»Y... ¿Estuve en Lourdes? Pues ¿cómo no fui al Calvario? ¿Cómo no vi el río? ¿Cómo no sé cuál es la forma de la Basílica ni qué cosas hay o no hay? Y sin embargo, allí estuve. Porque para mí ir a Lourdes era encontrar a mi Madre del cielo, hablarle, pedirle; y la encontré, le hablé y le pedí.

»A las ocho y media llegué a París, y a las nueve decía misa en casa.

»No he podido dormir hoy más que una hora; el domingo saldré a las ocho y media de la mañana, llegaré a Saint-Nazaire a las cinco de la tarde. El vapor sale a media noche.

»Mi viaje no será tan duro como pensaba, pues la Virgen me lo ha dicho. ¡Ay, padre!... Era muy penoso para mi miserable naturaleza volver a Méjico sin salud, sin acabar mis estudios, encontrar a mi pobre patria deshecha por sus gobernantes y sin el placer de volver a ver aquella santa madre mía que me dio el

ser y a quien lloro aún, en medio de mi resignación y conformidad. Pero mi viaje a Lourdes me ha dado bríos.»

El heroísmo del P. Pro ante las balas no era cosa que se podía improvisar. Ahora, mucho tiempo después, sabemos de qué fuentes sacaba su fortaleza: de la intimidad con Cristo y de una tierna devoción hacia la Virgen Santísima. En las almas que se entregan de lleno al Señor, éste, por sus medios, obra maravillas. El P. Pro se le había entregado sin reserva, y, por consiguiente, hasta qué punto subió llevado en alas del amor a Dios y a las almas, nos es lícito barruntar, no ya por su admirable vida y envidiable muerte, sino principalmente por sus escritos, que, sencillos como su autor, reflejan muchas veces el fondo de aquel corazón verdaderamente extraordinario.

Leamos, por ejemplo, esta devota oración que él mismo compuso para su uso particular. La dirige a nuestra Señora de los Dolores:

JHS

Déjame pasar la vida a tu lado, Madre mía, acompañando tu soledad y tu pesar profundo. Déjame sentir en mi alma el triste llanto de tus ojos y el desamparo de tu corazón.

No quiero en el camino de mi vida saborear las alegrías de Belén, adorando en tus brazos virginales al Niño Dios; no quiero gozar en la casita humilde de Nazaret de la amable presencia de Jesucristo; no quiero acompañarte en tu Asunción gloriosa entre los coros de los ángeles...

Quiero en mi vida las burlas y las mofas del Calvario; quiero la agonía lenta de tu Hijo; el desprecio, la ignominia, la infamia de

la cruz; quiero estar a tu lado, Virgen dolorosísima, de pie, fortaleciendo mi espíritu con tus lágrimas, consumando mi sacrificio con tu martirio, sosteniendo mi corazón con tu soledad, amando a mi Dios y a tu Dios con fa inmolación de mi ser. Así sea.

ANTE LOS FUSILES CALLISTAS

Desea ardientemente el P. Pro morir mártir, y así lo manifestaba, sin ambages, pues para la salvación de Méjico, según su parecer, era necesario sangre sacerdotal, y en gran cantidad...

Una religiosa escribe: «El siempre anheló el martirio; eso a nosotras nos consta, pues en cada visita que nos hacía nos decía que él quería morir, que moriría, pues para que se salvara nuestro Méjico se necesitaba sangre sacerdotal y mucha».

El P. Carlos Mayer, S. I., Superior inmediato del P. Pro, afirma que «el P. Pro estaba deseando ser mártir y morir por la causa de la defensa de la Iglesia; así lo mostraba muchas veces y pedía oraciones para conseguirlo, especialmente en estos últimos meses».

El sábado, 21 de septiembre de 1927, habiendo ido a celebrar misa a un convento, suplicó a toda la comunidad que rogase al Señor lo aceptase a él como víctima por Calles, por los sacerdotes, por el bien de la patria, que él aplicaría el Santo Sacrificio por la misma intención. «En toda la misa —escribe una religiosa— estuvo muy emocionado; se dilató mucho y estuvo llorando durante todo el tiempo, mientras las religiosas estaban cantando. Al terminar la misa, dijo a una de las monjas que aún vive y que puede testificar la verdad:

«No sé si sería pura imaginación, o si realmente ha pasado, pero siento claro que nuestro Señor aceptó de plano el ofrecimiento...»

Con ardientes ansias suspiraba el P. Pro por esta hora escogida por Dios; Calles, por su parte, no perdía ocasión, y por fin creyó llegado el momento oportuno con motivo de un atentado frustrado contra el general Obregón, cometido el domingo 13 de noviembre.

Hacia las dos de la tarde se paseaba éste en automóvil por el parque de Chapultepec con unos amigos, antes de ir a una corrida de toros.

Luis Segura Vilches, uno de los jefes de la oposición, joven valiente e inteligente, cansado de presenciar el triunfo de la inicua revolución, de la que Obregón era el alma y promotor, se determinó a dar un golpe decisivo. Se arma con bombas y revólveres, y con tres compañeros, dispuestos como él a morir, Antonio Tirado, Nahum Ruiz y otro que se encarga del volante, suben a un auto y salen al encuentro del perseguidor. El auto del general marcaba una buena velocidad, cuando aprovechando el momento en que se cruzaron los dos coches, el ingeniero alarga el brazo. Rapidísimamente y deja caer en el coche de Obregón una bomba, que ocasiona varios desperfectos. Tirado y Ruiz hacen fuego con armas cortas. Pero Obregón no resulta sino ligeramente herido.

Pasado el primer momento de estupor, los acompañantes del general se lanzan en seguimiento de los asaltantes, acribillándoles a balas. Ruiz es herido gravemente en la cabeza, y muere a los pocos días de resultas de la herida. Otra bala hace blanco en el depósito de la bencina, en vista de lo cual se les hace imposible huir y deciden torcer por una calle repleta de gente que se dirigía a

los toros, y lanzan de propósito el coche contra un obstáculo: la multitud se arremolina a su alrededor, y Segura Vilches, con el conductor, desaparecen entre ella sin dejar rastro ni ser notados. Ruiz, sin conocimiento, es trasladado al hospital Juárez. El joven obrero Tirado ingresa en la Inspección General de Policía.

Segura Vilches, tranquilo y risueño, llega a la plaza de toros y se sienta muy cerca del palco de Obregón. Alrededor del general se acomodan Mazcorro, Cruz, Basail y el abogado Orci. Nada producía, en verdad, la impresión de que un cuarto de hora antes un amago de atentado había querido enviarlos al otro mundo.

Mientras Vilches realizaba su injustificable golpe, los tres hermanos Pro descansaban de sus tareas jugando a la pelota en el patio de la casa paterna, muy lejos hasta de sospechar que un imprudente patriota levantaría una violenta tempestad contra los católicos, en la cual ellos debían perecer.

Aquella mañana, como de costumbre, había celebrado la santa misa el P. Pro en una casa particular y había consagrado toda la mañana a sus ministerios habituales de confesiones y comuniones por distintas partes de la ciudad; entretanto, sus hermanos daban una conferencia de propaganda en Atzcapotzattongo.

Hacia la una entró el P. Pro en su casa; poco después llegaron sus hermanos. Mientras esperaban la hora de comer se pusieron a jugar a la pelota en compañía de Edmundo Pro y de Pedro, el conductor del automóvil. A las dos comieron, y una vez acabada la comida, continuaron las partidas de pelota hasta las tres y cuarto, hora en que salieron todos juntos a comprar unos sorbetes helados. Cuando a las cuatro volvieron ya les esperaban algunos amigos para asistir a la bendición del nuevo auto

«Studebaker», cosa que hizo el P. Pro en el patio interior de la casa en presencia de toda la familia.

Después salió con Pedro, el conductor, en el auto recién bendecido, y por el camino se paró para bendecir una casa y visitar a dos familias; en estas visitas vino en conocimiento de la mala nueva del atentado. Cuando a las nueve y cuarto volvió a su casa, sus hermanos ya eran sabedores de la tal noticia.

Vivamente contrariado el P. Pro, esperó el desenvolvimiento de los sucesos.

Era necesario que se dispersasen sin pérdida de tiempo. A pesar de las torturas que los crueles agentes de Calles dieron al obrero Tirado, con todo no pudieron sonsacarle ni una declaración.

Pero, sin duda, gracias a las imprudentes declaraciones de la mujer de Ruiz, la policía vino demasiado pronto a sospechar de la intervención del joven ingeniero Segura Vilches en el asunto de la bomba. Después de algunas investigaciones, la policía da con el ingeniero el martes por la mañana en el tercer piso de una casa de la calle de Gante. El joven ingeniero, gallardo y bien plantado, trabajaba tranquilamente en su despacho. Recibió cortésmente a sus visitantes, y Basail, que iba al frente de los policías, le intima la orden de comparecer ante el general Cruz.

A las preguntas de Cruz, Segura responde sin inmutarse, como si se hubiera enterado de la noticia del atentado por medio de la prensa.

—¿Pero no ha tomado usted parte ninguna en este asunto?, le pregunta Cruz.

—Imposible de todo punto, mi general. Juzgue usted mismo. El domingo por la tarde fui a los toros; llegué delante mismo de

usted y Obregón, y recuerde cómo estuve hablando con los de vuestro acompañamiento.

Cruz pareció convencerse.

Por lo tanto, debía buscar otras pistas. ([18])

—Entonces, replicó el general, haré detener a los hermanos Pro.

—Los hermanos Pro son completamente ajenos a este asunto, contestó Segura. Los hermanos Pro son enteramente inocentes.

Cruz tenía que de sospechar de ellos...

Segura, a pesar de ser culpable, veía fácil salida para librarse de las consecuencias del atentado, pero se dio cuenta cabal del grave peligro que corría el P. Pro, pues Cruz pondría en juego los

---

[18] El automóvil «Essex», de matrícula número 10101, del que se había servido Segura VIlches para su atentado, aunque en los registros municipales aparecía a nombre de un tal Daniel García, había pertenecido unos dos meses a la Liga, de la que eran miembros Humberto y Roberto; este coche lo habían utilizado primero para la propaganda y después para organizar la comisión de socorro a las familias indigentes, de la que el P. Pro era el Director...La policía, pues, podía haber visto frecuentemente a los hermanos Pro corriendo por esas calles de Dios en este destartalado coche. Es verdad que desde hacía tiempo había pasado el coche a otro propietario, y por eso ellos estaban usando el «Studebaker» que había comprado la Liga en septiembre; pero al hacerse la traslación del coche de un propietario a otro, se había conservado, para evitar el tener que pagar nueva licencia, la que antes usaban, que estaba a nombre de Daniel García; podía, pues, suponerse que el automóvil no había cambiado de dueño, y que los Pro tenían alguna relación con el conato de dar muerte a Obregón. De aquí, sin duda, que se le ocurriera a Cruz la idea de no perder la ocasión arrestar a los Pro.

últimos recursos para encontrar a los Pro, y haría recaer en ellos la responsabilidad del atentado.

Entonces el ingeniero tomó una resolución en realidad de verdad heroica: entregarse él mismo para salvar a unos inocentes.

—Mire usted, mi general; si usted me da palabra de honor de que no implicará en este asunto a los hermanos Pro, yo le declararé el nombre del verdadero autor del atentado llevado a cabo contra Obregón.

Cruz le da su palabra.

—Pues bien, aquí me tiene; yo soy el autor del atentado.

—¿Usted? Imposible, replicó Cruz, temiendo un lazo de Segura. Creía al ingeniero incapaz de sacrificar su vida por salvar la de sus amigos...

Entonces Segura le cuenta al pormenor cómo él mismo había preparado el golpe, cómo había lanzado la bomba en el coche del general, y cómo aprovechándose de la turbación y de la aglomeración se mezcló disimuladamente entre los que iban a la corrida de toros.

Cruz acabó por convencerse con tal narración, y Segura ingresó en los sótanos de la Inspección General de Policía, mientras se esperaban órdenes concisas de Calles.

La nueva del arresto del ingeniero se esparció rapidísimamente. Segura era un caudillo célebre por sus seductores discursos y conocido por sus ejemplos de valentía. Sus amigos deploraron muy de corazón el que hubiera llegado a cometer semejante atentado, pues con él exponía a los católicos, entre los cuales figuraba en primera línea, a las crueles represalias del omnipotente Obregón.

El martes al mediodía, el P. Pro y su hermano Humberto, ya al corriente de los inminentes peligros que amenazaban a los católicos, llegaron consternados a casa de un amigo ([19]). La conversación recayó enseguida sobre las dificultades que acarrearía la loca audacia de Segura. En estos momentos de angustia ya corría la voz de que la policía del Gobierno detenía a los católicos por docenas y a veces aun por centenares.

Aquel mismo día había sido encarcelada una dama de la alta sociedad; la policía confiaba poder arrancarle el secreto de la dirección de los hermanos Pro, y así, ninguna de las gestiones hechas por sus amigos y por su marido consiguieron su libertad.

—Yo mismo en persona me entregaré, dijo el P. Pro a su amigo.

Pero claro está, nadie le dejó marchar, pues se sabía sin duda de ninguna clase que jamás dejaría la policía en libertad al que hacía más de un año buscaba personalmente.

— ¡Y qué importa!, contestaba el P. Pro. ¡Qué importa que yo muera! ¡Si no valgo para nada!...

—Quédese, Padre, aquí. ¡Vamos! La policía no será capaz de fusilar a una dama. Quédese y escóndase; hágalo por amor a los católicos, que tanto le necesitan a usted.

El mismo día el P. Pro y sus hermanos se trasladaron de la casa de su familia a una pequeña habitación de la casa número 22 de la calle de Londres.

Basail, por su parte, continúa las pesquisas. Detenciones en masa, amenazas, multas, tormentos; nada, en fin, se perdona para amedrentar y hacer hablar a los detenidos. Entonces fue cuando un

---

[19] Éste es el que nos facilitó los pormenores de esta escena.

joven, cuya madre se sospechaba estuviera complicada en el fracasado atentado del domingo, fue detenido. Basail lo hace azotar cruelmente y hace que comparezca a su presencia.

—¿Qué hizo usted ayer?, le pregunta Basail.

—Pues nada de particular... Por la tarde fui a confesarme.

—¿Con quién?, preguntó vivamente el policía.

—Con el P. Pro, respondió con suma sencillez el muchacho, sin barruntar las consecuencias de su incauta declaración.

—¿Con el P. Pro?... ¿Dónde vive?

—No me acuerdo de la dirección, pero yo os podré enseñar el camino.

Y le diseña en un trozo de papel un plano, con ayuda del cual no era cosa difícil dar con la tan buscada casa ([20]).

---

[20] El agente de policía Alvaro Besail desempeña en todo este asunto un repugnante papel; se había entregado al servicio del gobierno perseguidor con une saña y astucia digna de los antiguos prefectos de Roma.

Han visto la luz pública en un periódico de Méjico. «El hombre libre», tres artículos (1, 3, 5 de diciembre 1930) sobre figura de Basail; una lectura detenida de estos informes «pro domo sua» no dan lugar a dudas. Según sus informaciones, Basail, pongo por ejemplo había interrogado a lo menos siete veces al malherido Nahum Ruiz, y otras tantas revelaciones maravillosas le sonsacaba; entre otras, la participación de los hermanos Pro, y otros por- menores que le pusieron sobre la pista. ¡Pura invención! Mas a pesar de eso, según los mismos periódicos, Ruiz, de resultas de la bala que le habían atravesado la cabeza, no pudo articular palabra durante toda su permanencia en el hospital Juárez. «El Excelsior» del 15 de aquel mes dice:

«Ruiz se encuentra en estado agónico». Y más adelante: «Como Ruiz está moribundo y no puede pronunciar ni una sola palabra. nada ha dicho». Y el día 17: «Ruiz continúa en el Hospital, luchando entre la vida y la muerte. Según hemos sido informados, este hombre se agravó ayer, y por fin, el 21

Basail rebosaba de alegría, pues por fin podría echar el guante al celebérrimo sacerdote y a su hermano Humberto.

«Este había sido —confesó el mismo Basail en su información —, uno de los miembros más activos de la Liga de defensa religiosa, y que había sido durante mucho tiempo objeto de las más activas pesquisas de la policía.»

Se planeó la detención del P. Pro en la noche del 17 al 18 de noviembre. Al amanecer, Basail mismo, ayudado por algunos soldados, se dispuso a llevarla a cabo.

La casa donde estaban escondidos los hermanos Pro se hallaba muy disimulada en el fondo de un patio.

A las cuatro de la madrugada llega Basail; los soldados forcejean violentamente las puertas. La dueña de la casa, al oír los golpes, despierta y grita ¡La policía! Entonces el P. Pro dice: «Un momento, voy a vestirme». La puerta de su habitación se abre bruscamente y entra la policía, apuntándole con sus revólveres.

—Que nadie se mueva, grita Basail.

—Pero ¿quiénes son ustedes?, pregunta el P. Pro.

—Alvaro Basail, agente de la Inspección general de policía. ¿Son ustedes los Pro?

—Sí, respondieron ellos.

—Están ustedes detenidos.

---

de noviembre: «Ayer 20, a las 8 de la mañana, falleció N. Ruiz... Pasó una semana completa de agonía». A pesar de todo lo cual —nótese bien: mucho antes de las presuntas declaraciones de Ruiz— la policía encarcela a los hermanos Pro.

Humberto comprendió el inminente peligro que les amagaba, y dijo al Padre:

—Me quiero confesar.

—No se puede, dice Basail.

—Sí, lo confesaré yo mismo, replica el P. Pro. Hace señal entonces a su hermano para que lo siga, y en el fondo de la estancia le da la absolución.

También Roberto hace otro tanto, mientras los soldados esperaban nerviosos, pues temían encontrar resistencia.

Miguel dijo después a sus hermanos:

—«Muchachos, ya nos han cogido; ofrezcamos nuestra vida por la paz de Méjico, y hagámoslo los tres juntos, para que Dios nos acepte el sacrificio».

De camino a la Inspección pasaron por la calle Cozumel, donde les permitieron ver a su hermana Ana María, y como ésta no pudiese contener las lágrimas y Miguel diese la bendición a todos los hermanos, le dijo Basail:

—Padre, usted está como si no los volviera a ver.

—Una bendición —contestó el Padre—, no estorba, y yo tengo la costumbre de bendecir a mis hermanos cuando salgo; además, todo cabe en lo posible.

Cuando Basail y los detenidos llegaron a la Inspección de Policía, Cruz todavía estaba durmiendo. Mientras esperaban al juez se hicieron las formalidades acostumbradas. Después, como Cruz no comparecía, se intentó comprometerlos, poniéndoles de repente frente a frente del automóvil de Obregón, destrozado de mala manera por la bomba, para observar el primer movimiento natural e inconsciente, y así les dijeron a boca de jarro:

—Ahí está lo que ustedes han hecho.

Pero Humberto, sin demudarse, contestó:

— ¡Ah! ¡Bien!, ahora nos enteramos. Luego se les condujo al sótano número 1, en donde esperaron cinco horas hasta que fueron llamados, uno después de otro, a declarar ante Mazcorro. Después de los interrogatorios, a Humberto se le encierra en una especie de vestíbulo, en el centro de los demás calabozos, donde ya se hallaba la señora Montes de Oca, apresada la víspera, como cómplice de los dinamiteros.

Roberto y Miguel volvieron al mismo calabozo.

Obregón había dado pruebas, desde el primer momento, de una calma inalterable. Asistió a la corrida de toros, como si un cuarto de hora antes de llegar a la plaza hubiera sido agasajado con una lluvia de flores...

Pero su cólera no tardó en volver a dominarle.

Al principio no sabía a quién atribuir con seguridad este conato de atentado contra su persona. Se inclinaba más bien a atribuírselo a los partidarios de sus enemigos políticos, pues para asegurarse un triunfo ruidoso en la lucha electoral había hecho fusilar a Serrano pocos días antes con motivo de un tumulto y asesinar a Gómez en su propia cama. El 5 de octubre había obligado a la Cámara de diputados a que expulsase del Congreso nacional a los veinticinco miembros que se habían declarado abiertamente partidarios de Gómez y Serrano.

Mas desde la mañana del martes se convenció de que el golpe venía de otros. Segura había hecho declaraciones que no daban lugar a duda. Por su parte, el obrero Tirado había

reconocido su culpabilidad; a la policía le constaba también que Nahum Ruiz, entonces agonizante en el hospital Juárez, era el tercer cómplice; pero del cuarto ni rastros se tenían. La ocasión se presentaba a la verdad propicia para sustituir al desconocido delincuente por los detenidos el día 17, pues a la policía de Méjico mucho menos le costaba una mentira que tener que reconocer su impotencia.

Obregón, sin atinar quiénes habían sido los autores verdaderos, y queriendo salir de dudas, intentó incoar un proceso, para que apareciese a todas luces si en realidad los Pro eran los culpables ([21]). A este fin, envió a su abogado Orci al despacho de Cruz, pero por estar éste ausente le recibió su secretario, Benito Guerra Leal, que enseguida le puso al corriente de los hechos.

Y recalcando cada sílaba, como para hacer entender a Orci que sabía bien lo que decía, afirmó:

—«El P. Pro Juárez no confesó, y no tenemos prueba ninguna en contra de él...»

Entonces Obregón llegó a convencerse de la inocencia del P. Pro... pero no quiso perder la ocasión de deshacerse de uno de los sacerdotes que aborrecía como el que más la revolución.

---

[21] Los periódicos del Gobierno publicaron con gran triunfo que los hermanos Pro habían confesado su participación en el complot. Además. continúan todavía no perdiendo ocasión de atribuir al P. Pro el atentado de Segura Vilches En un periódico anticlerical y ateo, «La Patria», un tal Eduardo Vargas, capitán de caballería, muestra su indignación al ver cómo acude la multitud mostrando su veneración al mártir ante su tumba; y en una caricatura, que quiere tener un matiz de espiritualidad, aparece el sepulcro del P. Pro con este título: «San Miguel Pro, dinamitero y mártir» (22 de diciembre de 1920).



EXCELSIOR

LOS AUTORES DEL ATENTADO DINAMITERO SE HALLAN CONVICTOS Y CONFESOS DEL DELITO

Utilizando, pues, la influencia que tenia con el Presidente, fue a visitarlo el 22 por la tarde, y le exigió la ejecución inmediata de los detenidos, comprendiendo entre ellos al P. Pro. Calles llama inmediatamente al general Cruz, y le comunica la orden dictada por el odio de Obregón.

Cruz le sugiere que quizás convendría guardar, por lo menos aparentemente, alguna forma de legalidad; pero Calles replica lacónicamente:

«No quiero formas, sino el hecho.»

Y Cruz sale llevando en la mano una nota con la firma del Presidente de la República, Calles, en que se condenaba al P. Pro a ser pasado por las armas.



¿Qué hicieron los prisioneros durante los seis días de cautiverio?

El calabozo del P. Pro y de Roberto daba a una sala central, en donde estaban Humberto y la señora Montes de Oca. Con todo, apenas podían comunicarse sino por señas.

El P. Pro, desde los antros mismos de su calabozo, no cesaba de predicar enseñando a todos el camino del cielo que les esperaba. Agradece a su bienhechora todos los favores con que durante los últimos meses le ha agasajado, y le promete que pronto, muy pronto, desde el cielo, se los pagará cumplidamente a manos llenas. Desde su rincón da la absolución a los otros prisioneros católicos.

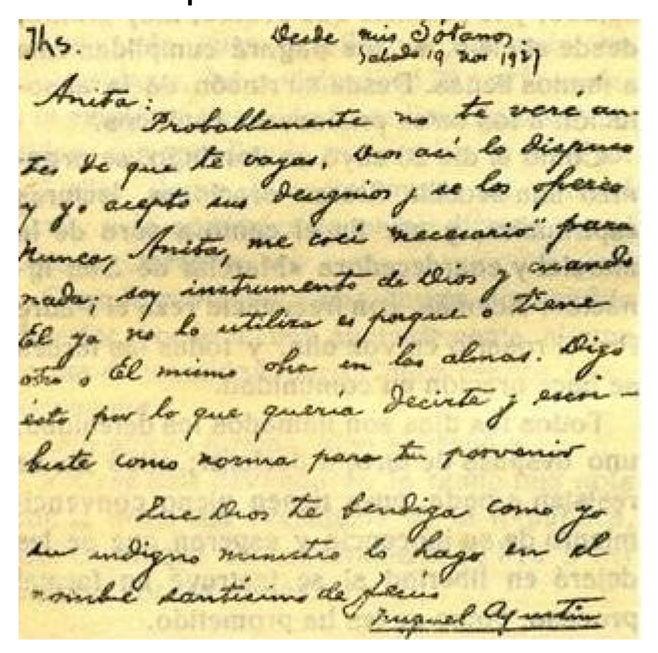
Como el día 20 cayó en domingo, se organizó una sencilla fiesta: oraciones, lecturas espirituales, y por fin el canto a coro de la marcial y enardecedora «Marcha de San Ignacio». Además, con frecuencia reza el Padre Pro el rosario en voz alta, y todas las tardes se hace oración en comunidad.

Todos los días son llamados los detenidos, uno después de otro, a declarar; ellos no se resisten a nada, pues tienen pleno

convencimiento de su inocencia y esperan que se les dejará en libertad si se instruye un formal proceso, como se les ha prometido.

Providencialmente ha llegado hasta nuestras manos una carta escrita por el mártir durante su prisión; ella nos permite entrever los sentimientos que anidaban en el corazón del apóstol en los últimos días de su vida.

Está fechada el 19 de noviembre, y por ende cuatro días antes del martirio. Es, casi seguro, su postrera carta; leámosla en su exacta reproducción con la veneración que se merece el testamento espiritual del apóstol mártir:


Jhs. Desde mis Sótanos, Sábado 19 Nov 1927

Anita:

Probablemente no te veré antes de que te vayas, Dios así lo dispuso y yo acepto sus designios y se los ofrezco. Nunca, Anita, me creí "necesario" para nada; soy instrumento de Dios y cuando Él ya no lo utiliza es porque o tiene otro o Él mismo obra en las almas. Digo esto por lo que quería decirte y escri-bete como norma para tu porvenir.

Que Dios te bendiga como yo su indigno ministro lo hago en el nombre santísimo de Jesús.

Miguel Agustín

Hasta el 21 nada se supo oficialmente de los detenidos; mas este día se encargó Cruz de comunicar las primeras nuevas, afirmando con gran cinismo que los miembros de la Liga de Defensa Religiosa eran los responsables del atentado contra Obregón, y en particular que en una casa alquilada por Humberto y por la señora Montes de Oca para celebrar las reuniones de los católicos, se había descubierto material para la fabricación de bombas.

El 22, al mediodía, bajaron a los calabozos algunos reporteros de diversos periódicos, acompañados de Cruz. La entrevista con el Padre Pro así la relata el «Excelsior»

> «Conducido y vigilado por otros agentes, nos fue presentado el presbítero Miguel Agustín Pro.
>
> —¿Es usted sacerdote?—le preguntamos.
>
> —Sí, señor, sacerdote jesuita.
>
> —¿Quiere usted hacernos alguna declaración?
>
> —Ninguna declaración quiero hacer. Sólo diré que estoy agradecido a las atenciones por parte de las personas que me aprehendieron. Yo soy absolutamente ajeno a este asunto, pues soy persona de orden. Estoy completamente tranquilo, y espero que resplandecerá la justicia. Niego terminantemente haber tomado alguna participación en el complot».

Es digno de notar que la palabra *niego* aparece en el mismo diario con caracteres separados.

«El Universal», en su edición del mismo día 22, publicaba:

> «Cuando le preguntamos sobre su participación en los hechos delictuosos que se le atribuyen, nos dijo:
>
> —Yo soy ajeno a cuestiones revolucionarias; cuando se me haga justicia, se verá que en estos momentos estoy diciendo la verdad.»

Después de tales declaraciones, publicadas por los principales periódicos de la capital, Cruz aún tiene la osadía de comunicar la siguiente nota;

> «Estando convictos y confesos los acusados de ser responsables directos del atentado en contra del general señor

Obregón, y habiendo comprobado su responsabilidad en el delito, se dispuso que fueran ejecutados desde luego.»

La orden, tan absoluta como injusta, que le había dado el Presidente, explica en parte los embustes de la anterior declaración de Cruz.

Durante la noche del 22, cuando ya tenla en su poder la condenación del P. Pro, descendió a los sótanos de la inspección general de policía, y haciendo salir de su calabozo al Padre Pro y a Roberto, dijo, señalándolos a los que le acompañaban:

—Éstos son. Éste es Miguel; éste Roberto. Entonces sacaron con luz de magnesio unas fotografías, que son en las que el Padre Pro está con jersey.


El P. Pro la noche antes del martirio

Una vez se quedaron de nuevo solos, pregunta Miguel:

—¿Qué piensas de esto?

—Yo creo —respondió Roberto— que ahora sí nos sucede.

—Yo también —dijo Miguel—; y creo que será mañana.

Era entonces alrededor de las once de la noche. Se pusieron a rezar, cuando de pronto dice el Padre:

—Bueno; si nos van a matar, demos gracias a Dios de que hayan escogido nuestra sangre; Dios nos dará fuerzas para ir adelante hasta el fin.

Se echaron sobre el catre de campaña para descansar un poco, pero el movimiento continuo de los soldados no les permitió conciliar el sueño.

Por la mañana, después del desayuno, Miguel estaba algo deprimido:

—Siento —dijo a su hermano— como que hoy nos van a matar.

A uno de los soldados que le preguntó si quería algo, contestó:

—No; ¿para qué? Al cabo, hoy nos van a matar.

Entretanto que el Padre reza dulcemente con su hermano, repitiendo el *Credo* y la *Salve* y otras varias oraciones, llegaron los que habían recibido orden de ejecutar los fusilamientos. Desde las ocho de la mañana se nota gran movimiento y agitación en la inspección y en sus contornos. Fotógrafos y reporteros, avisados de antemano, van llegando. Una masa de curiosos se arracima en las calles vecinas.

A eso de las 10 y 20 minutos bajó Mazcorro a los sótanos y gritó: ¡Miguel Pro!

Estaba el Padre sin chaqueta, y preguntó si iba así:

—No —contestó Mazcorro—; póngase la chaqueta y véngase.

Cuando Roberto le ayudaba a ponérsela, sintió cómo su mano era apretada febrilmente por aquel que iba a morir; era el último adiós de su hermano.

Dirigiéndose ya al patio, se le acercó uno de los policías que le habían aprehendido y le pidió perdón.

—No sólo te perdono —respondió el Padre—, sino que te doy las gracias.

Cuando por fin entró en el patio y lo vio repleto de soldados, arma al hombro, comprendió lo que iba a suceder. La instantánea que entonces sacaron los fotógrafos llamados por el Gobierno, nos le presenta con los ojos bajos, las manos juntas y todo él envuelto en un aire de apacible calma; Mazcorro está a tu izquierda.

Cierta persona digna de fe escribía el 4 de diciembre siguiente, desde Méjico, que un sacerdote se hallaba a la vera del camino que recorrían los condenados. Se cree que el general Cruz le había sacado del calabozo para amedrentarlo con la vista del fusilamiento de un sacerdote rebelde, como él decía. Las víctimas, si así fue, recibieron la absolución a su paso por delante del sacerdote.



Es conducido al lugar de la ejecución (a su izquierda Mazcorro)



El General Roberto Cruz, al centro sin gabardina,
en el momento de dirigir el fusilamiento.

El P. Pro se coloca en el sitio que le señalan, cara al pelotón. El mayor Torres le pregunta su última voluntad.

—Que me permitan rezar — responde el Padre.

Se postra de rodillas, se santigua lentamente con gran devoción, junta las manos sobre el pecho, y besando devotamente un crucifijo que tiene en la mano, hace a su Dios el sacrificio de su vida.

Se levanta, rehúsa el ser vendado, y se vuelve hacia los representantes del Gobierno y los soldados, que a fe no salían de su admiración al ver tanta serenidad. Una de les múltiples fotos sacadas por los mismos enviados del Gobierno, nos lo muestra de pie cara a los soldados en actitud de dirigir la palabra:

—Señor —dice—, Tú sabes que soy inocente.


De rodillas, preparándose a morir.

Haciendo la señal de la cruz sobre la multitud con el crucifijo que tenía en sus manos, dio su última bendición con estas palabras

«Dios tenga compasión de vosotros. Que Dios os bendiga».

Y luego, conservando en su mano derecha el crucifijo y el rosario entrelazado en la izquierda, abrió los brazos en cruz, repitiendo aquellas palabras de nuestro Redentor moribundo

«Perdono de todo corazón a mis enemigos».





Solían los mártires mejicanos exclamar, con marcial tono, momentos antes de derramar su sangre, aquella su favorita frase:

«¡Viva Cristo Rey!»

Se observó que el P. Pro, antes de pronunciar estas palabras, se recogió, elevó los ojos al cielo, y luego, con voz baja, pero clara, como el sacerdote que consagra la sacrosanta Hostia, repitió en aquellos solemnes momentos el santo y seña que el Papa Pío XI ha dado al mundo católico

«¡Viva CRISTO REY»

Inmediatamente se da la orden a los soldados, que ya estaban preparados, y resuena una descarga cerrada. El Padre cae con los

brazos todavía en cruz. Un soldado se le acerca y le da el tiro de gracia.

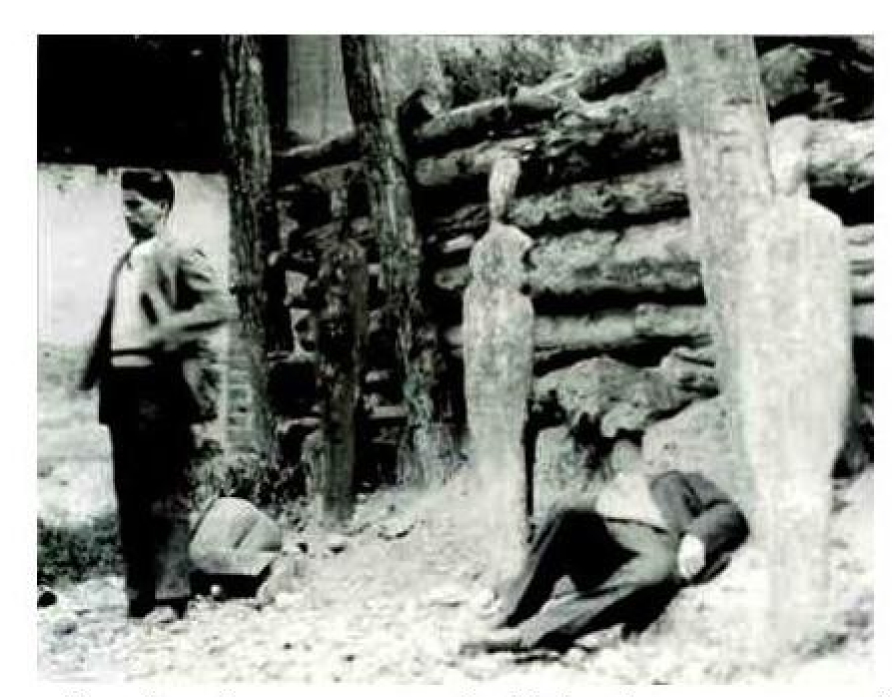


El tiro de gracia

Eran las 10 y 36 minutos de la mañana del 25 de noviembre.

Cinco minutos después aparece Humberto, ignorante aún de que iba camino de la muerte. Al ver el cadáver de su hermano, no pudo menos de embargarle un movimiento de estupor; pero enseguida se sobrepone. Se coloca en el lugar que le señalan; mas antes toca ligeramente con el pie el cuerpo de su hermano, como para recibir la fuerza necesaria para aquel trance con el contacto de un mártir.

Roberto esperaba seguirles de un momento a otro en la muerte, como les había seguido en la vida de apostolado. En el fondo de su calabozo había una ventana que daba al patio de las ejecuciones; tres días antes la habían tapado con unas tablas, pero éstas, mal colocadas, dejaban alguna ranura; atisbó por ellas y vio el patio lleno de soldados; oyó luego una descarga, y después un tiro; entonces se dio cuenta de lo acaecido; rezó y lloró y envió un papelito a Cruz pidiéndole por favor permiso para ver a sus hermanos; pero ni siquiera recibió contestación.



Humberto, hermano del P. Pro, presenta el pecho para que le disparen

Las siguientes descargas le dieron a entender que Segura Vilches, Humberto y el obrero Tirado caían muertos por los fusiles callistas.



Luis Segura Vilchis rumbo al paredón.

Los cadáveres fueron transportados acto continuo al hospital militar Juárez, en camiones de la Cruz Verde, custodiados por una guardia de 100 plazas. El inmenso gentío que se agolpaba en la plaza se descubrió y arrodilló al paso de los ensangrentados despojos. Los parientes del Padre Pro no habían asistido a las

ejecuciones, ya que no recibieron la noticia hasta las once de la mañana.

Ana María, con todo, había tenido ciertos funestos presentimientos, y así, a las nueve, pidió insistentemente a los esbirros del general Cruz que le permitiesen ver a sus hermanos; pero le fue rotundamente negado con flagelante y despiadada inquina. Ella, a pesar de esto, aún esperaba, deshecha en lágrimas, cuando se enteró del fusilamiento de sus hermanos.

En una sala del hospital fue hecha precipitadamente la autopsia; el P. Pro y su hermano tenían el pecho atravesado por cinco balas. Cuando los cadáveres fueron puestos en sus ataúdes, se le permitió por fin verlos a Ana María. El rostro del Padre, a pesar de tener notablemente marcado en la cabeza el balazo del tiro de gracia, no estaba desfigurado; su hermano, por el contrario, no parecía el mismo.

Lloraba amargamente, arrodillada entre los restos de sus dos hermanos, cuando oyó la voz de su padre:

«¿Dónde están mis hijos? Quiero verlos».

El padre heroico hace abrir la caja de su hijo el sacerdote y sin proferir palabra estampa en él un beso y empaña su pañuelo en la sangre que fluía de la frente del mártir. Luego se acerca a Humberto y le besa tiernamente en la frente.

Entonces Ana María se arroja en los brazos de su padre y prorrumpe en sollozos; mas él se desprende dulcemente de los brazos de su hija, diciéndole con voz firme, pero sin aspereza:

«Nada de llorar, hija mía».

Y se volvieron a su casa llevando consigo los despojos, reliquias de los mártires.

La triste nueva se difunde rapidísimamente por toda la ciudad. Nadie da oídas a la culpabilidad del P. Pro y de su hermano; ni el mismo Cruz y Obregón creen en ella. Orci, abogado del general, había podido ver muy de cerca el día del atentado a los asaltantes para engañarse cuando desfilaron ante él los prisioneros; y con todo aseguró, sin dejar lugar a duda alguna, que los hermanos Pro de ninguna manera estaban en el auto de donde fue echada la bomba.

Pero ahora tenían en la mano a un sacerdote cuyo celo había rayado frecuentemente en lo extraordinario y esto bastaba para decretar su pena de muerte.

Para dar una apariencia de legalidad, Cruz acusó a los Pro de haber participado en el atentado contra Obregón; pero él mismo, el inventor de este quimérico pretexto, se vio obligado a recluirlo en olvido en adelante. Ya el «Excelsior» en su número del mismo día 23, después de mencionar de corrida estas especiosas patrañas, nos da paladinamente la verdadera razón de la muerte del P. Pro en el siguiente párrafo:

«Fuimos informados en la Inspección General de Policía que el sacerdote Miguel Agustín Pro Juárez, calificado como uno de los principales autores del atentado dinamitero, hace mucho tiempo que era buscado con ahínco por los agentes de las Comisiones de Seguridad. En tres ocasiones estuvo a punto de ser aprehendido el sacerdote Pro Juárez; pero, según nos dicen, debido a su habilidad logró escapar, y por más esfuerzos que hacía la policía para lograr su captura, todo había sido inútil, pues se había esfumado por completo y nadie había vuelto a hablar más de él».

¡Es de suponer, pues, que no se le buscaría desde hace tanto tiempo a causa de un complot que debía llevar a cabo varios meses después! ([22]).

Por lo demás, el inspector general de policía no oculta los verdaderos motivos que le han impelido a hacer lo que hizo.

Ocurrió esto, se lee en «El Universal» del mismo día 23 de noviembre, cuando era más intensa la propaganda que llevaban a cabo algunas agrupaciones religiosas. Entonces, según se nos dijo, se trató de capturar al presbítero Pro, por considerársele uno de los principales propagandistas».

---

[22] Un joven católico belga, M. León Degrelle, enviado a Méjico para informarse sobre el campo, ha dado a luz en «El Siglo Veinte» los resultados de sus investigaciones.

He aquí un resumen de lo que escribió, el 25 de febrero de 1930, respecto al P. Pro:

«El fusilamiento del P. Pro es todavía una cosa del todo escandalosa.

»Una bomba había sido arrojada vanamente por algunos mejicanos exasperados contra el auto ocupado por Obregón. Se arresta casi inmediatamente a los que habían dado el golpe y confesaron su culpabilidad. Habían sacrificado su vida al lanzarse a tal hecho...

»Pero se quería amilanar al pueblo, y así poco después se encarcela al P. Pro, desconocedor por completo del proyecto del atentado. Y puedo asegurarlo sin temor a equivocarme, pues he hablado largamente en Méjico con los supervivientes, que ya desde antiguo estaban mezclados en el asunto del atentado. Me he entretenido durante horas interrogando a los mismos que habían preparado la bomba.

»Y todas estas personas me han jurado que el P. Pro no había podido, ni por un solo instante, suponer el proyecto del atentado antes de su realización.

El gran amigo de Calles y Obregón, Alvaro Basail, enterado por menudo de las verdaderas causas que motivaron la muerte del P. Pro, dijo a la señora Montes de Oca, entrando en su calabozo el día 23 por la tarde estas textuales palabras:

«La Liga tiene la culpa de que haya sido fusilado ese pobre Padre inocente».

Persona que trató íntimamente al P. Pro y que está bien enterada de lo ocurrido, nada menos que su inmediato Superior, el R. P. Toribio Bracho, S. I., creyó deber de conciencia elevar al Comité Episcopal una protesta que así dice:

> «Es para mí un deber de justicia elevar hasta ustedes mi testimonio explícito y certísimo de la inocencia del P. Miguel Agustín Pro, S. I.
>
> »Eran perfectamente conocidas de muchísimas personas que le tratamos íntimamente, sus virtudes de excelente religioso y celosísimo sacerdote, y podrán ser atestiguadas por numerosas familias de esta Capital, y esto basta para cerciorarnos de cuán lejos estaba de organizar un complot dinamitero. Por mi parte yo le conocí hace 12 años en los Estados Unidos y lo he tratado íntimamente, sobre todo en estos últimos meses, y puedo asegurar, y aseguro bajo juramento que es absolutamente falso que el P. Pro haya asistido a junta alguna en que se fraguara el atentado, o haya tomado parte en él, y muchísimo menos que él haya sido el autor intelectual del complot...
>
> »Tan clara era su inocencia, que se creyó más bien contraproducente el mover influencias para obtener su libertad, esperando que pronto se aclararía la verdad. Pero la policía, que hacía ya tiempo lo molestaba y perseguía por sus actividades en la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, no trató de averiguar

la verdad, sino de aprovechar la ocasión para hacer recaer sobre los católicos, y en particular sobre un sacerdote, la culpabilidad; urdiendo cuantas mentiras fueron necesarias, y quitando en absoluto a los detenidos toda posibilidad de defensa».

El 12 de diciembre ya podía escribir el Padre Carlos Mayer al P. Provincial: «La certidumbre de la inocencia del señor Enghien (el P. Pro) se extiende cada día y puede decirse que está hoy en la conciencia pública, confesada aun por sus mismos enemigos...»

Obregón, el hombre que se vanagloriaba de no haber dicho jamás una palabra que hubiera podido dar gusto y contento a los católicos, y Calles, que en su frenesí se había llegado a proclamar enemigo personal de Cristo, se imaginaron que daban un golpe decisivo a la causa de la Iglesia mejicana, privándola de uno de sus más celosos ministros.

Sin saberlo, ellos fueron los instrumentos de Dios; sin quererlo, ellos mismos dieron los primeros pasos hacia la espléndida apoteosis que el Señor reservaba a su fiel servidor ([23]).

---

[23] El apresuramiento de Obregón en hacer pasar por las armas al P. Pro sin viso alguno de proceso, sin ninguna prueba de culpabilidad, toma un matiz mucho más claro si se tienen en cuenta las palabras que dijo el mismo general Obregón en el restaurant «Renacimiento» *dos horas después de la muerte del P. Pro,* y que toda la prensa de la capital mejicana publicó al día siguiente.

«Los católicos temen —decía Obregón— que yo continúe por los derroteros de la política de Calles contra la Iglesia, y si esto es un crimen, acepto ya desde ahora toda la responsabilidad y bendigo la hora en que empecé a rendir culto a la verdad; pues en honor de ésta *jamás han pronunciado mis labios una sola palabra que haya podido agradar o complacer a los enemigos de revolución*.

EL TRIUNFO DEL MÁRTIR

»Violentaría mi conciencia y fallaría a la veracidad si prometiese que el día que suba al Poder infringiría nuevas leyes para ayudarles (a los enemigos de la revolución) a poner nuestro pueblo contra la voluntad nacional, *al servicio de los grandes intereses de Roma».*

Aún no habían transcurrido ocho meses, cuando, el 17 de julio de 1928, en el restorán «Bombilla», situado a unos quinientos metros del «Renacimiento» caía Obregón atravesado por las balas de León Toral.

Vasconcelos, antiguo ministro suyo, vuelto luego al buen camino, nos ha patentizado el verdadero responsable de las salvajadas atribuidas al Presidente Calles.

«Calles es el lacayo, el verdugo asalariado que no tiene en toda su vida ni una página noble. Pero el amo, el hombre déspota que todo lo dirige entre bastidores, es Obregón.» (Del *The Red Mexico*).

Una compendiosa relación de las duras medidas tomadas por Obregón contra los católicos, nos dará una idea de este perseguidor de la Iglesia mejicana.

En 1912, Obregón se impuso como jefe revolucionario. Ya hemos referido, en su lugar correspondiente, cómo en la toma de Guadalajara, sus sacrílegas tropas profanaron la catedral y se apoderaron, durante cuatro meses, de todos los establecimientos católicos de la ciudad.

En 1914, entra triunfador en la capital mejicana. Desde el primer momento da riendas sueltas a la C. R. O. M. (Confederación Regional Obrera Mejicana), y Cullagh, en la página 65 de su libro *Mexique Rouge*, nos da una sucinta relación de los banquetes sacrílegos, presididos por Obregón y Villa, en los que profanaron los sagrados vasos robados en las iglesias de

EL triunfo de los mártires comienza enseguida de su muerte.

Desde las cinco de la tarde hasta las once y desde las seis de la mañana del día siguiente hasta las tres de la tarde fue una verdadera peregrinación no interrumpida la que se dirigió a la casa donde yacían, cubiertos de flores, los sagrados restos de los mártires. Millares de personas oran ante ellos; muchísimos tocan objetos de devoción a los féretros. Una dama de alto abolengo, que

---

la capital.

El 18 de febrero de 1916, convoca a todos los sacerdotes en un salón de la Comandancia militar, les declara prisioneros y les hace sufrir un sin número de malos tratamientos, hasta que le hubieron pagado elevadas multas. Los católicos, que protestaron con actos públicos, fueron bárbaramente dispersados a fuerza de fusilería.

La tan preconizada Constitución, llamada de Querétaro y redactada por Carranza, está en verdad inspirada toda ella por Obregón; él fue, además, sumas intransigente defensor.

Consta que por orden expresa suya fueron asesinados Carranza, Diéguez, Maycotte, Lucio BIanco, Guajardo y gran número de jefes revolucionaros. Nadie ha matado en Méjico a tantos de sus amigos como el general Obregón.

Durante su presidencia estalló una bomba en el palacio arzobispal de Guadalajara y no se efectuó ni la más insignificante pesquisa. Los católicos elevaron sus protestas, pero no obtuvieron otra respuesta que la explosión de otra bomba en el palacio arzobispal de Méjico.

A primeros de mayo, en 1921, las hordas de Obregón profanan la catedral de Morella y apuñalan una Imagen de nuestra Señora de Guadalupe. Se organiza una manifestación en señal de protesta, pero los católicos son dispersados a descargas cerradas. El 14 de noviembre del mismo año explota una bomba en la misma basílica de nuestra Señora de Guadalupe, en Méjico. Obregón, sin embargo, parece que ni se haya enterado.

llevaba de la mano a su hijo de diez años, le decía con toda la vehemencia de su alma:

«Hijito mío, fíjate en estos mártires; por eso te he traído, para que se te grabe bien en la mente lo que estás viendo, para que cuando tú seas mayor sepas dar tu vida por defender la fe de Cristo, y morir como ellos, inocentes y con gran valor...»

Una pobre anciana que llevaba en sus brazos a un niño, tomó una blanca rosa de las que depositaban los «peregrinos» con profusión sobre la caja del Padre, y frotando con ella el cristal que le cubría el rostro, persignó con la misma al niño y lo inclinó luego para que besara como una reliquia aquellos santos despojos.

Múltiples eran las escenas conmovedoras como éstas, a que asistían sumidos en íntima emoción los visitantes. Pero entre todas sobresalen los ejemplos de sólida fe cristiana del padre y de la hermana de los mártires, que permanecieron constantemente en la capilla ardiente.

El 11 de enero de 1923, el delegado apostólico, señor Fillippl, preside la ceremonia de la primera piedra del monumento nacional a Cristo Rey; Obregón lo expulsa de Méjico.

Puso digna corona a su carrera al lograr que Calles, de quien era obediente verdugo, lo escogiera para sucesor en la Presidencia de la República.

Un mes apenas antes de la muerte del P. Pro, el sumo Pontífice, en un mensaje dirigido a la prensa americana, no encuentra palabras adecuadas para censurar la revolución, cuya alma era Obregón. Méjico, decía Pío XI, es una nación oprimida y desolada por la más cruel y más inhumana de todas las revoluciones. Nada semejante, añade, se encuentra en la Historia, aun en los primeros tiempos de la Iglesia, bajo la férula de Nerón, Calígula y Domiciano…

Sus lágrimas se deslizan, mas sobre rostros transfigurados por el valor cristiano. Su padre, venerable anciano de 75 años, permanecía postrado de rodillas entre los cadáveres de sus dos hijos, y cuando sus amigos, arrasados los ojos de lágrimas, le daban el pésame, les respondía:

«El Padre fue un apóstol; mi Humberto un ángel toda su vida... Murieron por Dios; ya gozan de Él en el cielo».



Papá del P. Pro ante el ataúd de su hijo

Ya bien entrada la noche se cierran las puertas de la casa a toda persona extraña. Pues como Cruz había prometido que Roberto iría durante la noche a visitar los cadáveres de sus hermanos, aunque al fin la tal promesa no se cumplió, un sacerdote había llevado ocultamente en un relicario una Hostia consagrada para dar la comunión al prisionero que debía comparecer.

La sacrosanta Forma permaneció durante toda la noche sobre el féretro del Padre como sobre un altar.

A media noche se celebró una emocionante Hora Santa, en la que un valiente Hermano en religión, del Padre, dirigió la palabra a los presentes.

Sublime escena, que evoca la memoria de los primeros cristianos orando en las catacumbas, cabe los sepulcros sobre los que se ofrecía la víctima del Gólgota.

Todos los presentes comulgaron en la misa que se celebró a las cuatro de la madrugada. Desde las seis, los obreros y la gente del pueblo pululan por la calle esperando se abran las puertas. Una vez abiertas, comienza una procesión de piadosos visitantes, que no se interrumpe hasta las tres de la tarde.

A la hora prefijada para el entierro, una multitud ingente se agolpaba ante la casa. Cuando los féretros, llevados por sacerdotes, traspasaron el umbral, una voz atronadora y unánime brotó de millares de pechos:

«¡Viva Cristo Rey!»

Acababa entonces de dar el pueblo a su modo su sentencia a las víctimas de Calles. Desde los balcones llovían ramos de flores al paso de los mártires...; en las bocacalles y por todas partes la gente se postraba de rodillas como el día del Corpus Christi. Más de 500 automóviles acompañaban a la carroza mortuoria, ricamente adornada. Millares de personas se agregaron a esta improvisada procesión, en la que se interrumpía el rezo del rosario con entusiastas vivas como éstos: «¡Vivan los santos mártires! ¡Viva el Papa! ¡Vivan nuestros obispos y sacerdotes!»

De gran consuelo será, sin duda, el recorrer los párrafos siguientes de una carta escrita la misma tarde de la inhumación por una joven a una amiga suya, de paso a la sazón en Nueva York:

«Te escribo en momentos en que la sociedad mejicana se encuentra presa de la más terrible indignación. Esta mañana han asesinado de la manera más vil al Reverendo P. Pro y a su hermano Humberto. Los han acusado de haber lanzado la bomba a Obregón, y sin abrirles juicio y nada más porque dice Cruz que lo ha comprobado, los fusilaron. Todo lo han hecho de la manera más abominable y cobarde. ¡Dichosos ellos! Ya la Compañía de Jesús cuenta con un mártir mejicano.

»Es imposible que pretenda contarte cómo estuvo el entierro de nuestros mártires. Te aseguro que fue una manifestación palpable de indignación. Desde la hora en que entregaron sus cadáveres, una verdadera romería de gente desfiló ante ellos, todos llorando, rezando y tocando a los cuerpos, los rosarios, crucifijos, medallas, etc., etc.

»A las 3 de la tarde salieron los cadáveres de la casa, en medio de una multitud que invadía la calle de acera a acera y varias calles adyacentes; en vano desde un balcón trataban de tranquilizar los ánimos, y las súplicas no bastaron, pues desde lo más íntimo del alma salía el grito de:

«¡Vivan los mártires! ¡Viva el clero mejicano! ¡Viva la religión católica! y ¡Tenemos más que nunca la fe de que vivirá y triunfará!»

»En medio de ese entusiasmo desfiló el gran cortejo, formado por todas las clases sociales; optamos por ir a pie, y

aproximadamente éramos 6.000, aparte de los que iban en automóviles ([24]).



»Como comprenderás, el tráfico se tuvo que detener por varios minutos, y pasábamos rezando casi en voz alta, en medio de la expectación de todos.

»Llegamos a Dolores (el cementerio) medio muertas; habíamos caminado 8 kilómetros. »El afán de todos era ir cerca de los ataúdes, que llevaban en hombros varios jóvenes, y fue necesario formar cordón para que pudieran avanzar.

»Infinidad de personas esperaban en el panteón, y es inexplicable el entusiasmo y la indignación que mostraba la

[24] Tengo a la vista varios impresos que calculan en más de 20.000 las personas que, desafiando las iras del olímpico señor del vecino alcázar de Chapultepec, se incorporaron en las interminables hileras del entierro, llegando aún algunos a hacer rayano el número a 30.000; todos, de consuno, coinciden en que los autos ascendían a 500.

gente; como cuando empezó el desfile se oían gritos de entusiasmo que todos coreábamos; no faltaron tampoco gritos y palabras muy duras contra el Gobierno. En el momento solemne de bajar los cadáveres, tan sólo reinó un absoluto silencio; nadie pudo tomar la palabra, por estar rodeados de policías, y por consecuencia expuestos a un atropello.

»Todo pasó en la tristeza más profunda, y únicamente al regresar, en medio de aquel inmenso y lúgubre jardín, y ya oscureciendo, entonamos el himno a Cristo Rey.

»Puedes estar segura de que nunca se había visto un entierro tan extraño, pues ese entierro era de mártires que en vida nos supieron enseñar a luchar hasta morir.

»¡Quién sabe a cuántos faltará que enterremos o nos entierren! Dios dirá. Con tal que sea por Él, todo lo ofrecemos con gusto».



Los restos del P. Pro fueron depositados en la cripta de la Compañía de Jesús, mientras se recitaban las oraciones litúrgicas, en medio del más reverente silencio. Apuntemos un pormenor que

pasó por alto la joven cronista de improviso, una voz desconocida resuena en medio de la inmensa multitud:

«¡Viva el primer mártir jesuita de Cristo Rey!»

Atronadores vivas rompen el silencio, haciendo eco a este entusiasta viva.

Después, la familia Pro se acerca a la sepultura de Humberto. El Padre, con su misma mano, echa la primera paletada de tierra sobre los restos amados del hijo, y volviéndose con paso firme a los que le acompañaban, les dice estas sublimes palabras:

«¡Hemos terminado¡... *Te Deum laudamus!*»

Y resonaron las voces de los sacerdotes, que salmodiaban este canto de victoria...

Entonces la multitud vuelve sus pasos hacia la ciudad entre cantos y oraciones...

Desde las ventanas de su alcázar pudo contemplar el Presidente Calles el desfile de estos heroicos cristianos, que entonaban un himno triunfal a Cristo Rey...

De la misma manera desfilaban ante Nerón, hace unos diez y nueve siglos, los primeros cristianos que volvían de presenciar el martirio de sus hermanos.

En uno de los papelitos en forma de sellos que los propagandistas de la Liga de la defensa religiosa repartían con profusión, se leían estas palabras:

«¡Calles, más tercos los hemos visto, y los ha vencido Cristo!»

La sangre del P. Pro será semilla de otros héroes, y Aquel que cuenta con tales defensores obtendrá la victoria final.

Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat! Amén!

«...PREPAREN SUS PETICIONES PARA EL CIELO»

«Ojalá me tocara la suerte de ser de los primeros (mártires) o de los últimos!; pero ser del número... Si es así, preparen sus peticiones para el cielo», escribía el P. Pro a sus amigos en una carta en que les narraba confidencialmente sus deseos de sacrificar su vida en aras de la causa de la Iglesia.

Ciertamente, ni se hicieron esperar las peticiones de sus devotos, ni las respuestas del Padre Pro. Tres meses escasos después de su muerte, los Padres encargados de coleccionar las relaciones de los favores alcanzados por su intercesión, escribían que las curaciones maravillosas y las gracias obtenidas se multiplicaban de día en día; que no solamente de Méjico, sino también de Guadalajara, Puebla, El Paso y de otras muchas poblaciones les llegaban relaciones, y que, a manera de Santa Teresa del Niño Jesús, el Padre Pro hacía llover sobre la tierra una lluvia de rosas ([25]).

La primera gracia en orden cronológico es sin duda la que el P. Pro concedió a una de sus penitentes, que vivía en un suburbio

---

[25] Fácil es de comprender que nos ha sido imposible hacer personalmente la investigación de todos estos hechos, cuyo juicio es incumbencia de las autoridades eclesiásticas; las narraciones que siguen están tomadas de cartas de toda confianza.

de la capital de Méjico y que se hallaba durante el mes de Noviembre de 1927 en graves apuros económicos. Pues habiéndole llevado al P. Pro el legajo de todas sus cuentas, le prometió el Padre que les daría un vistazo y que le daría su parecer. Mas el P. Pro es detenido y encarcelado el 18 de noviembre. La primera noticia que de esto llegó a su penitente, fue la que leyó en los periódicos del día 25: la ejecución del P. Pro. Desesperada, corre a casa de su abogado y le da cuenta de cómo acaban de fusilar al P. Pro.

«Es imposible, responde él, pues hace unos diez minutos escasos que ha venido él mismo en persona a entregarme todos vuestros papeles».

La narración de esta aparición la trasmitió un sacerdote de Méjico.

Estos hechos son, sin duda alguna, bastante más difíciles de comprobar que las curaciones corporales; pero juzgo que entran de lleno en el plan del P. Pro de imitar a Santa Teresa del Niño Jesús, la cual, no contenta con esparcir desde lo alto del cielo una lluvia de rosas, desciende complaciente a la tierra a consolar a los que la invocan.

Es cosa de todos conocida cómo el P. Pro se distinguió durante su vida por el celo con que consolaba a los pobres y enfermos. No parece sino que ahora, desde el cielo, quiere continuar su misión sobre la tierra. Veamos algunos ejemplos:

Estaba el cadáver del P. Pro en la casa de su familia. Desde las primeras horas de la mañana la gente había comenzado a ir a visitar en procesión interminable y con profunda veneración los restos de los dos mártires. Se hallaba en el pueblo de Tacuba, inmediato a la ciudad de Méjico, en le casa de un señor Valladares,

una anciana de la clase humilde, que había quedado ciega hacía más de seis años. Se hablaba allí de los sucesos de la víspera y del enorme gentío que estaba yendo a visitar los cadáveres como cuerpos de santos.

El señor Valladares dijo a la anciana que si quería hacer desde allí, puesto que no podían ir e visitar el cadáver, una oración a Dios nuestro Señor por la intercesión del alma del P. Pro, para recobrar la vista. Ella accedió enseguida. Hicieron juntos una oración breve. Al puntos se inclinó la anciana, tomó la mano del señor Valladares, se la estrechó con una sonrisa de alegría tranquila y le dio las gracias. El, asombrado, le preguntó si ya veía.

—Sí —respondió ella.

—¿Dónde tengo el pie derecho? —le preguntó él para cerciorarse.

La buena mujer le señaló el izquierdo; y al momento, corrigiéndose a sí misma, dijo:

—No, es éste —y señaló el derecho—. Yo tanteaba por el mío.

—¿Dónde tengo la boca? —preguntó el.

Y la anciana llevó su dedo hasta tocársela.

Para completar la prueba, le preguntó el señor Valladares si sabía leer. Ella respondió que antes había sabido. Le presentó él entonces un periódico, y ella leyó.

Inmediatamente, y con la emoción que es de suponerse, la noticia fue llevada por boca de un sacerdote a la familia Pro y al P. Méndez Medina, que estaba con ella.

En el mes de noviembre de 1925, una religiosa clarisa que lavaba un barandal subida en una escalera de mano, cayó de espaldas, desde una altura de 5 metros, sobre un escalón de 12 a 15 centímetros de altura y de arista muy aguda, que formaba el umbral de una puerta. Quedó sin sentido por varias horas. Cuando el médico la reconoció, encontró que tenía rota la columna vertebral, desconectadas varias costillas, sueltos los riñones y desviada la vesícula biliar.

Los dolores internos eran extremadamente agudos y continuos.

El 25 de enero del presente año le llevaron una reliquia del P. Pro. Durante los dos años transcurridos después del accidente, su vida había sido un tormento sin interrupción. Los dolores eran continuos e intensos. Le instaron a que pidiera su alivio a Dios por la intercesión del P. Pro; ella se aplicó la reliquia. Los dolores disminuyeron notablemente, y pudo dormir muy bien. Al día siguiente, los dolores habían desaparecido por completo.

Le parecía tan inverosímil que hubieran cesado sus males, que durante tres días se quedó todavía en la cama, sin dolor ninguno, pero sin resolverse a levantarse. Pasados los tres días, se incorpora sin dificultad ninguna, se viste sin el menor dolor, echa a andar, sube la escalera y comienza a recorrer salas, corredores y calles sin rastro de enfermedad. Desde entonces lleva la vida de una persona enteramente sana.

He aquí un breve resumen del caso ya tan conocido de Joaquina Delgado.

Esta joven tenla un foco canceroso en el vientre, y el médico había declarado que era de todo punto necesario una intervención

quirúrgica. Dos especialistas le confirman que éste es el único remedio para su mal.

La enferma, que rehusaba en absoluto toda operación, comenzó una novena el P. Pro y se aplicó con gran confianza una reliquia del mártir. Enseguida se sintió extraordinariamente mejorada, y volvió al primer médico que antes le había examinado. Este doctor firmó de su puño y letra el siguiente certificado en que hace constar la completa curación, y que transcribimos textualmente:

> «El día 17 de julio de 1927 se presentó en mi consultorio la señorita Joaquina Delgado Riestra, solicitando le hiciera un reconocimiento, pues hacia poco se había notado un tumor en el seno izquierdo.
>
> »Examiné a la enferma, encontrando, efectivamente, dos núcleos en dicho seno, uno mayor, externo, duro y doloroso a la palpación, y uno menor, el interno, de consistencia remitente. No había repercusión ganglionar.
>
> »Indiqué a la señorita que había necesidad de ser operada, pues tratándose de tumores de esa región, fueran benignos o malignos, no había más recurso que la intervención. A grandes rasgos le indiqué en qué consistía aquélla, y ante sus lágrimas y negativa le propuse una intervención parcial, enucleación de las partes enfermas, para mandarlas analizar: si dicho examen revelaba la naturaleza maligna del tumor, había que proceder a practicarle la operación propuesta; si el análisis indicaba que el tumor era benigno, con la enucleación quedaba ya operada. No aceptó tampoco, y ante su Insistencia para emplear otros medios no quirúrgicos, le aconsejé consultara con el señor doctor don

Gustavo Peter, para que, si lo juzgaba conveniente, la tratara por medio de los rayos X.

»Dos meses después de la última aplicación de dichos rayos por el mencionado facultativo, regresó, por indicación del mismo, a verme, y encontré que el tumor externo había tomado un gran desarrollo, adhiriéndose a los planos profundos y alterando característicamente la piel, el mismo tiempo que proporcionando a la enferma grandes dolores irradiados a la espalda del propio lado, Dije entonces a la enferma que su tumor era maligno y de evolución tan rápida, que no pensara más tiempo en la operación, sino que se decidiera inmediatamente para, si era posible, operarse al siguiente día.

»Por razones económicas no se pudo arreglar dicha intervención, y para subsanarlas le escribí una tarjetita al Sr. Dr. Rafael Reygadas para que fuera internada en el Sanatorio de las Damas de Francia, en donde con un gasto pequeño podía ser operada.

»A fines de noviembre o principios de diciembre, la señorita Directora del Colegio Teresiano de Mixcoac me indicó que la enferma había resuello ser operada por mí; supliqué a dicha señorita me hiciera favor de decir a la enferma que yo ya no la operaba, porque en vista del rápido desarrollo del tumor y de su carácter francamente maligno, estaría tan avanzado que no quería exponerme a un fracaso. Dos o tres días después se presentó nuevamente la enferma solicitando la reconociera, quedando verdaderamente sorprendido de encontrar apenas una ligera infiltración dura en el sitio de la lesión. Le prescribí unas inyecciones de Naialgine, pues se quejaba todavía de dolor en la espalda, rogándole volviera al terminarlas.

»El 26 del mismo diciembre volvió le enferma, a la que, tras cuidadoso examen, le expedí el certificado médico respectivo, en el que indico que «la señorita está en este momento sana y no presenta huella alguna de su antigua lesión».

»Esta sucinta relación de los hechos estoy dispuesto a ratificarla bajo juramento ante le autoridad eclesiástica respectiva.

»En la última entrevista pregunté a la enferma cuál había sido la opinión del Sr. Dr. Reygadas, contestando que no lo había consultado, pero lo hizo con los doctores Gutiérrez y Eguíluz, los que opinaban por que se operara, pues era la única manera de salvarse. «En el siglo xx, dijo uno de ellos, no se hacen milagros ni se cree en ellos».

»Al preguntarle, sorprendido de su curación, cómo se había aliviado, me contestó: «Me encomendé al M. R. P. Pro y me apliqué una reliquia suya; eso es todo.»

Méjico, enero 17 de 1928.

L. G. Vázquez (Rúbrica).

En carta fechada el 3 de febrero de 1928, la señora Gracia Padilla, viuda de M. del C., residente en Méjico, daba cuenta a un hijo suyo de la siguiente curación de su hija, gravemente enferma de los ojos. Un especialista de la capital le había recetado, y con gran insistencia, varias inyecciones en la córnea; sin embargo la madre, poco confiada en la eficacia de tal tratamiento encomendó la salud de su hija al P. Pro. Oigamos cómo nos cuenta ella misma su visita al médico: Entramos en la cámara oscura. El doctor examina con detención a su hija. Le hace mirar durante largo rato

ya hacia arriba, ya hacia abajo, ya hacia un lado y el otro. Después se me vuelve y me dice:

—Señora, el ojo ya está enteramente sano. Las inyecciones son absolutamente inútiles.

Es imposible decir la impresión que sentí, pues precisamente había pedido al P. Pro que mi hija no tuviera necesidad de las inyecciones.

La devoción al P. Pro se extiende con maravillosa rapidez por todo Méjico. Todos los días se ve subir por la colina de los Dolores a una multitud de fieles e irse a hincar de rodillas ante el sepulcro donde reposan los restos del mártir. A veces el concurso es tan numeroso, que llega a parecer una verdadera peregrinación. Los peregrinos dejan por escribo el testimonio de su gratitud al P. Pro por los favores recibidos.

Hubiéramos querido dejar aquí consignados algunos de estos papelitos, en los que cierta sencillez encantadora es indicio de su veracidad; mas su crecido número nos obliga a limitarnos a transcribir los más interesantes y autorizados.

> «Para mayor gloria y honra de Dios nuestro Señor, y para que si es servido se digne glorificar a su siervo el R. P. Miguel Pro, S. J., certifico lo siguiente:
>
> »Tuve necesidad de embarcarme en el Puerto de Campeche, con dirección a Veracruz, en el mes de noviembre (mes muy peligroso para viajar), y en una embarcación pequeña; dicha nave hace la travesía en cuatro días, en tiempo normal. Pocas horas nos faltaban para llegar a Veracruz cuando empezó

un formidable norte que nos hizo retroceder, y andaba la pobre navecilla corriendo con sus doce tripulantes y tres pasajeros, en mar abierto; aún todavía capeando el norte, cuando de manera inesperada sopló un ciclón, que puso en mayor peligro la nave y nuestras vidas. Cuatro días más anduvimos perdidos en el Golfo; ya se agotaban los víveres y el combustible. En mi bolsa de mano llevaba un retrato del R. P. Pro, e inmediatamente lo tomé en las manos, le pedí con todas las veras de mi corazón nos salvara del inminente peligro en que estábamos de naufragar. Le supliqué que intercediera por nosotros a Jesús Sacramentado, prometiéndole propagar su devoción y publicar su milagro.

La invocación al R. P. Pro me alcanzó el beneficio de vernos salvados, pero no quiero por esto prevenir el juicio de Nuestra Madre la Santa Iglesia, al cual me someto por completo.

»Ya muchas veces he invocado a este gran mártir del catolicismo, y siempre he hallado remedio a mis penas.

»En el santo nombre de Dios, y poniéndole a Él por testigo, juro que en todo lo que antecede he querido decir la verdad.

Joaquina Méndez Sierra.—Veracruz».

Siguen las firmas de once testigos.

Nota.—Todos estos testigos son tripulantes de la embarcación, y atribuyen su salvación a la intercesión del R. P. Pro.

»La embarcación a que alude la acción de gracias de la señorita Joaquina Méndez, es una canoa de gasolina que venía cargada de sal.

»Cuando después de pasado el ciclón, en el que estuvieron a punto de perecer varias veces, pudieron fijar su situación en el

golfo y se encontraron que estaban a treinta horas del puerto más próximo, que era Campeche, y que sólo les quedaba gasolina para unas veinte horas escasas de navegación; enderezaron la proa a Campeche, pidiendo ayudas al P. Pro en esta nueva necesidad, y con gran sorpresa pudieron llegar al puerto, quemándose las últimas gotas de gasolina al echar el ancla.

»Estos últimos detalles fueron referidos por la señorita Joaquina Méndez a la firmante.

Guadalupe Calero».

«Aguascalientes, 12 de diciembre de 1928.

»La señora Estéfana R. de la Rosa, de esta ciudad, venía padeciendo hacía un año y cuatro meses un terrible dolor en el hígado, que en los últimos meses era tan fuerte, que ya a diario y varias veces al día le repetía; y era tan doloroso por ser dolor de piedra, según opinaron los distintos doctores que la vieron, y ninguno logró su alivio, pues todos le dijeron lo mismo, que era imposible su alivio sin la operación, pues para arrojar las piedras tendría que sufrir antes mucho, y como ella se sentía ya tan agotada y la operación es tan delicada y peligrosa, sentía grande temor.

»Habiendo sabido cómo el P. Pro había alcanzado para tantas personas tantas gracias por su intercesión, ella se encomendó al P. Pro con grande fe, y pronto se vio recompensada, pues sin medicina y sin dolor arrojó 50 piedras de distintos tamaños, siendo algunas del tamaño de una garbanza.

»Muy contenta, pero algo asustada, las llevó a enseñar al doctor que la estuvo curando más tiempo, y el doctor, muy sorprendido, pues le parecía imposible, le dijo que esto había sido un verdadero milagro; y dicha señora prometió publicarlo, y cumple su promesa.

María Andrade Rangel».

«La que suscribe, para mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor, y para que si es servido se digne glorificar a su siervo, el R.P. Miguel Agustín Pro, S.I., certifica que el niño Hermilo Galeano se encontraba padeciendo de una peligrosa fiebre intermitente, y en los momentos de suma gravedad fue invocado con fervor el nombre del difunto P. Pro, consiguiéndose alivio y luego su completo restablecimiento. Creo que la intervención del R. P. Pro lo curó, pero no quiero por esto prevenir el juicio de Nuestra Madre la Santa Iglesia, al cual me someto por completo.

»En el Santo nombre de Dios y poniéndole a Él por testigo, juro que en todo lo que antecede he querido decir verdad.

»La que certifica, *Robertina Pérez de G.*»

Siguen las firmas de cuatro testigos, entre los cuales figura la del doctor Abel Ortega.

«El niño a que se refiere este acción de gracias había dejado de existir, y delante del médico volvió a la vida, después de haber invocado la mamá al P. Pro».

«Hago público que por intercesión del P. Pro, de la Compañía de Jesús, me concedió el milagro de darle la salud a

mi hija, que hacía nueve años sufría de asma, y que por su intercesión esta buena.

Juana G., viuda de Macal.

San Luis Potosí».

«El suscrito, doctor en medicina y cirugía, certifica que examinó y atendió al señor Tomás Parada, quien presentaba una gangrena gaseosa, extremadamente grave, en la región glútea derecha, casi toda la cual estaba invadida por el mal. El paciente perdió la piel y masas musculares de la región, y vio amenazada en grado extremo su vida; pues el vibrón séptico causante de la gangrena es de una virulencia inusitada entre los microorganismos, y produce una intoxicación general del organismo que acaba con sucumbir (sic) en la inmensa mayoría de los casos en un término de dos a cuatro días.

»Además hace constar que los medios terapéuticos empleados no fueron proporcionados a la gravedad del paciente, pues tanto el suscrito como otros dos médicos que lo vieron juzgaron inminente la muerte del paciente, el cual, después de un mes de sufrimientos, está perfectamente curado, como me consta por mis propios ojos.

»Para los fines que al interesado convenga, le expido el presente...

Doctor Javier Cortés Susarrey.

Encarnación de Díaz. Noviembre 4-1929».

Esos fines que el doctor no especifica los explica en su carta doña Lorenza Franco, esposa del curado, quien atribuye la curación a un milagro del P. Pro.

«Méjico, D. F. agosto 20, 1929.

»La que suscribe, para mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor y para que si es servido se digne glorificar a su siervo el Reverendo P. Miguel Pro, S.I., certifica lo siguiente

»Habiendo nacido mi hijo, Alfonso María de Guadalupe, el 18 de diciembre de 1927, gozando de perfecta salud hasta el día 9 de febrero de 1928, en que comenzó con vómitos tan fuertes que llegó a no retener nada en el estómago, en estas condiciones y sostenido con inyecciones de suero (sólo para mi consuelo, pues los médicos que lo atendían declararon que no tenía ninguna esperanza de alivio), ya moribundo, le tomaron la fotografía que adjunto, creyendo eran sus últimos momentos.

»Se le sostenía con goteros de atole de zagú, que tampoco retenía en el estómago, siendo su aspecto el de un cadáver, como lo aseguran porque lo vieron todas las personas que firman este documento.

»El 11 de mayo, como única esperanza, lo encomendé al Reverendo P. Miguel Agustín Pro, S. I., del cual una persona caritativa me había prestado una reliquia, prometiéndole que, si para el día 23, que cumplía seis meses de su martirio, cesaban los vómitos, publicaría el milagro.

»Se me concedió tal cual lo pedí, gozando a la fecha mi hijo de completa salud, como lo demuestra la fotografía que adjunto.

»Creo que la intercesión del Reverendo P. Miguel Agustín Pro, S. J., me alcanzó este beneficio; pero no quiero por esto prevenir el juicio de nuestra Madre la santa Iglesia, al cual me someto por completo.

»En el Santo nombre de Dios y poniendo a Él por testigo, juro que en todo lo que antecede he querido decir la verdad.

Amparo Vives de Izcoa.

Zacatecas».

Siguen a continuación las firmas de cinco testigos. Luego el médico añade la siguiente declaración:

«Méjico, D. F., agosto 20 de 1929.

»El médico cirujano que suscribe, legalmente autorizado para ejercer su profesión, certifica:

»Que el niño Alfonso Y. Vives estuvo enfermo de una gastritis aguda con estenosis pilórica desde el día 9 de febrero del año próximo pasado hasta el día 23 de mayo del mismo año; que durante más de veinte días no se pudo alimentar, pues no retenía nada en su estómago, habiéndose perdido toda esperanza de curación.

»A pedimento de la mamá del niño extiende el presente en Méjico, a 20 de agosto de 1929.

A. Banuet (Rúbrica).

No se vaya a creer con todos estos ejemplos hasta aquí recopilados, que el P. Pro se limita a escuchar las súplicas de sus compatriotas. El Padre multiplica a manos llenas también sus

favores por todas las regiones donde plugo a la Divina Providencia iniciarle en sus trabajos apostólicos.

Bien podemos asentar que en realidad de verdad el Señor bendice la confianza que palpita en el corazón del pueblo cristiano en la poderosa intercesión del P. Pro, ya que profusamente concede tan abundantes gracias y favores a los que invocan el nombre de este su siervo.

APÉNDICE

MEMORÁNDUM

escrito por varios abogados de la ciudad de Méjico a raíz de la muerte del P. Pro.

La muerte de los señores P. Agustín Pro Juárez, etcétera... es, desde el punto de vista jurídico, un verdadero asesinato, así por el hecho mismo como por las siguientes circunstancias:

Primera.— Esa muerte fue decretada y ejecutada por el Jefe del Poder Ejecutivo y por sus subordinados, autoridades, con arreglo a la jurisprudencia y a la legislación de Méjico y de todos los países civilizados, absolutamente incompetentes para decretarla.

Segunda.— No se sujetó a los inculpados a un verdadero proceso, ya que no fueron consignados a un juez de lo penal, como está prevenido, tratándose de delitos cometidos por civiles.

Tercera.— No se les nombró defensor ni se les dio oportunidad para nombrarlo, habiéndoseles notificado la orden de ejecución momentos antes de llevarla a cabo, impidiendo de esta suerte la petición de un amparo que pudiera librarlos de la muerte.

Cuarta.— No se observaron las formalidades esenciales en todo procedimiento.

Quinta.— Se tuvo por convictos y confesos a los inculpados, basándose solamente en las supuestas declaraciones arrancadas

con engaños a un moribundo, quien no podía desmentirlas por haber fallecido; debiendo observarse, por una parte, que esas declaraciones se publicaron cuando el supuesto declarante había muerto, y por la otra, que los médicos que lo atendieron y las mismas autoridades policiacas declararon que dicho individuo se encontraba en un estado de absoluta inconsciencia.

Sexta.— El fundamento para darlos por confesos es falso, desde luego en lo que se refiere al P. Pro, quien según la misma nota proporcionada a la prensa por la Policía, proclamó su inocencia y su deseo de ser llevado ante un juez para demostrarla...

Séptima.— Es también increíble que los supuestos asaltantes del general Obregón regresaran tranquilamente a sus hogares después del atentado, para esperar en ellos el resultado del suceso. Eso es sencillamente un absurdo que arguye más bien en favor de los inculpados, pues sabido es que todo criminal, por instinto de propia conservación, se aleja del lugar en que cometió el delito, así como de aquellos en que es de suponer habría de buscarlo la justicia.

Octava.— Finalmente, aun suponiendo que el Presidente de la República y los funcionarios de Policía, sus subordinados, hubieran sido competentes para juzgar a los inculpados, que éstos hubieran sido juzgados, que en el procedimiento se hubieran llenado las formalidades que la ley exige, que se hubieran otorgado a los acusados las garantías y los recursos que a todo acusado se conceden, ni aun así hubiera sido justificada la pena impuesta, ya que, con arreglo al Código Penal vigente, no es la pena de muerte la que debe aplicarse al culpable de homicidio frustrado, sino la de

prisión, que fluctúa entre los ocho y los doce años. (Art. 105 del Código).

Garantías constitucionales violadas
en los hechos que anteceden.

PRIMERO.— El artículo 13 de la Constitución general de la República establece que nadie puede ser juzgado por leyes privativas ni por tribunales especiales; que los tribunales militares, en ningún caso ni por ningún motivo, podrán extender su jurisdicción sobre personas que no pertenezcan al ejército, y que cuando en un delito o falta de orden militar estuviere complicado un paisano, conocerá del caso la autoridad civil que corresponda.

En el caso que examinamos, los detenidos fueron juzgados, si al procedimiento iniciado en su contra puede llamarse juicio, por el general Cruz, Inspector General de Policía, y por sus agentes subordinados, habiendo extendido dicho general su jurisdicción sobre personas que no pertenecían al ejército; debiendo hacerse notar que no se constituyó siquiera un Consejo de Guerra. El delito que se les imputaba no es del orden militar; pero aun suponiendo que lo fuera, según el artículo que comentamos, debió ser conocido por la autoridad civil correspondiente, en virtud de ser particulares todos los inculpados. Como se ve, son notorias las violaciones a ese artículo de la Constitución.

SEGUNDO.— El artículo 14 establece que nadie podrá ser privado de la vida sino mediante juicio seguido ante los tribunales previamente establecidos, y en el que se cumplan las formalidades esenciales del procedimiento; y en el caso, los inculpados fueron privados de la vida sin habérseles seguido juicio alguno en los

tribunales, y sin haberse tenido en cuenta ninguno de los preceptos consignados en el Código Penal ni en el de Procedimientos Penales.

Añade el mismo artículo 14: «En los juicios de orden criminal, queda prohibido imponer por simple analogía, y aun por mayoría de razón, pena alguna que no esté concretada por una ley exactamente aplicable al delito de que se trata». En este caso se aplicó una pena no decretada por ninguna ley para este delito.

En efecto; el artículo 197 del Código Penal establece que, siempre que a los responsables de algún delito se les imponga una parte proporcional de la pena impuesta a otros responsables, se hará el cómputo como si fuera de veinte años de prisión si la pena fuera capital. Ahora bien; los responsables de homicidio consumado, premeditación, alevosía, ventaja y traición, deben ser castigados con la pena capital, por lo que siendo éste un delito frustrado, debe considerarse como penado por veinte años de prisión y hacer la reducción correspondiente, que, conforme al artículo 204 del Código citado, seria de dos quintos a dos tercios de la pena que se aplicaría si se hubiese consumado el delito, o sea, en el caso, de ocho a doce años de prisión, pero NUNCA LA MUERTE.

TERCERO.— El artículo 16 establece que nadie podrá ser molestado en su persona sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente, que funde y motive la causa legal del procedimiento, y los inculpados fueron reducidos a prisión y fusilados sin que existiera orden alguna de autoridad competente que motivara la causa legal del procedimiento. Y más adelante añade el propio artículo: que no podrá librarse ninguna orden de prisión o detención, a no ser por la autoridad judicial, sin que

preceda denuncia de hecho determinado, apoyada por declaración, bajo protesta, de persona digna de fe, circunstancias que en el caso no se reunieron.

El propio artículo 16 ordena también que cuando no haya en el lugar ninguna autoridad judicial, y tratándose de casos urgentes, podrá la autoridad administrativa, como lo es la Inspección General de Policía, bajo su más estrecha responsabilidad, decretar la detención de un acusado, poniéndole inmediatamente a disposición de la autoridad judicial. Ahora bien; en la ciudad de Méjico existen autoridades judiciales y no se puso a la disposición de éstas a los detenidos, a pesar de haberlo prometido formalmente en las declaraciones hechas a la prensa.

Cuarto.— En el artículo 19 se establece que ninguna detención podrá exceder del término de tres días sin que se justifique con un auto de formal prisión, en el que se expresen todas las circunstancias del caso.

Si las autoridades que consumaron el atentado hubieran cumplido con los deberes que la Constitución les impone, debieron poner en libertad a los detenidos dentro del tercero día de su detención, ya que ningún juez había pronunciado en su contra el auto de formal prisión, debiendo notarse que en el mismo artículo se establece que incurren en responsabilidad la autoridad que ordene la detención o la consienta y los agentes que la ejecuten, es decir, en el caso, el Presidente de la República y sus subordinados.

Quinto.— En el artículo 20 se establece para todo acusado del orden criminal las siguientes garantías:

a) Queda rigurosamente prohibida toda incomunicación o cualquier otro medio que pueda compeler el acusado a declarar en

su contra, y en este caso los detenidos estuvieron sujetos a una incomunicación rigurosa.

b) Dentro de las 48 horas de su detención, deberá rendir su declaración preparatoria en audiencia pública y ante juez que conozca de la causa, cosa que no se hizo, pues ni se les consignó a un juez, ni se les tomó la declaración en este artículo prevenida, siendo secretas las declaraciones rendidas ante los funcionarios de la policía.

e) Será careado con los testigos que depongan en su contra; ninguno de los acusados fue careado con Lamberto Ruiz, su supuesto denunciante.

d) Se les recibirán los testigos y demás pruebas que ofrezcan, concediéndoles el tiempo que la ley estimen necesario al efecto, y auxiliándoseles para obtener la comparecencia de las personas cuyo testimonio soliciten. Ningún testigo les fue admitido, a pesar de que pudieron comprobar plenamente que el día en que se cometió el atentado se encontraban en lugares muy distintos de dicho sitio, y esto precisamente a la hora en que, según dicen los agentes de le policía, se cometió.

e) El autor o presunto responsable de todo delito será juzgado en audiencia pública por un jurado o juez, según le pena que merezca dicho delito. Según se ha demostrado, ni juez ni jurado alguno conocieron de este asunto, y las averiguaciones fueron secretas e intervinieron en ellas, indebidamente, particulares adictos al general Obregón, como lo hizo el licenciado Orci, que no tiene otra representación que la de miembro connotado del partido obregonista.

f) Le serán facilitados todos los datos que solicite para su defensa. La incomunicación rigurosa en que se encontraron los

detenidos hasta el momento de su muerte, hizo para ellos completamente negatoria esta garantía.

g) Se les prevendrá que nombren defensor, y en caso de no querer hacerlo, el juez lea nombrará uno de oficio. En la Inspección General de Policía no se permitió a nadie hacer gestiones ni defender a los acusado.

Sexto.— La imposición de las penas es propia y exclusiva de la autoridad judicial, dice el artículo 21 de la Constitución. A los inculpados les impuso la pena de muerte una autoridad administrativa. Añade el propio artículo que la persecución de los delitos incumbe al Ministerio Público, y éste, que es el único que puede disponer de la acción penal, ni siquiera tuvo participación ni intervención alguna en cate asunto.

Séptimo.— Queda prohibida le pena de muerte por delitos políticos, y en cuanto a los demás, sólo podrá imponerse al traidor a la patria en guerra extranjera, al parricida, al homicida con alevosía, premeditación y ventaja, al incendiario, al plagiario, al salteador de caminos, al pirata y a los reos de delitos graves del orden militar. (Artículo 22 de le Constitución de la República). Es evidente que el delito de que se trata no está comprendido en la enumeración que antecede, por lo que la pena de muerte no es aplicable, ya que se trata de un delito frustrado, y que debe castigarse con una pena proporcional a la del delito consumado, y el aplicarse la pena de muerte se violó también por este concepto la garantía individual, consignada en el artículo 21.— Méjico, D. F., 24 de diciembre de 1927.

NOTA DEL EDITOR



Su beatificación y fiesta, como corresponde con los mártires, es el día del aniversario de su muerte, el 23 de noviembre, y fue instituida por el Papa Juan Pablo II el 25 de septiembre (precisamente el día del cumpleaños de Calles) de 1988, en el contexto de las beatificaciones y canonizaciones de laicos, religiosos y sacerdotes víctimas de la represión durante el conflicto Iglesia-Estado de 1926-1929.



Urna de plata
donde se encuentran
los restos del P. Pro
en el templo
de la Sagrada Familia

